

FERNANDO MÚGICA

JOHN STUART MILL, LECTOR
DE TOCQUEVILLE

LIBERALISMO Y DEMOCRACIA (II)

Cuadernos de Anuario Filosófico

CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO • SERIE UNIVERSITARIA

Angel Luis González
DIRECTOR

Salvador Piá Tarazona
SECRETARIO

ISSN 1137-2176
Depósito Legal: NA 1275-1991
Pamplona

Nº 93: Fernando Múgica, *John Stuart Mill, lector de
Tocqueville: Liberalismo y democracia (II)*

© 1999. Fernando Múgica

Imagen de portada: John Stuart Mill

Redacción, administración y petición de ejemplares

CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
31080 Pamplona (Spain)

E-mail: cuadernos@unav.es
Teléfono: 948 42 56 00 (ext. 2316)
Fax: 948 42 56 36

SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA. S.A.
EUROGRAF. S.L. Polígono industrial. Calle O, nº 31. Mutilva Baja. Navarra

INDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAP. I. 1835-1840: LA EVOLUCIÓN INTELECTUAL DE DOS PENSADORES.....	11
1. Centralización y despotismo	11
2. Industria y civilización comercial.....	13
a) John Stuart Mill: la ambivalencia de la moderna civilización comercial.....	14
b) A. de Tocqueville: instituciones libres, comercio e industria.....	19
3. Necesidad de una verdadera lógica para las ciencias morales.....	27
CAP. II. UN LIBRO FILOSÓFICO SOBRE LA DEMOCRACIA.....	31
1. La recepción partidista de la obra tocquevilleana..	31
2. Una compleja metodología: el método deductivo inverso	32
3. El objeto de la investigación: la democracia como estado social.....	38
CAP. III. LA IRRESISTIBLE TENDENCIA A LA IGUALDAD DE CON-DICIONES	43
1. Instituciones políticas democráticas y estado democrático de la sociedad.....	43
2. Necesidad de probar la tesis de la igualación de condiciones	45
3. Libertad y progreso social	49

CAP. IV.	LAS CONDICIONES SOCIALES DEL ESPÍRITU DE LIBERTAD.....	53
	1. El caso de Francia: de la monarquía absoluta a la revolución.....	53
	2. El valor educativo de las instituciones políticas: el caso de los Estados Unidos	55
CAP. V.	VENTAJAS DE LA DEMOCRACIA POLÍTICA.....	59
	1. El hábito de someter cuestiones públicas al juicio público	59
	2. El peso político del interés mayoritario.....	61
CAP. VI.	DESVENTAJAS DE LA DEMOCRACIA POLÍTICA.....	64
	1. La carencia de méritos para el ejercicio de funciones públicas.....	65
	2. El despotismo de la mayoría.....	66
	a) Antecedentes de la cuestión	67
	b) La influencia de la democracia sobre el intelecto.....	69
	c) La democracia y el cultivo de la ciencia y el arte.....	71
CAP. VII.	INFLUENCIA DE LA DEMOCRACIA SOBRE LOS SENTIMIENTOS	77
	1. Las formas de sociedad y los tipos de vínculo social	77
	2. El individualismo democrático. Individualismo y sentimiento patriótico.....	80
CAP. VIII.	LOS RESORTES MORALES DE LA ACCIÓN: UNA COMPARACIÓN ENTRE ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA	85
	1. La doctrina del interés bien entendido	85
	2. Virtud e interés	87
	3. La pasión por el bienestar material.....	89

CAP. IX.	LA PÉRDIDA DE LA POLÍTICA	93
	1. La opción por la igualdad frente a la libertad	93
	2. Los peligros de la progresiva igualación de condiciones.....	94
CAP. X.	EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA. DEMOCRACIA Y CIVILIZACIÓN.....	97
	1. Democracia y civilización comercial: el sentido de la crítica de J. S. Mill a Tocqueville.....	98
	a) Igualdad, sin civilización comercial: el caso de Canadá.....	99
	b) Desigualdad, con civilización comercial: el caso de Inglaterra.....	99
	c) El poder social de la clase media en Inglaterra	101
	d) La heterogeneidad social, condición de posibilidad del progreso.....	104
	2. Democracia y espíritu comercial	106
	3. Progreso económico e igualación democrática.....	110

INTRODUCCIÓN

Cuando se publicó en 1840 el segundo volumen de *La Democracia en América*, Tocqueville se lo hizo llegar rápidamente a John Stuart Mill por medio de Guizot, que en aquel momento era embajador en Londres. De inmediato Mill escribió una reseña, que se publicó en Octubre de ese mismo año en la *Edinburgh Review*. La correspondencia entre uno y otro ayuda a reconstruir con bastante exactitud lo sucedido en el corto intervalo de unos pocos meses.

El 3 de Mayo de 1840 Tocqueville comunica a Mill el envío con Guizot del libro. Pocos días después, el 11 de Mayo, Mill, que ya lo poseía y lo había leído, comunica a su correspondiente francés su intención de reseñar este segundo volumen en la *Edinburgh Review*, toda vez que su conexión con la *London and Westminster Review* había concluido ya. Esta comunicación se ve acompañada de un juicio muy elogioso acerca del contenido del libro y una observación adicional que resulta bien interesante.

El juicio que la obra merece, según Mill, no puede ser más elogioso: «En cualquier caso habéis alcanzado un gran logro: habéis cambiado el rostro de la filosofía política, habéis llevado la discusión respetando las tendencias de la sociedad moderna, las causas de estas tendencias y las influencias de formas particulares de constitución política y orden social, en una región de una altura y profundidad tales que nadie antes que vos había penetrado, y todas las argumentaciones y especulaciones previas en tales asuntos aparecen ahora como juegos de niños»¹. La observación que sigue a este elogioso juicio sobre el libro, resulta de verdadero interés, pues nos remite a una idea, muy querida para Mill, y que ya hemos visto en diversos pasajes del comentario al primer volumen: «el verdadero peligro para la democracia, el mal verdadero contra el que hay que luchar, (...) no es la anarquía ni el amor al cambio, sino el

¹ A. DE TOCQUEVILLE-J. S. MILL, *Correspondencia...*, 96-97 (J. S. Mill, C. W., XIII, 434).

estancamiento y la inmovilidad a la china»². Como tendremos ocasión de ver, la notable preocupación milliana por lo que él llama la inmovilidad china, recibe nuevos aportes intelectuales en su obra de 1836 *Civilization*. Los temas que en ella se tratan explican no pocas de las observaciones que Mill dirigirá a este segundo volumen de *La Democracia en América*.

Poco tiempo después, el 18 de Octubre de 1840, Tocqueville, tras la lectura de la recensión, devuelve generosamente a Mill el elogio que éste le dirigiera: «Por fin me veo juzgado por un espíritu muy elevado que se tomó la molestia de penetrar en mis ideas y de someterlas a un análisis riguroso. *Sólo* vos, os repito, me habéis dado este placer, todos aquellos que me han alabado o censurado, salvo usted, me han parecido inteligencias insuficientes o distraídas. He hecho encuadernar vuestro artículo con un ejemplar de mi libro. Son dos cosas que deben ir juntas y que quiero llevarme siempre unidas a los ojos»³.

La carta no se limita a la correspondencia en el elogio. Añade una reflexión sobre la recepción menos calurosa que el público francés brindó a este segundo volumen. Por venir del propio autor, la reflexión ya merece nuestra atención. Si además aclara la naturaleza y finalidad del discurso que el libro encierra, entonces su interés, evidentemente, gana muchos enteros. Tocqueville no cree en los errores literarios de la opinión pública: en materia de gusto literario, el juicio de ésta suele ser, por lo general acertado. Si esto es así, habrá que buscar por otro lado las razones de una recepción tan fría, si se la compara con la anterior. Las razones estriban en lo que él llama *el pecado original del tema* y no en el modo de tratar una u otra parte. «Creo que el error que busco se halla en el tema mismo del libro que encierra algo de oscuro y de problemático, que no capta al espíritu de la multitud. Cuando hablo únicamente de la sociedad democrática de los Estados Unidos esto se comprende inmediatamente. (...) Pero partiendo de las nociones que me proporcionan la sociedad americana y la francesa he querido pintar los rasgos generales de las sociedades democráticas de las que no existe aún ningún modelo completo. Es aquí donde el espíritu del lector ordinario se me escapa. Sólo hombres demasiado habituados a la búsqueda de verdades generales y especulativas les gusta seguirme en una vía tal»⁴.

² *Ibid.*, 97 (*ibidem*).

³ *Ibid.*, 99-100 (A. DE TOCQUEVILLE, *Correspondance Anglaise*, O. C., VI, 330).

⁴ *Ibid.*, 100 (*ibidem*).

La reflexión tocquevilliana mereció un comentario especial en la siguiente carta de John Stuart Mill (30 de Diciembre de 1840): «No me sorprende que esta segunda parte sea menos popular que la primera. La razón que señaláis es sin duda parcialmente verdadera, pero además de esto los pensamientos en la segunda parte son mucho más recónditos y, ya sea que uno convenga con ellos o no, están extraídos de una profundidad mucho mayor de la naturaleza humana que aquellos de vuestra primera publicación. Constituyen, más que los otros, una era en la ciencia»⁵. No me parece que Mill se jacte en vano cuando sostiene, poco antes de este párrafo, que pocos «se han tomado tanto esfuerzo o han luchado tan conscientemente para comprender y entrar en el espíritu de vuestras especulaciones como lo he hecho yo»⁶. Y considero que no es jactancia vana, porque Mill ha advertido la extrema complicación que supone un discurso de ideas generales, plagado de tipologías al servicio de comparaciones y búsqueda de afinidades de sentido, que en todo momento “juega” en dos planos: el plano histórico-social y el plano antropológico-moral (la naturaleza humana); el plano de las instituciones y costumbres (*moeurs*) y el del espíritu, ya sea individual o colectivo. Tocqueville se mueve en y entre los dos planos, y transita de uno a otro con una velocidad de vértigo: *moeurs* y *esprit* se reclaman mutuamente tanto en el plano de la vida individual, como colectiva. Como telón de fondo, esa idea grabada a fuego: el ser humano es un microcosmos social. Lo que sucede en su alma y lo que acontece en el mundo social guardan relaciones que constituyen la clave para comprender los grandes procesos y fenómenos del acontecer histórico.

En efecto, sólo un espíritu que hubiera detectado y comprendido, siquiera en parte, este modo de proceder a los efectos del análisis, estaba en condiciones de congeniar con el segundo volumen. Aquel espíritu atento a todo lo que sucedía a su alrededor (Royer-Collard), percibió en la recensión milliana esa afinidad con el talento intelectual de Tocqueville. Este no tardó en comunicárselo a Mill (18 de Marzo de 1841) como un motivo indudable de halago: «Roger-Collard, que como sabéis es un gran juez, el primero, sin duda alguna, de los que existen ahora en Francia, me dijo el otro día que acababa de leer, por segunda vez, vuestro artículo y que lo consideraba no solamente como una buena recensión sino como una obra original de una gran profundidad y de un valor muy

⁵ *Ibid.*, 103-104 (J. S. MILL, C. W., XVIII, 458).

⁶ *Ibid.*, 103 (*ibid.*, 457).

considerable. He querido daros a conocer este juicio porque en estos asuntos Royer-Collard es un oráculo»⁷.

Ciertamente, para que dos espíritus congenien, además de una predisposición a la afinidad, es preciso que sus trayectorias guarden una relación, que les interesen los mismos o parecidos temas. Por consiguiente, parece oportuno comenzar el estudio de esta segunda recensión milliana, repasando a grandes trazos el itinerario intelectual de John Stuart Mill en los años que van de la publicación del Primer Volumen al Segundo. Por otro lado, la relación intelectual entre Tocqueville y Mill no se interrumpe entre 1835 y 1840, antes bien cobra un aliento indudable tras la primera recensión. No pocas cuestiones que luego serán objeto de estudio en el segundo volumen las vemos prefigurarse y desarrollarse tanto en la correspondencia que mantienen los dos durante estos años, como en el libro de viajes a Inglaterra, donde Tocqueville relata, con gran suerte de detalles, diversas conversaciones habidas con Mill.

⁷ *Ibid.*, 108 (A. DE TOCQUEVILLE, *Correspondance Anglaise*, O. C., VI, 334).

I.

1835-1840: LA EVOLUCIÓN INTELECTUAL DE DOS PENSADORES

1. Centralización y despotismo

Como ha señalado Schleifer el balance del primer volumen en lo que a la centralización respecta era aproximadamente el siguiente: ensalzaba los beneficios políticos, morales, sociales y económicos de las libertades locales; sostenía al tiempo que lamentaba que la democracia indujera a la centralización; distinguía entre centralización gubernamental y administrativa y, finalmente, consideraba que la centralización administrativa ponía en serio peligro la libertad.

El segundo viaje a Inglaterra acentuó si cabe la preocupación de Tocqueville por la cuestión de la centralización. Los diarios de viaje por Inglaterra conservan diversas y muy notables referencias a esta cuestión. El 26 de Mayo de 1835 tiene lugar una jugosa conversación entre Tocqueville y Mill acerca de si en Inglaterra existía una tendencia hacia la centralización y si dicha tendencia era preocupante o no. Aún admitiendo la tendencia, Mill no consideraba que fuera motivo de preocupación. Ambos estaban de acuerdo en una misma observación: la división o fragmentación del poder administrativo, unida a la nula inclinación inglesa a las ideas generales en materia de gobierno o de cualquier otro, constituían un freno a la centralización, que no existía en Francia¹. «El viaje a Inglaterra de 1835 fue un añadido importante para lo que había visto y oído en Norteamérica durante 1831 y 1832. Sobre el tema de la centralización, gran parte no eran más que ratificaciones de cosas conocidas (...). Inglaterra le sirvió en especial para confirmar ciertos juicios anteriores acerca de los beneficios de las localidades vigorosas, las variedades de la centralización, los peligros de la consolidación del poder administrativo y, por encima de todo, la “manía de la centralización”

¹ Cfr. JAMES T. SCHLEIFER, *op. cit.*, 180-185.

propia de la democracia»². Con todo, Tocqueville tomó nota de esa tendencia hacia la centralización de la sociedad inglesa que él veía confirmada especialmente en la reforma de la ley de los pobres inglesa. El *Bill* de Reforma de las *Poor Laws* ocupa un lugar destacado en las reflexiones y conversaciones anotadas en el diario de viajes. Esta ley no sólo da a la aristocracia prácticamente un golpe de gracia, sino que además la aristocracia es despojada de poder en provecho del poder central y de las clases medias que son las que eligen a los comisarios o agentes centrales (*guardians of the poor*), que tienen pleno poder en todas las parroquias de Inglaterra.

¿Este proceso de centralización y ascenso de las clases medias puede llegar a tener un carácter revolucionario? Ya en 1833, con ocasión de su primer viaje, Tocqueville desechó esta posibilidad para el caso inglés. Ahora es el propio Mill quien, en conversación privada con el francés, excluye de nuevo esta posibilidad: «Dudo que haya una revolución rápida y violenta entre nosotros. Todas las clases están demasiado reguladas y saben protegerse demasiado bien. Por otra parte, son ilustradas, están habituadas a combatir y a ceder cuando hace falta. Además, existe aquí un obstáculo a las novedades generales y a las incitaciones de reformas. Lo que sucede es que la reforma no se refiere nunca a un gran número de objetos a la vez. Como en el país todo son piezas y fragmentos, todo no se puede cambiar más que por turnos, y cada cambio afecta sólo a un pequeño número de intereses. Por la misma razón, no excita más que un pequeño número de pasiones. Es raro que se proceda por la vía de la reforma general porque en Inglaterra apenas hay cosas a las que se pueda aplicar el mismo principio»³.

Esta preocupación tocquevilliana por la centralización, sus modalidades y sus efectos corre en paralelo con esta otra: el despotismo. Lo que terminará por vincular a una y otra es la creciente acumulación de poder en manos del Estado por la vía de la centralización administrativa: «Aún cuando, mientras escribía *La democracia* de 1835, a veces le habían preocupado especialmente las concentraciones popular y legislativa del poder, en este caso no le preocupaba la legislativa (ni siquiera

² *Ibid.*, 185. Seymour Drescher ha mostrado por su parte que el segundo viaje a Inglaterra tuvo una importancia decisiva en la identificación de cuáles eran las tendencias democráticas así como de la centralización. Cfr. S. DRESCHER, *Tocqueville and England*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1964, 74-104.

³ A. DE TOCQUEVILLE, *Voyage en Angleterre...*, O. C., V, 2, 47. (Las palabras, recuérdese, son de J. S. Mill).

en primer lugar la ejecutiva), sino la creciente acumulación de autoridad en manos del Estado (y su burocracia). Un rasgo que merece destacarse de los tomos de 1840 es la casi desaparición de toda preocupación expresa acerca de la usurpación legislativa. La identidad del temido centro del poder había cambiado categóricamente»⁴.

Cabe decir que esta honda preocupación tocquevilliana por la nueva forma de despotismo democrático —el despotismo burocrático o de Estado— no fue percibida con la misma intensidad o sensibilidad por el pensador inglés. No sucedería lo mismo, sin embargo, con la segunda gran preocupación intelectual de Tocqueville, que se manifiesta plenamente en el segundo viaje a Inglaterra: el proceso de industrialización. A este segundo viaje pertenece la conocida descripción de la ciudad de Manchester⁵. Por su parte, Mill ha tematizado la importancia social del proceso de industrialización a la luz de lo que él llama el estado de civilización comercial progresiva. La cuestión tendrá un lugar célebre al final de la recensión de 1840. Pero ya antes, en 1836, será objeto de un ensayo titulado precisamente así: *Civilization*.

2. Industria y civilización comercial

Difícilmente pueden entenderse pasajes memorables del Segundo Volumen de *La Democracia en América* y sus respectivos comentarios en la recensión milliana de 1840, si no se advierte la convergencia de dos espíritus en una misma preocupación esencial: cuál es el futuro que aguarda a una civilización comercial y democrática. Ambos consideran además que en ese futuro se ve implicado el destino de la libertad, pues existe un nexo entre el progreso en la civilización y el espíritu de libertad.

La *Advertencia* que sirve de obertura al Segundo Volumen quiso ser un prefacio más amplio, pero al final numerosas notas e ideas quedaron fuera. En los manuscritos de Yale se contiene esta importantísima observación que debía dar forma al Prefacio: «Gran dificultad en distinguir lo que es *democrático, comercial, inglés y puritano*»⁶. Con su pro-

⁴ J. T. SCHLEIFER, *op. cit.*, 189-190.

⁵ Cfr. A. DE TOCQUEVILLE, *Voyage en Angleterre*, O. C., V, 2, 79-82.

⁶ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América* II, 11, a.

verbial agudeza, Tocqueville ha captado hasta qué punto están imbricadas estas cuatro dimensiones y cuán difícil es separar unas de otras, si bien su consideración se centra en *lo democrático* sin perder de vista los otros tres aspectos. En diversos pasajes de este trabajo volveremos sobre esta misma cuestión y la trataremos con mayor detenimiento.

Por su parte Mill, destacará cómo en el seno de una civilización eminentemente comercial, la difusión de la propiedad y de la inteligencia son inseparables del crecimiento de una clase media. Comencemos por este último.

a) *John Stuart Mill: la ambivalencia de la moderna civilización comercial*

En Abril de 1836, Mill publicó el ensayo *Civilization*, cuya factura es bastante ajena al utilitarismo. Hampsher-Monk ha señalado justamente la deuda que este ensayo tiene con Hume y la escuela escocesa de sociología histórica (William Robertson, John Millar y Adam Ferguson)⁷. Puede afirmarse con carácter general que la escuela escocesa es para Mill, lo que Montesquieu representa para Tocqueville.

«La era presente es predominantemente la era de la civilización en su sentido estricto»⁸. Hecha esta declaración de principio, Mill afirma que, en el desarrollo del ensayo, la palabra ‘civilización’ se usará solamente en un sentido restringido: «no aquél en el que es sinónimo de progreso (*improvement*), sino en el que es lo directamente opuesto o contrario a la rudeza (*rudeness*) o barbarie (*barbarism*)»⁹. Parece claro que Mill emplea una tipología en la línea de la escuela de sociología histórica. Esta tipología contiene, no obstante, novedades muy significativas respecto de la orientación general de dicha escuela. Lo que él llama “vida salvaje” no se caracteriza por una solidaridad primordial de naturaleza comunal, pues «en las comunidades salvajes cada persona se las arregla por sí misma»¹⁰. Se trata, como vemos, de una descripción

⁷ Cfr. I. HAMPSHER-MONK, *Historia del Pensamiento Político Moderno*, Ariel, Barcelona, 1996, 401-402.

⁸ J. S. MILL, *Civilization*, C. W., XVIII, 119.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Ibidem*.

radicalmente individualista, más cercana al contractualismo que a la tradición anticontractualista de la escuela escocesa.

Una sola situación constituye excepción a semejante individualismo propio de la vida salvaje: la guerra. Diríase que el hombre primitivo, no civilizado, únicamente sabía cooperar para hacer la guerra. La guerra no es en absoluto sinónimo del «empleo sistemático de la fuerza colectiva de la sociedad con objeto de proteger a los individuos de las afrentas de cualquier otro»¹¹. En efecto, esos individuos dispersos en un gran territorio, son incapaces de agricultura, comercio, industria, legislación o administración de justicia. Son incapaces, en suma, de constituir una fuerza social propiamente dicha y de usarla en su propio beneficio.

Los ingredientes de la civilización que Mill señala son varios: conocimiento suficiente de las artes de la vida, suficiente seguridad de la propiedad y de la persona y la posibilidad real del crecimiento progresivo de la riqueza y la población. Según Mill, estos elementos existen en la Europa moderna y, especialmente, en Gran Bretaña, en un grado más eminente y en un estado de más rápida progresión que en ningún otro lugar o tiempo¹².

Si detenemos ahora nuestra atención en las consecuencias que, según Mill, implica al avance de la civilización, observamos ante todo ésta: que el poder pasa cada vez más de los individuos a las masas, por lo que la importancia de las masas es progresivamente mayor, mientras que la de los individuos es menor¹³. Esta reflexión es eminentemente sociológica. Si queremos obtener una visión más amplia de lo que significa 'civilización', debemos tener en cuenta los dos grandes "vectores civilizatorios" y que no son otros que la propiedad y el conocimiento. «Existen dos elementos de importancia e influencia entre la humanidad: uno es la propiedad; el otro, facultades y adquisiciones de pensamiento. Ambos, en la primera etapa de civilización, están reducidos a muy pocas personas. En los comienzos de la sociedad, el poder de las masas no existe»¹⁴. El hecho de que la propiedad y la inteligencia estén máximamente concentradas en una pequeña porción de la comunidad, unido a la incapacidad de cooperación con los demás individuos, explican el débil poder social de las sociedades primitivas. No obstante, ese poder

¹¹ *Ibidem*.

¹² Cfr. *ibid.*, 120-121.

¹³ Cfr. *ibid.*, 121.

¹⁴ *Ibid.*, 121.

va siendo cada vez más fuerte, conforme mayor es el número de quienes acceden a los bienes de la propiedad y de la inteligencia.

De un modo que recuerda vagamente al método toquevilliano, Mill está describiendo un proceso cuya lógica organizativa descansa en la división del trabajo y en la extensión de la industria y las artes mecánicas¹⁵; sociológicamente dicho proceso se caracteriza por el ascenso gradual pero inexorable de una clase comercial y manufacturera, al tiempo que se emancipa otra clase, la agrícola. Todo esto explica «los tumultos y trastornos (*bouleversements* –sic–) que acompañan en su ocurrir a estos cambios, y las extraordinarias alteraciones en instituciones, opiniones, hábitos y el conjunto de la vida social (...)»¹⁶. Todo ello está asociado lógicamente a la formación, crecimiento y consolidación de una clase media (manufacturera-industrial o agrícola, asalariada) que accede poco a poco a los bienes de la propiedad y de la inteligencia.

El gran logro de la civilización ha consistido en que «el poder de asociación –*power of combination*– entre las masas haga la paz con el progreso de sus recursos». Ello únicamente ha sido posible por la extensión y la intensificación del *poder de cooperación*, hasta el punto que cabe decir que «no hay un *test* más exacto del progreso de civilización que el progreso del poder de cooperación»¹⁷. Desde esta importante observación tiene sentido la reconsideración de la vida salvaje como la incapacidad de cooperación: «¿qué hace que todas las comunidades salvajes sean pobres y débiles? (...): la incapacidad de cooperación»¹⁸.

La capacidad de cooperación del hombre civilizado está en relación directa con la capacidad de sacrificar su voluntad individual, su deseo e inclinaciones inmediatas, lo cual tiene mucho que ver con el sentido del tiempo, la previsión, el sacrificio y el compromiso. «Solamente seres civilizados pueden asociarse. Toda asociación es compromiso: es el sacrificio de una porción de voluntad individual, con vistas a un propó-

¹⁵ «Al igual que Hume, y los apologistas de la economía moderna, el joven Mill considera el desarrollo extrafamiliar de la cooperación, la disciplina y el refinamiento como una consecuencia de la división del trabajo y la extensión de las artes mecánicas y las manufacturas, las transferencias de los beneficios del comportamiento cooperativo y gobernado por reglas desde un contexto social de escala pequeña a otro de escala mayor» (I. HAMPSHER-MONK, *op. cit.*, 401).

¹⁶ J. S. MILL, *Civilization*, C. W., XVIII, 121.

¹⁷ *Ibid.*, 122.

¹⁸ *Ibidem.*

sito común. El salvaje no puede soportar el sacrificio de su voluntad individual en aras de ningún fin»¹⁹.

Desde el punto de vista de la cooperación, la propia guerra es una escuela que enseña a actuar concertadamente. «La disciplina..., esto es, la cooperación perfecta, es un atributo de la civilización»²⁰. El avance en la civilización enseña al ser humano formas nuevas de aprender a cooperar. «La división del trabajo (...) es la gran escuela de cooperación»²¹. Hasta el momento, todo el esbozo histórico que describe Mill se orienta a poner en relación el crecimiento de la sociedad civil y los correspondientes cambios socio-económicos, con las nuevas formas de vida urbana vinculadas al surgimiento de una clase media que hace valer rápidamente su fuerza y su opinión a través de la prensa popular en la forma de opinión pública. El periódico es, de este modo, el instrumento más apto para hacer sentir el peso de la cooperación social.

Este maravilloso desarrollo del poder físico y mental en las masas se encuentra asociado a «un gran incremento en humanidad, un declive de la intolerancia entre nuestras clases conspicuas»²². Resulta de este modo que los cambios en la esfera de la vida socio-económica tienen una repercusión, tanto en las prácticas morales de los distintos grupos sociales, como en lo que podríamos llamar los perfiles de su carácter grupal. Es muy coherente con la preocupación de la sociología histórica considerar cómo influye el progreso civilizatorio en la formación del carácter en cada una de las clases sociales, e incluso en la formación de una idiosincrasia o carácter nacional.

El protagonismo histórico de las masas –recordémoslo– es el más importante fenómeno en el crecimiento natural de la civilización. Por relación a este hecho capital –el poder pasa del individuo a las masas–, cabe decir que «el peso y la importancia de un individuo, comparado con la masa, se sumerge en una cada vez mayor insignificancia»²³. El individuo aislado ha quedado eliminado como fenómeno social y prácticamente también en su protagonismo histórico. Una consecuencia inescapable de ello es la imposibilidad para todo individuo de ejercer una influencia que sea comparable a la de la masa, o bien de sustraerse

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ *Ibidem.*

²¹ *Ibid.*, 123.

²² *Ibid.*, 125.

²³ *Ibid.*, 126.

al dominio creciente de la opinión pública. El triunfo de la democracia es, en realidad, el gobierno de la opinión pública, el cual «no depende de ningún individuo o conjunto de individuos (...), sino de las leyes naturales del progreso de la riqueza, de la difusión de la lectura y del aumento de las facilidades para el intercambio humano»²⁴.

Como acabamos de ver, Mill se interesa por los efectos políticos de la Civilización. En el plano político, los distintos elementos del poder han cambiado de lugar y aspecto hasta tal punto que Mill se siente obligado a recordar la máxima de Tocqueville: es preciso una ciencia política nueva para un mundo completamente nuevo. Aun siendo importantes los efectos políticos, Mill se centra más en los efectos morales, pues considera que exigen «una elucidación más amplia. Pueden ser considerados desde dos puntos: la influencia directa de la Civilización sobre el carácter individual, y los efectos morales producidos por la insignificancia en la que cae el individuo en comparación con las masas»²⁵.

Mill observa y denuncia que un importante efecto sobre el carácter de un elevado estado de civilización estriba en una relajación de la energía individual. Inmediatamente precisa más en qué consiste esa relajación de energía psíquica: «su concentración dentro de los límites de la estrecha esfera del empeño individual por acumular dinero»²⁶.

Consideradas en general, las grandes motivaciones que provocan las energías individuales son: «el deseo de riqueza o de engrandecimiento personal, la pasión por la filantropía y el amor por la virtud activa»²⁷. La argumentación milliana consiste en afirmar que la seguridad que la sociedad civilizada proporciona, debilita el efecto de estas tres grandes motivaciones. Se trata, en suma, de analizar los efectos perversos que la civilización tiene sobre las grandes motivaciones humanas en orden a movilizar las energías humanas. La democracia ha debilitado hasta el agotamiento las energías de la aristocracia y, entre las clases medias, la búsqueda de la riqueza se convierte en la vía más probable de satisfacción de los deseos de un estatus social: «las energías de las clases medias están casi limitadas a hacer negocio, mientras que las de las clases más altas están próximas a extinguirse»²⁸. Mientras, las energías de las

²⁴ *Ibid.*, 127.

²⁵ *Ibid.*, 129.

²⁶ *Ibidem.*

²⁷ *Ibidem.*

²⁸ *Ibid.*, 130.

clases más bajas se deben emplear en no perder el ritmo de la civilización; aspecto esencial para ello es proceder a su alfabetización.

En resumidas cuentas, la civilización es un proceso ambivalente: sus efectos políticos y los morales no están debidamente compensados. Esta ambivalencia constituirá, como veremos, el telón de fondo de la recensión a la obra de Tocqueville.

b) *A. de Tocqueville: instituciones libres, comercio e industria*

El 7 de Julio de 1835, Tocqueville anotaba en su diario de viaje unas notables consideraciones bajo el siguiente epígrafe: “Libertad. Comercio”. Las notas de este largo párrafo están tomadas en Dublín.

“Creo que es sobre todo el espíritu y los hábitos de la libertad lo que inspira el espíritu y los hábitos del comercio». Cuando, a continuación, describe los requerimientos de la libertad, se observa que coinciden notablemente con el espíritu del emprendedor: previsión, perseverancia, autoconfianza, adaptabilidad, coraje, vigilancia y un cierto descontento con la realidad, que empuja a modificarla.

Las instituciones libres ciertamente influyen en la prosperidad general del país y de cada ciudadano en particular: «viendo al inglés seguro del apoyo de sus leyes, confiado en sí mismo y desconocedor de cualquier obstáculo excepto los límites de sus propios poderes, actuando sin restricciones; viéndolo inspirado por el sentido de que puede hacer cualquier cosa, mirar incesantemente a lo que ahora es, siempre en busca de lo mejor, viéndolo así, no me corre prisa averiguar si la naturaleza le ha abierto puertos y le ha dotado con carbón y hierro. La razón de su prosperidad comercial no reside en ello: está en él mismo.

¿Queréis comprobar si un pueblo está dotado para la industria y el comercio? No sondeéis sus puertos, ni examinéis la madera de sus bosques ni los productos de su suelo. El espíritu emprendedor conseguirá todas esas cosas y, faltando él, ellas son inútiles. Analizad si las leyes de un pueblo confieren a los hombres el coraje de buscar la prosperidad, la libertad, para seguir en ella, el sentido y los hábitos para buscarla y la seguridad de recoger sus beneficios»²⁹.

²⁹ Citado por J. T. SCHLEIFER, *op. cit.*, 184-185.

El interés de Tocqueville por la industria y, en general, por la economía política no data de su segundo viaje a Inglaterra. Viene de atrás. Ya en 1828 Tocqueville y su amigo Beaumont leían juntos a Jean-Baptiste Say³⁰. De esa lectura han quedado unas anotaciones³¹ que los editores de las *Oeuvres Complètes* han fechado en torno a 1828-1829, y en las que se ve a Tocqueville interesado en comprender los mecanismos de la formación del valor y el papel de la industria en la economía productiva. La industria se concibe como la reunión coordinada de tres tipos de oficios o labores: las investigaciones del sabio, las aplicaciones del emprendedor *–entrepreneur–* y los trabajos del obrero. Entre las distintas observaciones, sobresale una, en mi opinión: estos tres tipos de hombres «se reencuentran siempre, aunque a menudo estén reunidos en la misma persona. Pero como cabe juzgar, el emprendedor es siempre en definitiva el principal. En cierta medida es el centro de acción. Cuanto más civilizados son los países, más distintos son estos tres hombres. En la Edad Media, el sabio, el emprendedor y el obrero estaban casi siempre unidos (...)»³².

El interés de esta observación reside, a mi entender, tanto en la identificación de ‘civilización’ con ‘diferenciación’, como en la primordialidad asignada al emprendedor, en tanto que centro de acción de la moderna industria. En relación con este último aspecto, cabe añadir un significativo texto: «En toda empresa comercial, la cualidad esencial es el juicio *–jugement–*»³³. En efecto, según todas las descripciones que realiza Tocqueville, el juicio es la operación intelectual propia del emprendedor. Vemos, pues, cómo Tocqueville se interesa ya por describir el tipo humano del emprendedor.

En 1834, Alban de Villeneuve-Bargemont publicó *Traité d' économie politique chrétienne* en tres volúmenes; esta obra fue premiada por el Instituto. Tocqueville la leyó inmediatamente y de ella se hace eco en

³⁰ Puede verse en la correspondencia de Tocqueville con Beaumont (cfr. O. C., t. VIII, 1, 72). Ambos estudiaban en 1828 la obra de Say, *Cours complet d'économie politique pratique*, cuyo primer tomo se publicó en París en 1828. Posteriormente retomaron su estudio en 1831, en el barco que los llevaba a América.

³¹ A. DE TOCQUEVILLE, *Notes sur l'Économie Politique. Jean-Baptiste Say, Mélanges*, O. C., XVI, 425-435.

³² *Ibid.*, 427-428. Para un análisis más detenido de la postura de Tocqueville frente al liberalismo económico, cfr. J.-C. LAMBERTI, *Tocqueville et les deux démocraties*, P.U.F., París, 1983, 217-246.

³³ *Ibid.*, 428.

su escrito de 1835, *Mémoire sur le paupérisme*. Entre las diversas cuestiones que aborda esta *mémoire* hay una, estrechamente relacionada con la industria. La desigualdad y la pobreza no tienen los mismos efectos en la economía de subsistencia que caracteriza las sociedades rurales que en la economía productiva de tipo industrial. La desigualdad produce sus efectos perversos de un modo mucho más notable con ocasión de la industrialización: «La clase industrial que sirve tan poderosamente al bienestar de las demás está mucho más expuesta que ellas a los males súbitos e irremediables. En la gran fábrica de las sociedades humanas, considero la clase industrial como si hubiera recibido de Dios la misión especial y peligrosa de proveer, con sus riesgos y peligros, a la felicidad material de todas las demás. Ahora bien, el movimiento natural e irresistible de la civilización tiende incesantemente a aumentar la cantidad comparativa de los que la componen. Cada año las necesidades se multiplican y diversifican y con ellas crece el número de individuos que esperan crearse un mayor bienestar trabajando para satisfacer esas nuevas necesidades que continuando ocupados en la agricultura, ¡gran tema de meditación para los hombres de Estado en nuestros días!»³⁴. La conclusión de esto es que la clase industrial, al tiempo que proporciona goces y satisfacciones al mayor número, está expuesta a miserias que serían casi desconocidas, si esta clase no existiera.

De un modo que recuerda casi obligadamente a Rousseau, en el origen de estas desgracias y nuevas miserias, reside el crecimiento y diferenciación de las necesidades: «Cuanto más rica, industriosa, próspera es una sociedad, más variados y permanentes se hacen los goces del mayor número; y cuanto más variados y permanentes son, tanto más se asemejan por el uso y el ejemplo a verdaderas necesidades. El hombre civilizado está, pues, infinitamente más expuesto a las vicisitudes del destino que el hombre salvaje. Lo que no sucede al segundo más que de vez en cuando y en algunas circunstancias, puede suceder continuamente y en circunstancias muy ordinarias al primero. Con el círculo de sus goces, ha ampliado el círculo de sus necesidades y ofrece un campo mayor a los golpes de la fortuna»³⁵. La diferenciación de las necesidades está asociada al desarrollo de una economía, que podría llamarse de lujo, y que origina diversas disfunciones sociales, las más acusada de las

³⁴ A. DE TOCQUEVILLE, *Mémoire sur le Paupérisme*, O. C., XVI, *Mélanges*, 124.

³⁵ *Ibid.*, 125.

cuales es la aparición de grandes “bolsas de pobreza”, vinculadas a las crisis periódicas que afectan al sistema económico.

En la segunda parte de esta memoria, escrita en 1835, Tocqueville se muestra totalmente reticente en lo que respecta al optimismo liberal acerca de la armonía espontánea de intereses o la extinción del pauperismo por los progresos de la industria. Tampoco considera que la solución reside en transferir la obligación de asistencia benefactora de la sociedad civil a la sociedad política: la experiencia inglesa de tratar políticamente —o sea, estatalmente— un mal eminentemente social le parecía arrojar más males que bienes: incitaba a la pereza y propiciaba el espíritu reivindicativo³⁶.

Su preocupación por el estado de la cuestión social en aquel momento le lleva a redactar en 1837 una segunda memoria, que nunca llegó a terminar, y cuyo objetivo es prevenir el pauperismo³⁷. En esta segunda memoria vemos a Tocqueville enfrentado a la existencia de un proletariado agrícola e industrial, si bien es cierto, añade el autor, que las grandes amenazas en el futuro provienen de este último tipo de proletariado, el industrial, pues la prevención de su situación es la que plantea más problemas. Ciertamente, son los desequilibrios que afectan a las clases agrícolas los que hacen crecer desmesuradamente la pobreza en las clases industriales. «Los hombres que son arrancados violentamente a la cultura de la tierra buscan un refugio en los talleres y las manufacturas. La clase industrial no crece solamente de una manera natural y fragmentaria según las necesidades de la industria, sino sobre todo también por un procedimiento artificial que sigue las miserias de las clases agrícolas (...)»³⁸.

³⁶ Cfr. F. MÉLONIO, *Introduction, Mélanges*, O. C., t. XVI, 21-24.

³⁷ «He intentado mostrar en un artículo precedente que, en nuestros días, tanto la caridad pública como la privada eran impotentes para curar las miserias de las clases pobres; me queda por investigar los medios de los que cabría servirse para prevenir que estas miserias nazcan (A. DE TOCQUEVILLE, *Second Mémoire sur le Paupérisme, Mélanges*, O. C., XVI, 140).

La influencia de Alban de Villeneuve-Bargemont en la redacción de ambas memorias es notable. Suele considerársele como uno de los precursores del catolicismo social en Francia. Cfr. J. B. DUROSELLE, *Les débuts du catholicisme social en France*, U. F., París, 1951, 28-68. Esta influencia explica la voluntad de moralizar la economía que se encuentra en Tocqueville.

³⁸ *Ibid.*, 141-142.

Tocqueville analiza la transformación social que los cambios económicos han inducido, con una mayor sensibilidad para “la cultura de la tierra” que para la “cultura del trabajo industrial”. No es que desconozca ésta ni sea receptivo a lo que implica, como van a demostrar sus bellas y densas páginas del segundo volumen de *La Democracia en América*. Pero tanto su experiencia del mundo social como su propia pertenencia a dicho mundo le llevan a comprender el hecho económico industrial a la luz del hecho económico agrícola: a partir de la cultura de la tierra. ¿Dónde se muestra lo que acabo de indicar? En su diagnóstico acerca de la pobreza que afecta a las clases industriales. Para entender toda la argumentación en su conjunto es forzoso volver a la primera memoria, donde se contiene un célebre esbozo de la evolución de las civilizaciones

Ya se ha indicado aquí varias veces que la teoría de la desigualdad que maneja Tocqueville, debe mucho a Rousseau. El esbozo de la evolución de las civilizaciones que aquél presenta, es deudor del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. En este esbozo, la pieza clave de la evolución del hombre hacia la civilidad no es otra que la propiedad rústica, la propiedad de la tierra (*propriété foncière*): «con ella se ve nacer el elemento más activo del progreso»³⁹. Desde el momento en que el hombre posee la tierra, queda fijado a ella y aparece “la cultura del suelo” que permite al hombre superar el carácter errático y disperso de su modo de habitar la tierra. Fijado y asegurado su vivir, los seres humanos «comienzan a entrever que se encuentran en la existencia humana otras fuentes de goces que la satisfacción de las primeras y más imperiosas necesidades de la vida»⁴⁰.

La civilización comienza con un exceso: el deseo excede a la necesidad. La condición de posibilidad de este exceso o, visto de otra manera, de este desequilibrio entre la satisfacción y la necesidad, es la propiedad de la tierra: la cultura del suelo⁴¹. Dicha cultura es moralmente ambivalente: hace posible la civilización y, simultáneamente, la desigualdad entre los hombres como una realidad permanente. Ambas, civilización y desigualdad, están unidas a la existencia de lo superfluo, a

³⁹ A. DE TOCQUEVILLE, *Mémoire sur le Paupérisme...*, 119.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ Tocqueville habla de “cultura del suelo” (cfr. *ibidem*). Y lo hace correctamente, toda vez que la propiedad es ante todo un signo, un símbolo que establece de un modo permanente la superioridad de un hombre sobre otro, o de una familia sobre otra.

la satisfacción de necesidades por encima de lo que la naturaleza física demanda⁴²: la cultura del suelo hace posible la cultura de lo superfluo o tal vez habría que decir simplemente la cultura, a secas⁴³. Parece claro, en cualquier caso, que la cultura se encuentra ligada a la multiplicación y diferenciación de las necesidades que él se hace y no con las que él se encuentra⁴⁴.

Volviendo ahora a la argumentación que desarrolla Tocqueville en la segunda memoria, ¿cuáles son las señas de identidad del proletariado agrícola? Una, exclusivamente: la carencia de propiedad territorial. «A medida que esos mismos hombres comienzan a poseer una porción cualquiera de suelo, por pequeña que sea, ¿no percibís que sus ideas se modifican y sus costumbres cambian? ¿No es visible que con la propiedad rústica tiene lugar el pensamiento del futuro? Se hacen previsiones desde el momento en que sienten que tienen algo precioso que perder. (...) Esas personas no son todavía ricas, pero tienen ya las cualidades que hacen nacer la riqueza. Franklin tenía la costumbre de decir que con orden, actividad y economía, el camino de la fortuna era tan fácil como el del mercado. Tenía razón»⁴⁵.

En cierto modo, la absoluta ausencia de propiedad rústica devuelve al hombre a una situación anterior a aquélla que lo sacó de su vida errante: lo devuelve al puro azar⁴⁶. Recogiendo la sugerencia de Franklin, que Tocqueville hace suya, éste añade: «entre los medios de dar a los hombres el sentimiento del orden, la actividad y la economía, no conozco ninguno más poderoso que facilitarles el acceso a la propiedad

⁴² «Desde el instante en que la propiedad territorial fue conocida y los hombres hubieran convertido los grandes bosques en ricas campiñas y en fértiles praderas, desde ese momento, se vio a los individuos reunir en sus manos mucha más tierra de la que necesitaban para alimentarse y perpetuar su propiedad en las manos de su posteridad. De ahí la existencia de lo superfluo; con lo superfluo nace el gusto por goces diferentes a las satisfacciones más elementales de la naturaleza física» (*ibid.*, 119-120).

⁴³ Si bien esta temática se contiene en el *Ensayo sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, el lugar de toda la obra roussoniana donde se encuentra un tratamiento más pormenorizado de todas estas cuestiones es el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*.

⁴⁴ «El hombre nace con necesidades y se hace necesidades» (A. DE TOCQUEVILLE, *Mémoire sur le Paupérisme...*, 124).

⁴⁵ A. DE TOCQUEVILLE, *Sécond mémoire sur le paupérisme...*, 142.

⁴⁶ «La absoluta ausencia de toda propiedad es la dependencia absoluta del azar» (*ibidem*).

rústica. (...) El medio mas eficaz de prevenir el pauperismo entre las clases agrícolas es seguramente la división de la propiedad rústica»⁴⁷.

Ahora bien este remedio, que cabe utilizar con éxito, frente a la miseria del agricultor, no es efectivo en el caso del obrero industrial: «No se ha descubierto todavía el medio de dividir sin hacerla improductiva la propiedad industrial como en el caso de la propiedad rústica; la industria ha conservado la forma aristocrática en las naciones modernas, mientras que en todas partes se veía desaparecer las instituciones y costumbres que la aristocracia había hecho nacer»⁴⁸. Así pues, en el caso de la propiedad industrial no tiene sentido esperar que todos accedan a ella. Además, las crisis industriales son más frecuentes y crueles que las que afectan a la clase agrícola. Semejantes crisis, en las que siempre cabe encontrar de un modo u otro un desequilibrio entre la producción y el consumo, previsiblemente seguirán afectando a las clases industriales, por más que en el horizonte futuro de la humanidad se adivine su carácter progresivamente menos frecuente⁴⁹.

Que Tocqueville está analizando la cuestión social industrial a la luz de su comprensión del mundo social pre-industrial, lo muestra su consideración de cuál es el problema que hay que resolver y que no es otro que el siguiente: «Encontrar un medio de dar tanto al obrero industrial como al pequeño agricultor el espíritu y los hábitos *-habitudes-* de la propiedad»⁵⁰. El equivalente industrial de la propiedad rústica sería una generalización del accionariado obrero. Por eso, uno de los medios para inculcar en el obrero industrial el espíritu y los hábitos de la propiedad «consistiría en dar al obrero un interés en la fábrica»⁵¹. Aunque este medio no haya dado muchos resultados, tanto por las dificultades puestas por los empresarios capitalistas como por la dificultad en los obreros para asociarse y convertirse en capitalistas, Tocqueville no desdeña esta segunda posibilidad y contempla sus virtualidades, pues no en vano la marcha de la civilización en los tiempos democráticos camina en el sentido de la asociación en todo y para todo: «se acerca un tiempo en que un gran número de industrias podrán ser gestionadas de esta mane-

⁴⁷ *Ibid.*, 142-143.

⁴⁸ *Ibid.*, 144.

⁴⁹ «Las crisis comerciales se harán más raras y menos crueles. Pero ese tiempo está todavía lejos de nosotros (...)» (*ibid.*, 145).

⁵⁰ *Ibid.*, 146.

⁵¹ *Ibidem.*

ra. A medida que nuestros obreros adquieran luces más amplias y el arte de asociarse con fines honestos y apacibles haga progresos entre nosotros (...) se verá cómo se multiplican y prosperan. Pienso que en medio de siglos democráticos como los nuestros, la asociación en todo debe sustituir poco a poco a la acción preponderante de algunos individuos poderosos»⁵².

Tocqueville añade inmediatamente a continuación que, aunque la idea de las asociaciones industriales de obreros parece que debe ser fecunda, todavía no está madura. Se impone, por tanto, buscar otro medio preventivo para esas crisis que están en el origen del pauperismo. «Favorecer el ahorro a partir de los salarios y ofrecer a los obreros un método fácil y seguro de capitalizar esos ahorros y hacerles producir beneficios, tales son, pues, los únicos medios de los que la sociedad puede servirse en nuestros días con el fin de combatir los malos efectos de la concentración de las propiedades mobiliarias en las mismas manos y a fin de dar a la clase industrial el espíritu y las costumbres de la propiedad que una gran porción de la clase agrícola posee»⁵³.

¿Qué medios permiten capitalizar los ahorros? Tocqueville señala las cajas de ahorro –*caisses d'épargne*–, con una insistencia adicional: evitar la concentración de capital en unas mismas manos, incluido aquí el monopolio de Estado, y en un mismo lugar. Tocqueville recomienda la creación de circuitos financieros locales. La historia reciente de Francia –la bancarrota del Antiguo Régimen y de la Revolución– enseña que la concentración de capital amenaza seriamente la estabilidad general del sistema financiero⁵⁴.

Las dos memorias acerca del pauperismo muestran bien a las claras tanto la percepción que Tocqueville tenía de la cuestión social en esos años, como la preocupación que ello le ocasionaba. Como indica además Jardin, «el trabajo sobre el pauperismo anuncia parcialmente el programa social que Tocqueville se esforzará por elaborar para un nuevo partido a fines de la monarquía de Julio y también el discurso sobre el derecho al trabajo pronunciado en la Constituyente de 1848»⁵⁵.

Si se analizan ambas memorias a la luz del período en que están escritas, justamente en medio de la publicación de los dos volúmenes de

⁵² *Ibid.*, 146-147.

⁵³ *Ibid.*, 147.

⁵⁴ Cfr. *ibid.*, 150-151.

⁵⁵ A. JARDIN, *Alexis de Tocqueville...*, 239.

La Democracia, encontramos un sentido digno de resaltar y que cabe plantear en forma de pregunta: ¿constituye la industria una excepción a la igualación progresiva de las condiciones de vida, que caracteriza a la democracia? ¿No será un residuo aristocrático en medio de los siglos democráticos? Parece claro, en cualquier caso, que el segundo volumen de *La Democracia* está escrito teniendo en cuenta que el hecho democrático forma una amalgama con el hecho industrial y comercial. Tocqueville se apoya especialmente en el hecho democrático, puesto que el tema de su libro no es América, sino la influencia de la democracia en América.

3. Necesidad de una verdadera lógica para las ciencias morales

John Stuart Mill venía trabajando en lo que sería su *Sistema de Lógica*, desde comienzos de 1830. La *Autobiografía* reproduce de un modo minucioso su itinerario intelectual en este terreno. Tras enfrentarse con el problema de la inducción, tuvo que desistir de seguir adelante por un conocimiento incompleto de la ciencia física. Esto sucedía en 1831. El proyecto quedó abandonado hasta 1837, fecha en la que fue retomado. La publicación ese mismo año del libro de William Whewell, *History of the Inductives Sciences*, le ayudó considerablemente a resolver los problemas que habían logrado paralizarlo anteriormente.

La obra de Tocqueville, ambos volúmenes, fue leída por Mill no sólo con ojos de analista político y social; también el lógico que había en su polifacética personalidad tuvo ocasión de fijarse en el complejo método lógico con el que Tocqueville describe la sociedad democrática. Ese método combina de un modo *sui generis* inducción y deducción, a pesar de que, en un primer golpe de vista, parezca excesivamente deductivo. El propio Tocqueville era consciente de que esa tendencia tan suya a las ideas generales daba la impresión de ser deductivista. En carta escrita a Mill el 10 de Febrero de 1836 que acompañaba al artículo que posteriormente se publicaría en la *London and Westminster Review* con el título *Political and social condition of France*, se lee: «No sé, mi querido Mill, lo que pensaréis de esta obra. Todo lo que os puedo decir es que no sabría hacerla mejor. (...) Tengo miedo de que mi método sea demasiado francés y poco del gusto de vuestros compatriotas que encontrarán que tengo una tendencia muy pronunciada por las ideas generales. Tuve antes la idea de luchar contra esta tendencia, pero el tema

me ha arrastrado, a pesar mío. No es que haga reflexionar sobre las reglas generales que se trazan a las sociedades humanas. (...) El estudio al que acabo de entregarme ha hecho nacer en mi mente una multitud de ideas y percibir una multitud de relaciones que no había percibido nunca»⁵⁶.

En efecto, ya en este artículo, escrito a instancias de Mill, *Estado social y político de Francia antes y después de 1789*, recurre a una formulación metodológica nueva, o mejor dicho, relativamente nueva, pues él mismo se encarga de señalar que deseaba orientar su trabajo según el modelo de Montesquieu en su obra *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et leur décadence*. Esta formulación metodológica, al servicio de una mejor comprensión socio-histórica del cambio social, se basa en una distinción entre causas generales y causas particulares⁵⁷. No obstante, su espíritu tendía a la generalización, precisamente por lo que aparece en el texto: su elevada sensibilidad y agudeza intelectuales para advertir las relaciones y comprender que todo comunica con todo. En el segundo volumen, Tocqueville insistirá varias veces en que, cuando un escritor descubre verdades aplicables a un determinado ámbito, queda descontento de sí mismo hasta que no ha podido encerrar a todo el género humano en el tema de su discurso.

Tocqueville captó el problema que suscitaba al lector este modo de proceder. Y lo hizo al ver la menor aceptación que su *Democracia* había tenido entre el público en 1840. Esto le hizo escribir a Mill lo siguiente: «No creo demasiado en nuestros tiempos en los errores literarios de la opinión pública. Estoy, pues, muy ocupado en investigar en mí mismo en qué error habré caído; pero será considerable; es probable. Creo que el error que busco se halla en el tema mismo del libro, que encierra algo de oscuro y de problemático, que no capta el espíritu de la multitud. Cuando hablo únicamente de la sociedad democrática de los Estados Unidos esto se comprende inmediatamente. Si hubiera hablado de nuestra sociedad democrática en Francia, tal cual se presenta en nuestros días, esto sería aún bien comprendido. Pero partiendo de las nociones que me proporcionan la sociedad americana y la francesa he querido pintar los rasgos generales de las sociedades democráticas de

⁵⁶ A. DE TOCQUEVILLE-J. S. MILL, *Correspondencia...*, 57-58. (A. DE TOCQUEVILLE, *Correspondance Anglaise*, O. C., VI, 307).

⁵⁷ Para un análisis más detenido de esta cuestión, vid. José M^a Sauca Cano, *op. cit.*, 214 y ss.

las que no existe aún ningún modelo completo. Es aquí donde el espíritu del lector ordinario se me escapa. Sólo hombres demasiado habituados a la búsqueda de verdades generales y especulativas les gusta seguirme en una vía tal»⁵⁸.

J. S. Mill siempre “quitó hierro” a estas observaciones tocquevillianas. Así, en su respuesta (27 de Abril de 1836) a la carta en la que Tocqueville hablaba del carácter muy general que veía en el artículo sobre el estado social y político de Francia, afirmaba: «Su artículo en la Revista, aunque considerado generalmente un tanto abstracto (como la gente dice aquí de cualquier cosa que es consecutiva y metódica) ha tenido en lo general muy buen éxito aquí; todos los que lo han leído lo admiran (...)»⁵⁹. De acuerdo con el tono general de la correspondencia entre ambos, da la impresión de que, en aquello mismo que a Tocqueville preocupa como escritor –su tendencia a la generalización–, Mill encuentra un hallazgo; un hallazgo además que representa una solución a un problema epistemológico, por más que el público no esté preparado todavía para esa abstracción. Esto explica por qué Mill entiende la dimensión metodológica de la *Democracia* como una nueva era en el estudio científico de la política⁶⁰. Cuando llegue el momento, tendremos ocasión de ver en qué consiste, según Mill, esta aportación metódica y cómo queda reflejada en el célebre libro IV del *Sistema de Lógica*, dedicado a la *Lógica de las Ciencias Morales*. Por el momento baste indicar, pues, que las preocupaciones millianas por cuestiones lógicas reciben un aliento muy especial de su lectura de la obra tocquevilliana. En coherencia con el principio de que se precisa una ciencia política nueva para un mundo nuevo, Mill busca de un modo afanoso y decidido en esos años cuál puede ser el método científico más idóneo para esa nueva ciencia política, cuya necesidad se hace sentir de un modo tan intenso.

Parece pertinente una observación adicional: la lógica de las ciencias sociales no puede ser “a priori”: será histórica o no será nada. Las ciencias reciben sus contenidos de la realidad a partir de un método lógico que sirve de base a todas las demás: el método inductivo. Como es bien sabido, dentro del planteamiento milliano, la inducción juega en el pla-

⁵⁸ A. DE TOCQUEVILLE-J. S. MILL, *Correspondencia*, 100 (A. DE TOCQUEVILLE, *Correspondance Anglaise*, O. C., VI, 330).

⁵⁹ *Ibid.*, 64 (J. S. Mill, C. W., XII, 304).

⁶⁰ Cfr. J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 313 (C. W., XVIII, 156).

no lógico y epistemológico el mismo papel que la utilidad desempeña en el orden práctico-moral y práctico-político. Además, toda forma de deducción puede reducirse a una inferencia inductiva. El fundamento de toda ciencia es, pues, experiencial.

Todo esto es así, en efecto. Ahora bien, en el caso concreto de las ciencias morales y, más en concreto, en el de la sociología, el asunto requiere abundantes matizaciones. De momento, digamos que los fenómenos más complejos característicos tanto de los acontecimientos como de los procesos sociales no están sometidos por entero ni al método inductivo (histórico o químico), ni al simple método deductivo que caracteriza, por ejemplo, a la geometría. Mill buscará para la ciencia de la sociedad un método adecuado, que contenga lo más característico de los dos métodos mencionados, y que, por consiguiente, permita sostener —en el nivel metodológico— el utilitarismo como un principio de acción política. La combinación de métodos la encontrará realizada en la obra de Tocqueville. Inmediatamente volveremos sobre este punto.

II

UN LIBRO FILOSÓFICO SOBRE LA DEMOCRACIA

1. La recepción partidista de la obra tocquevilleana

Mill comienza su recensión del segundo volumen haciéndose eco del intento de convertir al primero en instrumento de fines partidistas. A su entender, este modo de proceder en tierras británicas sucedía con todo libro de viajes por América. Su desdichada suerte consistía en convertirse en un panfleto de partido o, al menos, ser puesto al servicio de uno u otro partido. «El aumento de la insatisfacción política, y las comparaciones hechas entre los frutos de una construcción popular a un lado del Atlántico, y los de un gobierno mixto con un elemento aristocrático predominante al otro, han hecho del trabajo de las instituciones norteamericanas una cuestión de partido»¹. El propio Tocqueville, por lo demás, en carta a Mill del 3 de Octubre de 1835, manifestaba ser bien consciente del uso partidista que podía hacerse de su obra: «Me encuentro con gente (...) que pretende compartir conmigo opiniones que no he tenido»².

Ciertamente, las opiniones de Tocqueville acerca de la democracia y las instituciones políticas norteamericanas, tomadas restrictiva o unilateralmente, podrían ser incluidas ya sea en el vocabulario político conservador, ya en el democrático-radical. De hecho, Mill señala la errónea percepción que el público inglés ha tenido de esta obra como un sólido baluarte del conservadurismo, al tiempo que denuncia la manipulación partidista de la que fueron objeto sus tesis. Respecto de esto último escribe: «Si algún escritor político tiene derecho a creerse con razón que ha trabajado con éxito para hacer imposible tal uso de su obra, ése es el

¹ *Ibid.*, 312 (C. W., XVIII, 155-156).

² A. DE TOCQUEVILLE-J. S. MILL, *Correspondencia...* p. 51 (A. de Tocqueville, O. C., VI, vol. 1, 303).

señor de Tocqueville»³. Y en lo que respecta al primer punto, Mill comenta no sin cierta ironía que la errónea percepción del contenido del libro ha hecho más bien del que hubiera hecho otra que fuera verdadera. La razón que aduce es claramente consecuencialista: «el resultado es que el público inglés conoce y lee ahora el primer libro filosófico jamás escrito sobre la democracia, tal y como ella misma se manifiesta en la sociedad moderna; un libro cuyas doctrinas esenciales difícilmente serán derribadas por futuras especulaciones, sea cual sea el grado en que lleguen a ser modificadas; mientras tanto, su espíritu, y el modo general como trata su tema, constituyen el principio de una nueva era en el estudio científico de la política»⁴.

Llama la atención del lector qué es lo más destacado que Mill encuentra en lo que él denomina un libro filosófico sobre la democracia y, además, el primero: el método. «El valor de su trabajo está menos en las conclusiones que en el modo de llegar hasta ellas»⁵. En efecto, muy probablemente la propia preocupación milliana acerca de problemas concernientes a la lógica de las ciencias le llevó a advertir esta cuestión y comenzar por ahí su recensión. Veamos con un cierto detenimiento sus observaciones al respecto.

2. Una compleja metodología: el método deductivo inverso

«No arriesgamos demasiado al afirmar de estos volúmenes, que contienen la primera investigación analítica de la influencia de la democracia»⁶. ¿Qué quiere decir realmente Mill con ello? En dos apretados párrafos –sólo dos– Mill logra una de las síntesis más brillantes que se conocen en toda su obra. Por ‘investigación analítica’ Mill entiende un complejo entramado que bien merece una presentación desglosada:

2. 1. Es preciso separar el momento propiamente analítico de un fenómeno, del juicio que pueda merecer; en todo caso, el juicio deberá ser “modesto y conjetural”. En el caso concreto del fenómeno democrático, este juicio será «accesible sólo mediante el respeto a un hecho tan gran-

³ *Ibid.*, 312-313 (C. W., XVIII, 156).

⁴ *Ibid.*, 313 (*ibidem*).

⁵ *Ibidem* (*ibidem*).

⁶ *Ibid.*, 313-314 (*ibidem*).

de y nuevo a un tiempo»⁷. En todo lo referente al fenómeno democrático, Mill insiste en la complejidad de sus consecuencias, que parecen escapar a toda simple descripción o a cualquier veredicto sumario de aprobación o de condena: «Tan complicados e interminables son sus ramificaciones que aquel que profundice en ellas dudará mucho tiempo antes de pronunciarse finalmente sobre si es lo bueno o lo malo de su influencia lo que, en general, predomina»⁸.

Sin duda, Mill ha captado bien el espíritu de Tocqueville. Los *Souvenirs* lo expresan admirablemente: «Por mi parte, detesto esos sistemas absolutos, que hacen depender todos los acontecimientos de la historia de grandes causas primeras que se ligan las unas a las otras mediante una cadena fatal, y que eliminan a los hombres, por así decirlo, de la historia del género humano. Los encuentros estrechos en su pretendida grandeza, y falsos bajo su apariencia de verdad matemática»⁹. La complejidad de los fenómenos sociales excluye por definición su reducción a un sistema lógico, o su caracterización por una sola propiedad o atributo esencial; también excluye juicios sumarios en los que las categorías de análisis social y político se convierten *eo ipso* en grandes categorías morales.

El psicólogo y, sobre todo, moralista que fue Tocqueville estaba profundamente convencido de la ambivalencia moral del corazón humano¹⁰. Los tipos tocquevilleanos representan configuraciones de sentido, esencias, que unifican rasgos caracteriológicos y morales con objeto de comprender, mediante aproximaciones típicas, la complejidad del alma humana. Semejante complejidad exige del analista social un cuidado exquisito a la hora de formular juicios que impliquen categorías morales, aún a riesgo de parecer un dubitativo escéptico¹¹.

⁷ *Ibid.*, 314 (C. W., XVIII, 157).

⁸ *Ibidem* (*ibidem*).

⁹ A. DE TOCQUEVILLE, *Recuerdos de la Revolución de 1848*, trad. Marcial Suárez, Trotta, Madrid, 1994, 113.

¹⁰ «Los hombres no son, en general, ni muy buenos ni muy malos, son mediocres. El hombre con sus vicios, sus debilidades, sus virtudes, esta mezcla confusa de bien y de mal, de bajeza y altitud, de honestidad y depravación, es todavía, en su conjunto, el objeto más digno de examen, de interés, de piedad, de cariño, de admiración que se encuentra sobre la tierra (...)» (A. DE TOCQUEVILLE, carta a Eugène Stoffels, 3 de Enero de 1843, O. C., vol. V, 449).

¹¹ En efecto, el propio Tocqueville se presenta en no pocas ocasiones como un ser internamente dualizado y, por tanto, acosado por dudas y perplejidades. En una nota

2. 2. «Por primera vez este fenómeno ha sido tratado como algo que, siendo real en esencia, y no mera abstracción metafísica o matemática, se manifiesta mediante innumerables propiedades, y no a través de una sola (...). El señor de Tocqueville se ha esforzado en determinar y distinguir las diversas propiedades y tendencias de la democracia; las diversas relaciones que mantiene en relación con los diferentes intereses de la sociedad, y los diferentes requisitos morales y sociales de la naturaleza humana»¹². En este breve pero denso texto se contienen acertadas reflexiones sobre la metodología que Tocqueville despliega en lo que podría llamarse la segunda *Democracia*¹³.

Mill ha captado la dimensión abstractiva del fenómeno que Tocqueville construye y describe. El “esqueleto tipológico abstracto”¹⁴ conserva algunos elementos contingentes y singulares característicos, mientras que se desprende de otros. Con los que conserva, construye una imagen coherente en la que se perciben nítidamente ciertas propiedades y tendencias, así como afinidades entre distintas propiedades y tendencias. En última instancia, la búsqueda de afinidades abre paso a la declaración de conexiones significativas, que colorea la metodología tocquevilliana de un acusado relacionismo, con la peculiaridad de que las relaciones que se establecen son internas al tipo construido.

encontrada entre los borradores de un discurso de 1841 se lee: «Mi instinto, mis opiniones: La experiencia me ha demostrado que casi todos los hombres, y desde luego, la cosa se aplica a mí, vuelven siempre más o menos a sus instintos fundamentales, y que sólo hacen bien lo que es conforme a estos instintos. Tratemos, pues, de averiguar sinceramente dónde se encuentran *mis instintos fundamentales* y *mis principios serios*. Yo tengo por las instituciones democráticas una inclinación intelectual, pero soy aristócrata por instinto, es decir, que menosprecio y temo a la muchedumbre. Quiero con pasión la libertad, la legalidad, el respeto de los derechos, pero no la democracia. Este es el fondo del alma. Odio la demagogia, la acción desordenada de las masas, su intervención violenta y poco ilustrada en los asuntos, las pasiones envidiosas de las clases bajas, las tendencias irreligiosas. Este es el fondo de mi alma. No soy ni del partido revolucionario ni del partido conservador. Pero sin embargo, y con todo, estoy más vinculado al segundo que al primero. Porque difiero del segundo más bien por los medios que por el fin, mientras difiero del primero a la vez por los medios y por el fin. La libertad es la primera de mis pasiones. He ahí lo cierto» (O. C., III, vol. 2, 87).

¹² J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 314 (C. W., XVIII, 156-157).

¹³ Para un análisis pormenorizado de esta cuestión, cfr. José M^a Saucá Cano, *op. cit.*, 254-353.

¹⁴ *Ibid.*, 255.

La descripción más clara de lo que Tocqueville pretende, se encuentra probablemente en un párrafo de la introducción que, finalmente, no quedó incorporado al texto definitivo: «Para hacerme comprender bien, me veo continuamente obligado a describir condiciones extremas: una aristocracia sin mezcla de democracia, una democracia sin mezcla de aristocracia y una igualdad perfecta que es una situación imaginaria. Me ha sucedido entonces que he atribuido a uno y otro de los dos principios efectos más completos de los que producen en general, porque habitualmente no están solos»¹⁵. Como se ha dicho tantas veces, en la indudable novedad metodológica que todo esto representaba, cabe encontrar la razón de por qué, en buena parte, la obra no fue bien entendida ni acogida en su tiempo, así como de por qué hoy resulta tan actual.

Mill tuvo una indudable perspicacia para captar lo que de novedoso había en esta forma de proceder. Ciertamente el propio Tocqueville le había proporcionado pistas inestimables¹⁶. No es menos cierto que Mill anduvo listo para comprender lo que Tocqueville le transmitía. Este pretendía captar el *espíritu general* de un tipo de sociedad emergente, la sociedad democrático-igualitaria. Fiel al legado de Montesquieu, dicha tarea sólo podía abordarse en términos relacionales. Así lo ha observado certeramente Jardin: «el estudio de Tocqueville, que tiene como centro las relaciones de la vida social con la vida política, se inspira, como lo señaló Royer-Collard, desde 1835, en el método de Montesquieu, relaciona sin cesar las instituciones con las costumbres, las opiniones políticas con un estado general de las mentalidades»¹⁷.

Interesa subrayar qué elementos de la relación son destacados por Mill: los intereses societarios, por un lado, y los requisitos morales y sociales de la naturaleza humana, por otra. En los términos de esta relación se contiene el núcleo de lo que Mill juzga verdaderamente ejemplo

¹⁵ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 14.

¹⁶ El 14 de Noviembre de 1839, muy poco antes de la publicación, Mill recibió una carta de Tocqueville en la que éste comunicaba a su correspondiente: «he llegado hace dos días a París para imprimir la obra en la que trabajo desde hace cuatro años y que es la continuación de la otra, es *la Influencia de la igualdad sobre las ideas y los sentimientos de los hombres* (...) No olvidéis, al leer el libro, que está escrito en un país y para un país en que, habiendo triunfado definitivamente la igualdad y habiendo desaparecido enteramente la aristocracia, el gran problema es ahora combatir las lamentables tendencias que este nuevo estado podría producir y no de hacer nacer ese estado» (A. DE TOCQUEVILLE-J. S. MILL, *Correspondencia*, 94. A. de Tocqueville, O. C., VI, 1, 326).

¹⁷ ANDRÉ JARDIN, *Historia del liberalismo político. De la crisis del absolutismo a la Constitución de 1875*, F.C.E., México, 1989, 376.

del método empleado por Tocqueville, y que analizaremos a continuación.

2. 3. «Su método es el que tiene que usar cualquier filósofo con un tema de estas características: una combinación de deducción e inducción. Sus evidencias son, por una parte las leyes de la naturaleza humana y, por otra, el ejemplo de Norteamérica y Francia, y otras naciones modernas, hasta donde son aplicables»¹⁸. Tocqueville había desarrollado y puesto en acción un método que, al combinar la deducción con la inducción, permitía afrontar con éxito la comprensión de los fenómenos más complejos, tales como los acontecimientos y procesos sociales.

En efecto, según Mill, semejantes fenómenos no constituyen un campo exclusivo ni de lo que él llama el método inductivo (histórico o químico), ni del simple método deductivo¹⁹, sino de una continuación de los dos: «en lugar de deducir nuestras conclusiones razonando, y verificándolas mediante la observación, en algunos casos empezamos obteniéndolas provisionalmente a partir de la experiencia específica, y conectándolas posteriormente con los principios de la naturaleza humana mediante razonamientos *a priori*, razonamientos que constituyen, por consiguiente, una verificación real»²⁰. A continuación inmediata de este texto, Mill cita a Comte y la célebre lección 48 del volumen IV del *Cours de Philosophie Positive*, como el único pensador que caracterizó al método sociológico como el Método Deductivo Inverso. En la *Autobiografía* se insiste en la misma idea: «Desde un punto de vista estrictamente lógico, el único concepto fundamental que debo a Comte es el Método Deductivo Inverso como algo aplicable a los complejos asuntos de la Historia y la Estadística. Este proceso difiere de la forma más común del Método Deductivo en lo siguiente: que en lugar de llegar a sus conclusiones mediante el razonamiento general y la verificación experimental (...), obtiene sus generalizaciones comparando experiencias específicas, y las verifica asegurándose de si son las mismas que se seguirían de principios generales conocidos»²¹. De esta forma, las leyes universales de la naturaleza humana, que conocemos a través de la Psi-

¹⁸ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, 314 (C. W., XVIII, 157).

¹⁹ Cfr. J. S. MILL, *A System of Logic Rationative and Inductive*, C. W., VIII, libro VI, cap. IX.

²⁰ *Ibid.*, libro VI, cap. IX, 1, 897.

²¹ J. S. MILL, *Autobiografía*, trad. de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 203.

cología o la Etología, forman parte de los datos de la Sociología; basta que volvamos del revés el método de las ciencias físicas deductivas. Mientras que, en estas últimas, la experiencia sirve ordinariamente para verificar leyes a las que se llega mediante deducción, en el ámbito sociológico es la propia experiencia específica la que sugiere las leyes, y la deducción las verifica.

También éste ha sido el método seguido por Tocqueville. «Sus conclusiones nunca descansan en uno solo de los tipos de evidencia; sea cual sea el que clasifique como efecto de la democracia, ha investigado los que existen en aquellos países en que el estado de la sociedad es democrático, y también ha tenido éxito al ponerlos en relación con la democracia por medio de deducciones *a priori*, mostrando que tales serían sus influencias naturales sobre seres constituidos tal como son los hombres, y puestos en un mundo tal como sabemos que es el nuestro»²². Cabría decir, pues, que, si bien Tocqueville no teorizó la naturaleza de su metodología sociológica, como sí hiciera en cambio Comte, la ejerció y logró plasmarla en formidables realizaciones que superan en mucho lo que este último logró²³. Tocqueville demostró con hechos la posibilidad de una ciencia de la sociedad.

Mill encontró en Tocqueville la solución, no teorizada sino realizada, a un problema que bloqueaba su teoría de la ciencia desde la célebre discusión entre Macaulay y su padre a propósito del *Essay on Government*, que este último escribiera en 1828. Al año siguiente, el historiador Thomas B. Macaulay publicó una reseña de esta obra, en la que de paso atacaba las posturas filosóficas de corte utilitarista. Años más tarde, en el *Sistema de Lógica*, Mill se refirió a ambas posturas, sin mencionar nombres, y las calificó de «dos concepciones erróneas radicales acerca del modo adecuado de filosofar sobre la sociedad y el gobierno»²⁴. Ambos métodos, el experimental o químico (Macaulay) y el

²² J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, 314-315 (C. W., XVIII, 157).

²³ Se da, pues, la paradoja que Tocqueville supo poner en práctica mejor que Comte la doctrina que éste había sentado al comienzo de la lección 48 del IV Volumen del *Cours*: «En toda ciencia real, las concepciones relativas al método propiamente dicho son, por su naturaleza, esencialmente inseparables de las que se refieren directamente a la propia doctrina. (...). Cuantos más complejos y especiales llegan a ser los fenómenos, tanto menos posible es separar útilmente el método de la doctrina» (A. Comte, *Cours de Philosophie Positive*, vol. IV, lecc. 48, 151. Cito la edición de Schleicher Frères Editeurs, Paris, 1908, que es idéntica a la primera edición –1830/1842–).

²⁴ J. S. MILL, *A System of Logic*, VI, cap. vi, § 2 (C. W., VIII, 878).

abstracto o geométrico (James Mill), usados por separado, se mostraban incapaces de abordar la complejidad de una ciencia de la sociedad y del gobierno.

La posibilidad de realizar una verdadera ciencia social exige no apartarse por un momento de esta regla que Mill califica de imperativa: «no introducir jamás en la ciencia ninguna generalización suministrada por la Historia a no ser que puedan encontrarse en la naturaleza humana suficientes fundamentos (...)»²⁵. Esta regla es conculcada por aquellos filósofos sociales que conciben la ley del progreso como una ley de naturaleza, propia e independiente. Dicha ley, sostiene Mill, «sólo puede ser una ley empírica. La sucesión de los estados del espíritu humano y de la sociedad humana no puede tener una ley independiente de sí misma; debe depender de las leyes psicológicas y etológicas que gobiernan la acción de las circunstancias sobre el hombre y del hombre sobre las circunstancias»²⁶. Esta ley empírica se transforma en ley científica mediante la concordancia establecida entre la deducción *a priori* y la prueba histórica. «Así la Historia, cuando es cuidadosamente examinada, aporta Leyes Empíricas de la Sociedad. Y el problema de la sociología general es hallarlas y relacionarlas con las leyes de la naturaleza humana por medio de deducciones que demuestren que tales eran las leyes derivadas que era natural prever como consecuencias de estas últimas»²⁷. En esto consiste el método que Mill llama “deductivo inverso”, que encontró en Comte a su primer teórico y en Tocqueville a su verdadero impulsor práctico.

3. El objeto de la investigación: la democracia como estado social

Una vez tratadas las cuestiones metodológicas, Mill procede de un modo muy didáctico con el lector. Recuerda de qué trataba la parte ya publicada, así como sus principales conclusiones, y a continuación presenta la que acababa de publicarse. La primera publicación versaba sobre los efectos políticos de la democracia; esta segunda tiene como objeto la influencia de la democracia sobre la sociedad en su más am-

²⁵ *Ibid.*, VI, cap. X, § 4 (C. W., VIII, 915).

²⁶ *Ibid.*, VI, cap. X, § 3 (C. W., VIII, 914).

²⁷ *Ibid.*, VI, cap. X, § 4 (C. W., VIII, 916).

plio sentido: relaciones de la vida privada, intelecto, moralidad, hábitos y formas de sentir que constituyen el carácter nacional. Mill apostilla que este objeto de investigación es más nuevo y difícil que el primero²⁸.

Con esta presentación Mill se ajusta a la letra de lo que Tocqueville dice en el arranque mismo de la advertencia preliminar que hace las veces de prefacio a su obra: «Los americanos tienen un estado social democrático que les ha inspirado naturalmente ciertas leyes y determinadas costumbres políticas. Ese mismo estado social ha hecho nacer entre ellos, además, una multitud de sentimientos y de opiniones que eran desconocidos en las viejas sociedades aristocráticas. Ha destruido o modificado las relaciones que existían antaño y establecido otras nuevas. El aspecto de la sociedad civil ha cambiado tanto como la fisonomía del mundo político. Traté del primer tema en la obra que publiqué hace cinco años sobre la democracia americana. El segundo es el objeto del presente libro. Las dos partes se complementan entre sí y forman una sola obra»²⁹. Queda claro, por tanto, que, si la primera publicación, trataba de la sociedad democrática en tanto que sociedad política, ésta versa acerca de la sociedad democrática en tanto que sociedad civil o, lo que es igual, acerca del estado social democrático.

Siguiendo en esto a Tocqueville, Mill añade una observación que ayuda a precisar la distinción que acaba de hacer entre los objetos de las respectivas publicaciones: «Es necesario observar que, en general, el señor de Tocqueville no entiende por democracia alguna particular forma de gobierno. Puede concebir una democracia bajo un monarca absoluto. Mejor dicho, abriga cierto temor a que, en algunos países, aparezca de hecho en esa forma. El señor de Tocqueville entiende por democracia igualdad de condiciones; la ausencia de toda aristocracia constituida por privilegios políticos, o por la superioridad de la importancia individual y el poder social. Es hacia la democracia en este sentido, hacia la igualdad entre hombre y hombre, hacia la que él imagina que tiende irresistiblemente la sociedad. Hacia la democracia en el otro, y más corriente sentido, puede tender o no»³⁰.

²⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 315 (C. W., XVIII, 157). Mill no escatima elogios hacia Tocqueville, cuando sostiene que nadie «le negará el honor de haber sondeado el tema hasta una profundidad de la que jamás nadie había oído hablar antes» (*ibidem*; C. W., XVIII, 158).

²⁹ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 11-12.

³⁰ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 317 (C. W., XVIII, 158-159).

Hay en esta observación milliana un indudable acierto; pero, si tenemos en cuenta la totalidad del texto de Tocqueville al que se refiere, resulta obligado afirmar que se le ha pasado por alto una decisiva cuestión. Tocqueville opta por un criterio de interpretación –la igualdad– como rasgo distintivo de la sociedad civil democrática, pero con la clara conciencia de que este criterio no agota las posibilidades de explicar la naturaleza de dicha sociedad³¹. En un manuscrito destinado a esbozar el prefacio que, finalmente, nunca escribió, se lee: «Gran dificultad en distinguir lo que es *democrático, comercial, inglés y puritano*. Exponer en el prefacio/. Mi tema principal no es *América*, sino *la influencia de la democracia en América*. De ahí resulta que de las cuatro causas enunciadas, la única en que me debo apoyar sería y ampliamente es la *democrática*/. No quizá porque sea la principal (lo que, por otra parte, creo), sino porque es la que más me importa mostrar»³². Estamos, pues, ante un planteamiento metodológico que usa controladamente un criterio significativo que aglutina en torno a él diversos fenómenos empíricos, sin que ello suponga desconocer la existencia de una multiplicidad de causas concomitantes (p. ej. en el caso de Estados Unidos, Tocqueville menciona: la naturaleza del país, el origen de sus habitantes, la religión de los primeros fundadores, sus conocimientos y hábitos adquiridos anteriormente)³³.

De acuerdo con la elección de este criterio –la igualdad de condiciones– y su sentido metodológico, cabe afirmar que existe una notable afinidad entre dicho proceso social –la progresiva igualación de las condiciones– y un gobierno popular; pero afinidad no significa en modo alguno conexión necesaria. «La igualdad puede consistir en igual libertad o igual servidumbre. Norteamérica es del primer tipo; Francia, cree

³¹ «Al verme atribuir tantos efectos distintos a la igualdad, podría concluirse de ello que considero la igualdad la causa única de todo lo que sucede en nuestros días. Eso sería suponerme un punto de vista muy limitado» (A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 12).

³² *Ibid.*, 11. «Tocqueville (...), es plenamente consciente –y de ello advierte al lector– de que la exposición y explicación de la diversa estructuración de la sociedad norteamericana y de la francesa se ha de explicar por una multiplicidad de causas; opta por simplificar ese multiforme fenómeno a los efectos de explicarlo a través de una sola de sus causas, la más significativa, la igualdad de condiciones y construir a través de ella un modelo, una descripción de una sociedad empíricamente inexistente, pero que expone el modelo de reconocimiento de la sociedad democrática en contraposición al modelo de la sociedad aristocrática» (José M^a Sauca Cano, *op. cit.*, 260).

³³ Cfr. A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 13.

Tocqueville, corre el riesgo de caer en el segundo. Este último país se encuentra en una situación que él considera como la más alarmante, entre todas aquellas a las que están expuestas las sociedades civilizadas: un estado democrático de sociedad sin instituciones democráticas»³⁴.

No está de más recordar aquí la explicación que el propio Tocqueville daba, en carta a Mill (18 de Octubre de 1840), de la fría reacción con la que el público francés acogió la publicación de la segunda *Democracia*. Tras asegurar que no creía demasiado en los errores literarios de la opinión pública, achacaba la frialdad e incomprensión al grado de generalización o abstracción, que superaba con mucho al de la primera publicación³⁵. «Creo que el error que busco se halla en el tema mismo del libro que encierra algo de oscuro y de problemático, que no capta al espíritu de la multitud. Cuando hablo únicamente de la sociedad democrática de los Estados Unidos esto se comprende inmediatamente. Si hubiera hablado de nuestra sociedad democrática en Francia, tal cual se presenta en nuestros días, esto sería aún bien comprendido. Pero partiendo de las nociones que me proporcionan la sociedad americana y la francesa he querido pintar los rasgos generales de las sociedades democráticas de las que no existe aún ningún modelo completo. Es aquí donde el espíritu del lector ordinario se me escapa. Sólo hombres demasiado habituados a la búsqueda de verdades generales y especulativas les gusta seguirme en una vía tal»³⁶. En esta generalización excesiva del modelo comprensivo consistiría el pecado original del tema, según expresión del propio autor.

Tal vez movido por la propia complejidad del tema o por la –a veces– difícil exposición y desarrollo argumental, lo cierto es que Mill emplea buena parte de esta recensión a cuestiones que Tocqueville abordó en el primer volumen. Ello otorga a la primera parte de su recen-

³⁴ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 317 (C. W., XVIII, 159).

³⁵ Baste recordar que con ocasión de la publicación, en 1835, de la primera *Democracia*, alguna revista tildó la obra de excesivamente generalizadora. Informado de ello por el propio Mill, le respondía (19 de Septiembre de 1836): «En cuanto al reproche que me hace esta última de generalizar demasiado, yo mismo lo creo fundado. He estado frecuentemente obligado a hacerlo para que se perciba netamente en Europa los caracteres generales del país que yo quería resaltar. América no era más que mi cuadro, la Democracia el tema» (A. DE TOCQUEVILLE - CQUEVILILL, *Correspondencia...* p. 74. He modificado ligeramente la traducción. A. de Tocqueville, O. C., VI, 1, 315).

³⁶ A. DE TOCQUEVILLE-J. S. MILL, *Correspondencia*, 100. (A. de Tocqueville, O. C., VI, 1, 330).

sión un carácter acusadamente reiterativo. Da la impresión que Mill quisiera dejar claro al público inglés un elenco de nociones eminentemente políticas que constituyen más bien el contenido de la primera *Democracia*. Por eso, aunque Mill distingue claramente los dos contenidos –la democracia política y el estado social democrático–, se sirve de esta segunda recensión para recalcar diversos tópicos relacionados con el primero de ellos.

III

LA IRRESISTIBLE TENDENCIA A LA IGUALDAD DE CONDICIONES

1. Instituciones políticas democráticas y estado democrático de la sociedad

En su calidad de quien recensiona un libro político para un determinado público —el inglés y, más en concreto, aquella parte del público inglés sensibilizado a favor o en contra del radicalismo democrático—, Mill tiene muy en cuenta qué aspectos de la segunda *Democracia* exigen un comentario, puntualización o simplemente la presentación del texto oportuno.

Es esta preocupación la que explica el sesgo que, desde el principio, adopta la recensión, así como el criterio de selección y orden de presentación de los temas que adopta Mill. Como telón de fondo, no olvidemos, permanece siempre la distinción entre democracia política y estado democrático de la sociedad. Primeramente, Mill recapitula de la primera *Democracia* algunas tesis que vienen especialmente a cuento: «la democracia es inevitable en el mundo moderno; y (...) es, en general, deseable; pero deseable sólo bajo ciertas condiciones, pudiendo estas condiciones ser factibles gracias al cuidado y la previsión humanas, pero siendo posible también no acertar»¹. De esta forma, el progreso del principio democrático, que tiene el carácter de una ley de naturaleza, constituye el resultado inevitable de las tendencias de una civilización que progresa. Que el proceso en sí escape al control humano, no quiere decir que el ser humano no pueda usar en su propio provecho las tendencias y consecuencias de dicho proceso. Se trata en suma, con respecto a la democracia política, de fortalecer y aprovechar al máximo «sus

¹ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 316.

capacidades naturales para el bien»² y de «luchar (...) contra lo peor de sí misma»³.

Hasta aquí la referencia viene dada por la primera recensión. Pasando ahora a la segunda, Mill lanza una especie de “aviso para navegantes”, que tiene mucho sentido dentro del panorama político inglés y, por tanto, respecto del público al que va dirigida la recensión: «el señor de Tocqueville no ve en las instituciones democráticas, sino un corrector de los males más graves inherentes a un estado democrático de la sociedad. Nadie se opone más que él a esa especie de radicalismo democrático, dispuesto a admitir de inmediato la concesión del más elevado derecho político a masas ignorantes que todavía ni siquiera han demostrado en la práctica estar preparadas para el más mínimo»⁴.

En efecto, Mill ha captado bien la intención tocquevilleana: puesto que nos encaminamos hacia una democracia sin límites, son las propias instituciones democráticas los elementos correctores de aquellos excesos que pudieran derivarse de un proceso que parece empujado por una fuerza irresistible. Son ellas y únicamente ellas las que contribuyen a crear un interés social entre los ciudadanos por el orden y la estabilidad de la democracia⁵. Concretamente, el sistema comunal y el autogobierno local, como cimiento más firme para los hábitos e ideas legales, único contrapeso posible a la proclividad populista de la democracia; las cautelas y barreras legales y administrativas que los padres de la Constitución norteamericana habían tenido la sabiduría de erigir frente a la voluntad de la mayoría, tales como el bicameralismo, el poder de las magistraturas, el principio federalista, etc... Todo ello, al mismo tiempo que salvaguarda la libertad política, contribuye al progreso general del espíritu humano. De ello estaba convencido Tocqueville, y Mill lo trae a colación para no dar una coartada partidista al radicalismo democrático.

Por otro lado, tampoco desea Mill que las opiniones del aristócrata francés sirvan de bandera a la causa conservadora; por eso, advierte que Tocqueville «considera como una máxima cardinal del moderno arte de gobernar la siempre creciente intervención del pueblo, y de todas las clases del pueblo, en sus propios asuntos»⁶. Junto a este principio

² *Ibid.*, 317. (C. W., XVIII, 158).

³ *Ibid.*, 316 (C. W., XVIII, 158).

⁴ *Ibid.*, 317-318 (C. W., XVIII, 159).

⁵ Cfr. JAMES T. SCHLEIFER, *op. cit.*, 149-152.

⁶ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 318 (C. W., XVIII, 159).

—básico— de la participación, aparece, vinculado a él, el de la progresiva igualación de derechos y de patrimonio: «las naciones de la Europa civilizada, aunque no todas igualmente avanzadas, sí que están avanzando todas hacia una situación en que no habrá diferencias de derechos políticos, ni grandes o muy permanentes diferencias de patrimonios hereditarios»⁷.

2. Necesidad de probar la tesis de la igualación de condiciones

La recensión milliana quiere servir de altavoz a unas determinadas ideas, dirigidas, a su vez, a un público que, según Mill, está predispuesto a hacer un uso partidista de dichas ideas. Por eso, después de despejar la posibilidad de una errónea recepción del contenido del libro, Mill se apresura a señalar que, de todas las ideas destacadas en el libro, la más necesitada de prueba ante los lectores ingleses es ésta: la irresistible tendencia a la igualdad de condiciones. Puede suceder —añade— que a los lectores franceses les resulte familiar la retrospectiva histórica sobre la que esta tesis descansa, «pero para el público inglés, que tiene menos fe en tendencias irresistibles y que, a pesar de exigir una base histórica para cada teoría política, está mucho menos acostumbrado a encadenar los acontecimientos de la historia en una serie hilada, la proposición difícilmente parecerá tan clara»⁸. En efecto, el gusto inglés por los fundamentos empíricos de toda teoría parece exigir una aclaración.

El modo de proceder que escoge Mill llama la atención del lector. Procede en dos pasos, de diferente naturaleza y valor probatorio. En primer lugar cita un largo texto de *La Democracia en América*, volumen I⁹, referido a la historia de Francia, pero que él considera aplicable también a la historia moderna de Inglaterra. Y a continuación, esboza una descripción sociológica de los poderes que funcionan fácticamente en la sociedad inglesa. Mill considera que este segundo modo de decidir el tema es «mucho más seguro que cualquier retrospectiva histórica»¹⁰. Mill otorga así un valor probatorio más elevado al análisis sociológico

⁷ *Ibidem (ibidem)*.

⁸ *Ibidem (ibidem)*.

⁹ Concretamente se trata de *La Democracia en América*, I, 5-10.

¹⁰ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 324 (C. W., XVIII, 163).

del presente que a la explicación histórica de un proceso antecedente. Resulta curioso observar, no obstante, el notable paralelismo de fondo que existe entre los dos tipos de argumentación.

2. 1. La retrospectiva histórica que Mill realiza a partir del amplio texto de Tocqueville, descansa en dos grandes procesos que surcan la historia moderna de Francia e Inglaterra: la difusión de la propiedad y la formación de la opinión pública. A su vez, la difusión de la propiedad supone que el mecanismo principal de asignación de estatus social –la adscripción– se cambia en beneficio del logro.

La difusión de la propiedad está vinculada a la emancipación personal por medio del trabajo, principal mercancía de la que un hombre era poseedor. Este mecanismo propiciaba una igualdad progresiva, al principio más nominal que real; la igualdad se lograba en la forma de ascensos sociales, primero ocasionales y más tarde graduales. El acceso a la propiedad equivalía al logro de un estatus social superior, de forma que conforme la propiedad ha devenido el medio principal para adquirir estatus, «los honores hereditarios se han convertido más en símbolo y ornamento de grandes ricos que en un poder (...)»¹¹. Mill no hace sino comentar la célebre idea tocquevilleana de que la aristocracia, conforme perdía más poder social traducible en poder político y económico, más se aferraba al poder simbólico de la diferencia. Su aferramiento al privilegio era tanto mayor cuanto más amplio era el número de los que podían ascender socialmente por la vía de la propiedad. «Mientras individuos así se elevaban continuamente desde la masa, la misma masa se multiplicaba y fortalecía; las ciudades consiguieron tener voz en los asuntos públicos; (...) y la nación se convirtió en un poder distinto del pequeño número de individuos que alguna vez dispusieron incluso de la corona, y determinaron a su gusto todos los asuntos públicos»¹².

Por su parte, Mill vincula la formación de la opinión pública a la Reforma¹³. La opinión pública, unida a la publicidad de todas las transacciones estatales, la libertad de discusión y la prensa periódica han hecho de la opinión pública el poder supremo, al tiempo que la han desvinculado cada vez más de la influencia de las clases más altas.

¹¹ *Ibid.*, 323 (C. W., XVIII, 162).

¹² *Ibidem (ibidem)*.

¹³ «La Reforma fue el amanecer del gobierno de la opinión pública» (*ibidem; ibidem*).

Si echamos una mirada superficial –prosigue Mill– a la sociedad de Inglaterra nada parece más alejado de la tendencia a la igualdad de condiciones que la situación inglesa. No obstante, se impone una consideración más detenida y profunda. Aquí es donde tiene su sitio el acercamiento sociológico que Mill propone.

2. 2. Tres son los grandes indicadores sociológicos que conviene tener en cuenta: la propiedad, la inteligencia y la capacidad de asociación. Mill propone un criterio de análisis muy simple: en cada uno de estos indicadores, ¿son las clases altas o la otra porción de la sociedad la que está haciendo avances más rápidos?¹⁴. Podemos avanzar ya que toda la argumentación milliana –muy brillantemente expuesta, por cierto– se encamina a mostrar la tendencia a constituirse, dentro de la sociedad inglesa, lo que él llama el régimen de la clase media, y que en esa misma medida Inglaterra camina por los derroteros de Norteamérica: «lo que en Norteamérica se llama sufragio universal, deriva del hecho de que *toda* Norteamérica es clase media; todo el pueblo está en una condición, tanto en lo que se refiere a educación como a recursos económicos, que se corresponde con la clase media de aquí»¹⁵.

La argumentación milliana, resumida en sus líneas esenciales, se orienta a mostrar un macroproceso de sustitución y difusión. La vieja aristocracia territorial, acostumbrada a vivir generalmente por encima de sus posibilidades, deja el paso paulatinamente a esos *novi homines* que, proviniendo de la clase media (comerciantes, industriales y profesionales), engrosan las filas de «la aristocracia del dinero»¹⁶. La sustitución de la propiedad inmobiliaria por el capital permite la difusión del medio que permite el acceso a esa aristocracia –el dinero–, a la que cada vez llegan con más seguridad y rapidez personas procedentes de la clase media: «el número de personas adineradas está sin duda en firme línea ascendente; pero ¿qué es esto, comparado con la acumulación de capitales y el crecimiento de las rentas en manos de la clase media? Es esa la clase que proporciona todos los accesos a la aristocracia del dinero (...)»¹⁷.

¹⁴ Cfr. *ibid.*, 325 (*ibid.*, 163).

¹⁵ *Ibid.*, 330 (*ibid.*, 167).

¹⁶ *Ibid.*, 326 (*ibid.*, 164).

¹⁷ *Ibidem* (*ibidem*).

También en el ámbito de la inteligencia observa Mill un proceso de difusión, que tiene un primer aspecto muy concreto y, como veremos en seguida, determinante: «la difusión de información»¹⁸. En realidad, Mill está interesado en presentar, en forma de esbozo, la historia de una sustitución: el deterioro de la aristocracia inglesa como abanderada de la inteligencia es solidaria de la extensión del conocimiento y de la inteligencia entre la clase baja, incluso entre la más baja¹⁹. Dado que el conocimiento y la información son poder, su difusión configura un excepcional cambio de escenario político: «Que el conocimiento es poder no es solamente la más atinada descripción del conocimiento: cualquier conocimiento que cree el hábito de formar opinión, y la capacidad de expresar esa opinión, constituye un poder político; y formidable, si se combina con la capacidad y el hábito de actuar en conjunto»²⁰.

El máximo progreso de la democracia ha tenido lugar en esta tercera esfera de acción social: el poder de asociarse para actuar. Mill considera que el auténtico mecanismo de la asociación democrática es la opinión pública. Señala a continuación dos vehículos de configuración de la opinión pública: uno, evidente, la prensa; y otro, no tan evidente, pero muy significativo: el ferrocarril, que acorta el espacio geográfico y configura, por tanto, de modo diferente el espacio social: «Las verdaderas uniones políticas de Inglaterra son los periódicos. Son éstos los que dicen a cada cual lo que están sintiendo todos los demás, y de qué forma están dispuestos a actuar (...). Los periódicos y los ferrocarriles están solucionando el problema de llevar la democracia de Inglaterra hacia el voto simultáneo en el ágora, como en la de Atenas; y los mismos agentes están borrando rápidamente aquellas distinciones locales que hacían que una parte de nuestra población resultara extraña a la otra; y están haciendo más que nunca de nosotros (y ésta es la primera condición para

¹⁸ *Ibidem (ibidem)*.

¹⁹ «Si consideramos las energías activas y los hábitos de trabajo, la mezcla de cualidades que capacita a los hombres para tener un papel importante en los asuntos de la humanidad, pocos dirían que nuestra aristocracia no está deteriorada. Por otra parte, constituye uno de los tópicos de la época que el conocimiento y la inteligencia se están extendiendo entre la clase baja, incluso entre la clase más baja, en un grado que anteriormente se pensaba imposible. Y es éste un hecho no consumado, sino meramente en los albores de su cumplimiento, y que hasta ahora no ha mostrado más que una ligera promesa de sus futuros frutos» (*ibid.*, 327; C. W., XVIII, 965).

²⁰ *Ibidem (ibidem)*.

una opinión pública poderosa) un pueblo homogéneo»²¹. En suma, los medios de asociación, la conformación de una fuerte opinión pública en el país, la homogeneidad del cuerpo social y la rapidez de movimientos dentro del territorio se convierten en elementos configuradores del poder en una sociedad moderna. Ciertamente todo esto es así, según Mill; pero nuestro análisis de la recensión milliana quedaría muy corto, en mi opinión, si no advirtiéndonos qué gran cuestión se dibuja en el horizonte de toda esta argumentación sociológica que él desarrolla. Esta no es otra que la relación entre libertad política y progreso social.

3. Libertad y progreso social

El comentario de Mill alcanza en este punto un alto grado de brillantez intelectual. Identificándose notablemente con el modo tocquevilleano de analizar tendencias a partir de situaciones sociales ambivalentes, Mill pone sobre la mesa una primera tendencia o posibilidad que presenta la situación social que acaba de describir. Recordemos que esa situación se puede describir en síntesis como la conformación de un “régimen de clase media”.

La primera posibilidad consiste en que esa clase media, apoyada en sus propiedades, inteligencia y capacidad de asociación y ayudada por la deteriorada clase aristocrática, sirva de muro de contención al posible ascenso de las clases inferiores, impidiendo el posible crecimiento en éstas de aquellos elementos que facilitaron su propio ascenso, o sea, la propiedad, la inteligencia y la capacidad de asociación²². Mill no excluye una parte de verdad en esta posibilidad: «Estamos parcialmente dispuestos a aceptar esta opinión. Probablemente jamás existirá sufragio universal allí donde la mayoría la compongan *prolétaires*; estamos dispuestos a creer que una clase trabajadora en la miseria más absoluta, como ocurre con la mayor parte de nuestra población rural, o que gaste sus ingresos extras en ginebra o en despilfarros, (...) debiera estar políticamente sometida, a fin de que las clases medias estén a salvo del dominio permanente de tal grupo (...)»²³.

²¹ *Ibid.*, 328 (*ibidem*).

²² Cfr. *ibid.*, 329 (*ibid.*, 166).

²³ *Ibidem* (*ibidem*).

Aun admitiendo una parte de verdad en esta opinión, Mill no ve en ello un desmentido de lo que le parece incuestionable: el hecho de la tendencia hacia la democracia²⁴. Haya mejorado o no la condición más baja, Mill considera incuestionable, como digo, que el progreso social se traduce en un ascenso progresivo de un estrato social importante de la sociedad –los trabajadores manuales–, y que ese ascenso debe tener un reflejo político: «un grupo cada vez mayor de trabajadores manuales se está elevando por encima de esa clase, y adquiriendo al mismo tiempo salarios decentes y decentes hábitos de conducta. Una multitud, en rápido aumento, de nuestros trabajadores se está convirtiendo, en cuanto a condición y hábitos, en lo que son todos los trabajadores de Norteamérica»²⁵.

Si existe un verdadero progreso social, éste debe consistir en la tendencia a generalizar esta condición de las clases trabajadoras o no será tal progreso. Desde esta segunda posibilidad, las clases medias no deberían ser un obstáculo sino un recipiente cada vez mayor para la incorporación de nuevos grupos sociales que pasarían a formar parte de ellas: «Ya es terreno ganado que personas bienintencionadas de todos los partidos declaren hoy, sin reservas, que tienen en cuenta este objetivo»²⁶. De un modo que recuerda a una famosa argumentación kantiana –con ocasión de los acontecimientos revolucionarios en Francia–, Mill viene a decir que el mero hecho de que tal objetivo haya dejado de ser una cuestión partidista es ya un signo de que el progreso se está dando y, con él, el advenimiento de la democracia: «a medida que la clase trabajadora se vaya convirtiendo en lo que todos proclaman que sería deseable –bien pagada, bien formada, y de buena conducta–, en la misma medida contarán las opiniones de esa clase, según su cantidad, en los asuntos del país. Cualquiera que sea la porción de la clase que consiga ascender de esta manera, se convertirá en parte del cuerpo gobernante; y si es necesario el sufragio para que así ocurra, no pasará mucho tiempo más sin sufragio»²⁷.

Mill llega así a unas conclusiones que había empezado a estudiar en la primera recensión y, más tarde, en su ensayo de 1836, *Civilization: la*

²⁴ «Pero aunque admitamos esto, queda inalterable el hecho de una tendencia hacia la democracia» (*ibidem; ibidem*).

²⁵ *Ibid.*, 329-330 (*ibidem*).

²⁶ *Ibid.*, 330 (*ibidem*).

²⁷ *Ibidem (ibidem)*.

relación entre prosperidad económica, organización política y civilización o moralización de la sociedad. Su conclusión más neta es que Inglaterra está pasando de una aristocracia con una infusión popular al *régime* de la clase media y eso es ya democracia: «A todos los efectos, en la constitución de la sociedad moderna, el gobierno de una clase media numerosa equivale a democracia. Mejor dicho, no *es* meramente democracia, sino la única democracia de la que hay un ejemplo; lo que en Norteamérica se llama sufragio universal, deriva del hecho de que *toda* Norteamérica es clase media; todo el pueblo está en una condición, tanto en lo que se refiere a educación como a recursos económicos, que se corresponde con la clase media de aquí»²⁸.

Hay una conexión, pues, entre igualación de condiciones, espíritu de libertad e instituciones políticas democráticas. Sucede, no obstante, que esta conexión no está exenta de ambigüedades, tensiones y hasta efectos no deseados. Por eso merece la pena estudiarla con cierto detenimiento, y eso mismo es lo que hace Mill, siguiendo en esto muy de cerca a Tocqueville.

²⁸ *Ibidem* (*ibid.*, 167).

IV

LAS CONDICIONES SOCIALES DEL ESPÍRITU DE LIBERTAD

1. El caso de Francia: de la monarquía absoluta a la revolución

El punto de partida que adopta Mill es la separación efectuada por Tocqueville entre gobierno e instituciones políticas democráticas, por un lado y estado democrático de sociedad, por otro. Mill adopta sin reparos la conocida tesis tocquevilleana: cabe un tipo de sociedad que sea, *de facto*, democrática, porque los gobernantes (p. ej. la monarquía absoluta francesa¹) han trabajado por la igualación de condiciones sociales, sin que ello signifique que el espíritu de libertad haya corrido parejo a ello: «todas las naciones corren el riesgo de aproximarse a este tipo, en el que la igualación de condiciones ha hecho mayor progreso que el espíritu de libertad»².

Mill hace suya la célebre interpretación de la historia moderna y contemporánea de Francia que Tocqueville expusiera en 1836, en aquel texto dirigido al público inglés y publicado con el título: *Estado social y político de Francia antes y después de 1789*. La idea central de este ensayo se encuentra en la descripción de la sociedad civil francesa en las postrimerías de la antigua monarquía borbónica³. La realidad social francesa del siglo XVIII se caracterizaba por un agudo divorcio entre su estado político-institucional, caracterizado por la desigualdad, y sus estilos de vida, costumbres, hábitos de pensamiento y lectura, que, se-

¹ «Los reyes de Francia han sido siempre los mayores niveladores; Luis XI, Richelieu, Luis XIV trabajaron de forma similar para acabar con el poder de la nobleza, y reducir todas las clases y todos los cuerpos intermedios a un nivel general» (*ibid.*, 331, *ibidem*).

² *Ibidem (ibidem)*.

³ Cfr. F. FURET, *Tocqueville y el problema de la revolución francesa*, en *Pensar la Revolución Francesa...* pp. 168-208.

gún Tocqueville, habían transformado a Francia en la nación verdaderamente más democrática, o sea, más igualada o nivelada de Europa.

Como sabemos, esta tesis, que ya se encuentra en el artículo de 1836, será objeto, veinte años después, de un estudio detallado, mediante la consulta de archivos y fuentes originales; el sistema de interpretación usado en 1836 y en 1856 –*El Antiguo Régimen y la Revolución*– continúa siendo el mismo, por más que la documentación aportada en esta última obra sea ingente.

Siempre según esta interpretación, que Mill hace suya, la revolución continuó la tarea niveladora que ya había iniciado la monarquía muchos años antes. «Mientras la igualación de condiciones alcanzaba así rápidamente sus límites extremos, no tenía lugar ningún progreso correlativo del espíritu público entre el público en general. La revolución no creó ningunas instituciones capaces de promover el interés en los detalles de los asuntos públicos: suprimió incluso aquellas que el despotismo había conservado; y si bien admitió que una parte de la población tuviera voz en el gobierno, sólo se la otorgó en la ocasión más importante, pero la más rara: la elección del gran consejo del Estado»⁴. La nivelación social no compensa en absoluto la carencia de espíritu público, la ausencia de instituciones que propicien el gusto por la libertad y la participación ciudadana. La ausencia de hábitos diarios⁵ de participación fomenta además el aumento inmoderado del gobierno, y de un gobierno centralizado además; con otras palabras, donde antes mandaba la aristocracia, ahora manda el gobierno central: «al no haber animado a los ciudadanos a que se hicieran cargo colectivamente de esa parte de los negocios de la sociedad de la que se habían ocupado las clases privilegiadas, el gobierno central acaparó fácilmente no sólo toda la administración local, sino además mucho de lo que desempeñan asociaciones de individuos en países como los nuestros»⁶.

En su análisis, Mill sigue tan de cerca a Tocqueville que acabamos de ver cómo han hecho acto de presencia tres conceptos básicos en el estudio del individualismo que se realiza en *La Democracia en América*: la indiferencia del individuo por lo público, la hipertrofia de un gobierno centralizado y el déficit asociativo. La insistencia milliana en este

⁴ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 331-332 (C. W., XVIII, 167).

⁵ «... los hábitos diarios del ciudadano no le han preparado en nada» (*ibid.*, 332; *ibidem*).

⁶ *Ibid.*, 332 (*ibid.*, 168).

último aspecto es grande: son pocos, muy pocos, los ciudadanos que quieran participar en la vida pública, en la dirección de asuntos locales y que sientan en grado suficiente el interés público como su propio interés. No extraña, por tanto, que Mill comparta la opinión, sin duda fuerte, del francés: «El señor de Tocqueville no tiene ninguna fe en las virtudes, ni siquiera en la prolongada existencia de un superficial amor a la libertad frente a un hábito práctico de esclavitud; y la cuestión de si los franceses van a ser un pueblo libre depende, en su opinión, de la posibilidad de crear un espíritu y un hábito de autogobierno local»⁷.

Parece claro que, aun con la mirada puesta todavía en la primera *Democracia*, Mill está haciéndose eco ya de las célebres reflexiones sobre el individualismo que aparecen en la segunda. Como si quisiera resaltar más la gravedad del caso francés, Mill opera “por contraste”, o sea, presenta su contrario, el caso norteamericano, y se detiene especialmente en el valor educativo de las instituciones democráticas. También en este aspecto, Mill se encuentra a caballo de las dos *Democracias*.

2. El valor educativo de las instituciones políticas: el caso de los Estados Unidos

El verdadero problema práctico de la democracia política en una sociedad progresivamente igualitaria es cómo lograr que el ciudadano sienta, hasta donde sea posible, que el bien común y el propio no son dos bienes totalmente diferentes, y que, si bien hay intereses que le separan de otros ciudadanos, también existen otros intereses que le unen a ellos. Por eso, el ciudadano que sale de su esfera privada y se familiariza con los asuntos públicos «está preparado para sentir que detrás de los intereses que le separan de sus conciudadanos, hay intereses que le conectan con ellos; que no sólo el bien público constituye su bien, sino que además éste depende en parte de su esfuerzo»⁸.

La verdadera ilustración política del pueblo consiste, por un lado, en su participación habitual, no ocasional, en los asuntos que le conciernen más directamente y, por otro, en su educación en el hábito de atender el

⁷ *Ibid.*, 333 (*ibidem*).

⁸ *Ibid.*, 334 (*ibid.*, 169).

interés público. Esto es lo que llamó la atención de Tocqueville: la educación del pueblo norteamericano por medio de instituciones políticas cercanas a él y percibidas así por él: «El señor de Tocqueville ve la principal fuente y garantía de la libertad norteamericana, no tanto en la elección del presidente y el Congreso por sufragio popular, como en la administración de casi todos los asuntos de la sociedad por parte del propio pueblo. Es esto lo que mantiene, según él, el hábito de atender el interés público, no meramente en conjunto, o en algunos momentos ocasionales, sino en sus simples y molestos detalles. Esto es, también, lo que ilustra a la gente; lo que le enseña, mediante la experiencia, cómo deben llevarse los asuntos públicos. La diseminación entre el pueblo de los asuntos públicos, tan ampliamente como sea posible, constituye, en su opinión, el único medio por el que puede prepararse para el ejercicio de alguna parte del poder sobre la legislatura y, generalmente también, el único medio por el que se le puede llevar a desearlo»⁹.

El principio de carácter general que justifica, según Mill, este modo de abordar la instrucción pública del ciudadano y su ilustración política, rehabilita, sin que él lo sepa, una de la tesis centrales de la filosofía política clásica: la vida es un problema y no un teorema; la acción sólo puede aprenderse actuando. Así pues, el aprendizaje de lo público requiere una familiaridad con lo público.

Este principio permite afrontar a Mill dos cuestiones que constituyen, por su interrelación, uno de los núcleos argumentales de la segunda *Democracia*. Me refiero a la célebre caracterización del individualismo, término que Tocqueville usa por primera vez en los manuscritos preparatorios de esta obra (en concreto, un manuscrito fechado el 24 de Abril de 1837), y su conocida tesis acerca de cómo equilibrar el espíritu de un pueblo esencialmente comerciante.

⁹ *Ibid.*, 333 (*ibid.*, 168). El contraste con la situación francesa se ve fuertemente marcada en este texto, si lo comparamos con este otro: «No marcó ninguna diferencia que el gobierno fuera revolucionario o contrarrevolucionario; bajo uno u otro todo se hacía *para* el pueblo, y nada *por* el pueblo. Consecuentemente, en Francia, el poder arbitrario del magistrado en los detalles, casi no tiene límites. Y cuando por último se hicieron algunos intentos de asociar a una parte de los ciudadanos con la dirección de asuntos locales, se encontraron relativamente pocos, incluso entre aquellos en buena situación (en ningún sitio, excepto en las grandes ciudades), a los que se pudiera persuadir para que tomaran parte voluntariamente en esa dirección; personas que, a pesar de no tener en ello ningún interés personal, sintieran suficientemente el interés público como su propio interés, como para no dar de mala gana cada momento que restaran a sus ocupaciones o placeres para dedicárselos a aquella otra» (*ibid.*, 332; *ibidem*).

Por lo que respecta a la primera cuestión —el individualismo—, Mill la presenta uniendo en una misma caracterización lo que Tocqueville había distinguido y separado: egoísmo e individualismo. «La ocupación privada retribuida de casi todo el mundo es, más o menos, una rutina mecánica; pone en acción pocas de sus facultades, ya que su única pretensión consiste en centrar su atención e interés exclusivamente sobre sí mismo, y sobre su familia como apéndice suyo, haciéndole indiferente a lo público, a las metas más generosas y a los intereses más nobles, y egoísta y cobarde en su desordenada preocupación por su comodidad personal. Equilibren estas tendencias con las contrarias; denle algo que hacer por lo público, como participar en la junta parroquial, en un jurado, o en una elección; y sus ideas y sentimientos serán sustraídos en ese grado a este estrecho círculo. Se familiariza con asuntos más variados, y con una más amplia gama de consideraciones»¹⁰.

Aunque este asunto será objeto en su momento de un examen más detenido, anticipemos ya que Tocqueville había descrito el individualismo como un sentimiento reflexivo y pacífico que procede de un juicio erróneo: considerarse autosuficiente, creer que el propio destino está enteramente en las manos de uno mismo. Como tal, dicho sentimiento no implica de suyo maldad moral, o sea, no es un sentimiento depravado. No sucede así en el caso del egoísmo, que nace de un instante ciego y sí es, de suyo, de naturaleza viciosa: «El egoísmo es un amor apasionado y exagerado hacia uno mismo que lleva al hombre a referir todo a sí solo y a preferirse a todo. El individualismo es un sentimiento reflexivo y pacífico que predispone a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a retirarse a un lugar alejado con su familia y sus amigos, de tal manera que tras haberse creado así una pequeña sociedad a su modo, abandona gustosamente la grande a sí misma»¹¹.

Ciertamente, Mill, cuando caracteriza de este modo el individualismo, uniéndolo al egoísmo, toma en cuenta una sugerencia del propio Tocqueville, según la cual el individualismo se absorbe finalmente en el egoísmo¹². Los defectos del espíritu y los vicios del corazón¹³, a la larga

¹⁰ *Ibid.*, 334 (*ibid.*, 169).

¹¹ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 137.

¹² «El egoísmo reseca el germen de todas las virtudes, el individualismo no ciega en principio más que la fuente de las virtudes públicas, pero a la larga ataca y destruye todas la otras y va finalmente a absorberse en el egoísmo» (*ibidem*).

¹³ Las expresiones son del propio Tocqueville: cfr. *ibidem*.

acaban por unirse y formar un todo. Repito que esta cuestión aparece por primera vez en la recensión de Mill sólo de un modo incidental, y únicamente más tarde es objeto de un examen acorde a la importancia que tiene en la segunda *Democracia*. Cuando llegue ese momento, confrontaremos las opiniones de uno y otro autor acerca de lo que todos los analistas consideran uno de los núcleos argumentales de la segunda *Democracia*.

La segunda cuestión que aborda Mill guarda una relación evidente con esta primera. Un pueblo eminentemente comerciante es un pueblo en el que los intereses individuales gozan de mucho ascendiente: «Cualquiera que fuera el caso en algunas otras formas de constitución de la sociedad, estamos convencidos de que el espíritu de un pueblo comerciante será esencialmente mediocre y servil dondequiera que el espíritu público no está cultivado por una extensa participación del pueblo en los detalles de los asuntos de gobierno: y tampoco se verá realizado el desideratum de la difusión general de inteligencia entre las clases media o baja, si no es mediante la correspondiente diseminación de funciones públicas y sin tener una voz en los asuntos públicos»¹⁴.

¹⁴ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 334-335 (C. W., XVIII, 169).

V

VENTAJAS DE LA DEMOCRACIA POLÍTICA

Una vez distinguidos los efectos del gobierno democrático de los que provienen de un estado social democrático, Mill sostiene que Tocqueville encuentra grandes ventajas en un gobierno como el norteamericano: un gobierno popular en el Estado, combinado con instituciones locales populares. El comentarista inglés apostilla que tales ventajas se ven equilibradas con males bastante considerables.

1. El hábito de someter cuestiones públicas al juicio público

La primera gran ventaja de la democracia consiste en la difusión de la inteligencia. Mill se hace eco, en su comentario, de unos hechos que considera sorprendentes: «el notable impulso dado por las instituciones democráticas a las facultades activas de esa parte de la comunidad que sería la más ignorante, pasiva y apática en otras circunstancias. Estas son las características de Norteamérica que sorprenden a todos los viajeros. Actividad, iniciativa, y una respetable cantidad de información no son las cualidades de unos pocos ciudadanos norteamericanos, ni siquiera de muchos, sino de todos. No existe un tipo de personas que sean esclavas del hábito y la rutina. Todo norteamericano llevará adelante su manufactura, o cultivará su granja, con los mejores y más nuevos métodos aplicables a las circunstancias del caso. El norteamericano más pobre comprende y puede explicar las partes más intrincadas de las instituciones de su país; puede discutir sus intereses, interiores y extranjeros»¹.

Mill no descarta que esta difusión de la inteligencia pueda obedecer a razones históricas, tales como la educación y los hábitos que trajeron a

¹ *Ibid.*, 336 (*ibid.*, 170).

Norteamérica los primeros colonos, pero, junto a ese tipo de razones, señala esta otra: «no se equivoca nuestro autor al atribuírselo en parte al perpetuo ejercicio de las facultades de todo hombre del pueblo, a través de la práctica universal de someter a su juicio todas las cuestiones públicas»².

Obsérvese que Mill pone de relieve dos cosas: la difusión de la inteligencia y el impulso que las instituciones democráticas otorgan a las facultades activas. La práctica democrática requiere que un número más amplio de personas tengan que poner en juego mayor número de capacidades. El largo texto que Mill aduce en su favor es muy revelador y quisiera detenerme en su contenido un poco más de lo que él lo hace³.

Tocqueville no niega que el pueblo dirige con frecuencia muy mal los asuntos públicos, «pero no puede inmiscuirse en ellos sin extender el círculo de sus ideas y sin que se vea salir a su espíritu de la rutina ordinaria. El hombre del pueblo que es llamado al gobierno de la sociedad concibe cierta estima de sí mismo»⁴. Esta amplitud de perspectivas puede no traducirse en más virtud ni mayor felicidad, pero sí en más amplia lucidez y actividad que su antepasados. «No dudo de que las instituciones democráticas, unidas a la naturaleza física del país, son la causa, no directa, como tantas personas dicen, sino indirecta del prodigioso movimiento de la industria que se observa en los Estados Unidos. No son las leyes las que le dan origen, sino que es el pueblo quien aprende a producirlo al hacer la ley»⁵.

El orden lógico y real es, por tanto, éste: el pueblo, que ha ganado en autoestima, lucidez y actividad, crea sus leyes e instituciones, lo que aumenta en él el gusto por los asuntos públicos: «todos los días se le indican nuevas mejoras a hacer en la propiedad común y siente nacer el deseo de mejorar la suya personal»⁶. Del deseo de mejora y de la capacidad para la acción arranca el prodigioso movimiento de la industria. El espíritu de libertad es motor de la civilización y de la industria. Tocqueville no aceptaría sin notables matizaciones la proposición inversa, toda vez que, para él, la civilización comercial y la industria son ambivalentes respecto del espíritu de libertad: pueden provocarlo y

² *Ibidem (ibidem)*.

³ El texto de Tocqueville se encuentra en *La Democracia en América*, I, 239-240.

⁴ *Ibid.*, 239.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

desarrollarlo, o bien pueden extinguirlo. Como tantas veces se ha señalado, Tocqueville profesa un inequívoco liberalismo político, pero no es un ardiente defensor del liberalismo económico. Como su compatriota Sismondi, guarda una notable distancia respecto de las doctrinas económicas liberales.

Tocqueville otorga de buena gana que la democracia no implique que el pueblo tenga el gobierno más hábil, «pero hace lo que a menudo el gobierno más hábil no puede crear; esparce por todo el cuerpo social una inquieta actividad, una fuerza superabundante, una energía que no existe nunca sin ella y que por poco que las circunstancias le sean favorables puede engendrar maravillas. Esas son sus verdaderas ventajas»⁷. Con otras palabras, la democracia propicia un aumento considerable del poder social. Toda la argumentación se desarrolla según una línea que bien podría ser descrita así: Tocqueville traslada la teoría escocesa de las virtudes activas del plano económico al plano político. En consecuencia, la democracia es aquella forma de gobierno que moviliza más virtudes activas en un mayor número de ciudadanos y ello se traduce en crecimiento del poder social.

2. El peso político del interés mayoritario

La segunda gran ventaja de la política democrática que Mill menciona es que el curso de la legislación y la administración tiende siempre a seguir la dirección del interés del mayor número. «En Norteamérica no hay nada que pueda subsistir si no lo recomiendan argumentos que, al menos en apariencia, se enfoquen al interés de la mayoría»⁸.

Esta situación contrasta con otras que Mill considera cercanas: intereses minoritarios de clase que ejercen los poderes de la legislación en oposición al interés general, o pactos tácitos entre diversos intereses grupales minoritarios, que se apoyan mutuamente con objeto de resistir y evitar toda reforma.

Tocqueville ha considerado ciertamente la posibilidad de que el interés mayoritario esté equivocado. Más adelante veremos, incluso, lo que él denomina “despotismo de la mayoría”. Ahora bien, aunque ese inte-

⁷ *Ibid.*, 240.

⁸ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 338.

rés esté ciertamente equivocado y la dirección de la legislación también, en el caso de que esa comunidad esté ordenada de tal forma que pueda soportar la acción transitoria de una mala legislación, entonces «prosperará más ese país bajo un gobierno democrático que bajo cualquier otro»⁹.

El argumento es muy tocquevilleano: la democracia es el sistema político que mejor —o sea, con menos secuelas negativas irreversibles— puede soportar una errónea tendencia general de las leyes que sea resultado de un equivocado interés mayoritario. La diferencia fundamental a este respecto entre democracia y aristocracia es que, bajo el imperio de aquella, la corrupción y la incapacidad no se convierten en intereses comunes que pueden ligar entre sí a los hombres de un modo permanente, mientras que, bajo el gobierno de la aristocracia, los intereses de clase y muy especialmente los intereses de los hombres públicos se convierten rápidamente en intereses corporativos que hipotecan hasta la acción de los no corruptos. La tendencia general de la aristocracia es que todo devenga tradición¹⁰: «Por eso frecuentemente se percibe en las aristocracias cómo el espíritu de clase arrastra a los mismos que no corrompe y hace que, sin saberlo, acomoden poco a poco la sociedad a su uso y la preparen para sus descendientes»¹¹.

La argumentación de Tocqueville puede describirse en términos de análisis estratégico de la acción. Por otro lado, no debemos olvidar que ‘aristocracia’ y ‘democracia’ son aquí tipos. Tanto bajo el gobierno de la democracia como del de la aristocracia existen y existirán magistrados corruptos e incapaces. Lo que sucede es que, en un régimen de democracia, la estrategia de enmascaramiento y conservación en el puesto que sigue tal funcionario será de carácter personal, lo cual implica que dicha estrategia puede chocar con otra estrategia personal diferente y no armonizada previamente con ella, y desenmascarse mutuamente las dos¹². El mal tiende, pues a minimizarse y, en cualquier caso, a no perpetuarse.

⁹ *Ibid.*, 339.

¹⁰ Cfr. A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, I, 229-230.

¹¹ *Ibid.*, 230.

¹² «Un magistrado corrompido o incapaz no aunará sus esfuerzos a los de otro magistrado por la sola razón de que este último sea incapaz o corrompido como él, y esos dos hombres no trabajarán nunca de común acuerdo para hacer florecer la corrupción y la incapacidad entre sus sucesores. Al contrario, la ambición y las maniobras de uno servi-

El magistrado aristocrático emplea, en cambio, una estrategia grupal, corporativa. Si uno se enmascara, lo hacen todos...; es decir, todos lo pueden hacer, porque el interés grupal crea entre ellos un vínculo común y duradero, no efímero. «Ese fin común que en las aristocracias une los magistrados al interés de una parte de sus contemporáneos también los identifica y los somete, por decirlo así, al de las generaciones futuras. Trabajan para el futuro tanto como para el presente. El magistrado aristocrático es impulsado a la vez hacia un mismo punto por las pasiones de los gobernados, por las suyas propias y casi podría decir que por las pasiones de su posteridad»¹³.

Tocqueville descubre que las lógicas estratégicas de conservación de estatus o de ascenso social —en el interior de los sistemas políticos— encierran tendencias ocultas. Esto es lo que revela este célebre texto: «Hay, por tanto, en el fondo de las instituciones democráticas una tendencia oculta que hace a menudo contribuir a los hombres a la prosperidad general a pesar de sus vicios o sus errores, mientras que en las instituciones aristocráticas se descubre frecuentemente una tendencia secreta que, a pesar de los talentos y las virtudes, las arrastra a contribuir a las miserias de sus semejantes. Por eso, puede suceder que en los gobiernos aristocráticos los hombres públicos hagan el mal sin quererlo y que en las democracias produzcan el bien aun sin proponérselo»¹⁴. El análisis estratégico de la acción pone de manifiesto la existencia de efectos no deseados o no intencionales que emergen tanto de la agregación de conductas en un sistema de interdependencia, como de lo que podríamos llamar la “lógica de la situación”.

rán para desenmascarar al otro. En las democracias, los vicios del magistrado son, en general, únicamente personales» (*ibid.*, 229).

¹³ *Ibid.*, 229-230.

¹⁴ *Ibid.*, 230.

VI

DESVENTAJAS DE LA DEMOCRACIA POLÍTICA

Las desventajas del gobierno democrático se encuentran entreveradas con sus ventajas. Del mismo que la vida no es un teorema, sino un problema, las soluciones que los hombres inventan a dicho problema nunca arrojan ventajas puras o inconvenientes puros. Las fórmulas solucionadoras de problemas ahorran unos, pero nos ponen ante nuevos problemas. En última instancia, la ventaja fundamental de la democracia sobre la aristocracia reside en que soluciona los problemas de organización, distribución y circulación del poder con menos coste, porque aprovecha más los “recursos” humanos de libertad y conocimiento de mayor número de gente. Es una fórmula que moviliza e integra más energías sociales en la forma de un poder social constituido.

Ahora bien, sus virtudes encierran también sus defectos. La mirada fría de Tocqueville se encarga de ponerlos de relieve. La actitud de Mill respecto de las opiniones de Tocqueville es oscilante: se mueve entre una presentación —un tanto distante, sutilmente distante— de las opiniones del francés, y una velada crítica de tales opiniones. Una muestra reveladora de semejante actitud la encontramos en este texto, que viene a continuación de una matización crítica que hace Mill: «Hacemos estas observaciones por precaución, no por polemizar. Igual que en otras muchas partes de la doctrina de nuestro autor, ésta de que estamos hablando podría dar quehacer a una serie de pensadores y agudos observadores; pero confirmarla o refutarla tiene que depender en lo esencial de futuras experiencias»¹. Intentaremos ver en cada caso qué tipo de estrategias retóricas utiliza Mill para poner en sordina los argumentos de Tocqueville.

¹ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 343 (C. W., XVIII, 175).

1. La carencia de méritos para el ejercicio de funciones públicas

La democracia, lógicamente considerada, parece fundarse en el interés del pueblo por elegir a los mejores; y ¿quiénes son los mejores? Los que más mérito y talento poseen. Ahora bien, precisamente porque la democracia-tipo se basa en el mérito y el talento, y no en el privilegio, el linaje, el honor, etc..., la democracia-realidad puede quedar muy alejada de esta idealidad. Esto fue exactamente lo que Tocqueville comprobó en Norteamérica: «Quedó fuertemente impresionado por la generalizada falta de mérito de los miembros de las legislaturas norteamericanas, y de otros funcionarios públicos. Explica esto no solamente por la incapacidad del pueblo para distinguir el mérito, sino también en parte por su indiferencia al respecto»².

Varias son las razones de que esto sea así: el carácter poco lucrativo de los cargos públicos, los rápidos cambios que no ofrecen garantía alguna de permanencia en el cargo, la inexistencia de una carrera o profesión política. En realidad, las razones que Tocqueville aduce constituyen, en cierto modo, las etapas que fue necesario recorrer poco a poco en orden a la profesionalización creciente del desempeño de un cargo público.

Visto desde aquí, el mecanismo corporativo nos muestra su lógica positiva, su “rostro amable”: formar cuerpo es crear tradición y, con ella, acumular y transmitir experiencia y saber. Exactamente esto es lo que debe hacerse en el proceso de profesionalización: «No existe un cuerpo de personas educadas para los negocios públicos, que los busquen como ocupación, y que se transmitan de uno a otro los resultados de su experiencia. No existen tradiciones, ni ciencia o arte de los asuntos públicos. Un funcionario sabe poco, y aún se preocupa menos, acerca de los principios por los que ha actuado su predecesor; y su sucesor piensa igualmente poco en los suyos. Por consiguiente, las transacciones públicas se dirigen en efecto con una razonable participación del sentido común y de la información común, que son generales en una comunidad democrática, pero beneficiándose escasamente del estudio específico y la experiencia»³.

Las estrategias individuales de los funcionarios dificultan la acumulación y comunicación de conocimiento e información específicos...

² *Ibid.*, 341 (*ibid.*, 173).

³ *Ibid.*, 341-342 (*ibid.*, 174).

salvo que dichas estrategias comiencen a adoptar una normatividad de carácter profesional. La profesión es el equivalente funcional democrático de la corporación aristocrática. Mill no ha captado la grandeza y enorme agudeza de esta observación, que está implícita en la obra de Tocqueville.

La explicación que da Mill de la falta de méritos se me antoja menos atinada que la del francés: «Norteamérica necesita muy poco gobierno. (...) En Norteamérica la sociedad pide poco, excepto que la dejen en paz. Los asuntos ordinarios que su gobierno tiene que tratar, raramente pueden exigir mucho más de una capacidad media (...)»⁴. Tocqueville comprendió, ya en 1835, que la estatura política del jefe del ejecutivo norteamericano crecería rápidamente conforme los Estados Unidos se vieran implicados en asuntos exteriores y conflictos internacionales. Su clarividencia a la hora de estimar el poder potencial del presidente y de los funcionarios del gobierno norteamericano nos resulta hoy sobreco-gedora. Mill analizaba a corto plazo, mientras que Tocqueville estudiaba tendencias y procesos de larga duración: pensaba a largo plazo.

2. El despotismo de la mayoría

Con muy buen criterio, Mill expone el despotismo de la mayoría teniendo en cuenta los contenidos de las dos *Democracias*. Digo que con buen criterio, porque la doctrina tocquevilleana acerca del despotismo democrático se configura de un modo evolutivo a lo largo de las dos *Democracias*. Tal como atinadamente observa Mill, en la publicación de 1835 el tratamiento de la cuestión es más bien político: «el despotismo de la mayoría dentro de los límites de la vida civil»⁵; mientras que en la de 1840, los puntos de vista se relacionan ante todo con «las influencias de la democracia sobre el intelecto»⁶, para pasar después «de la región del intelecto a la de los sentimientos y la moral»⁷. El tema tiene suficiente relevancia como para plantearlo desde sus antecedentes, aunque sea de un modo muy somero.

⁴ *Ibid.*, 342 (*ibid.*, 175).

⁵ *Ibid.*, 346 (*ibid.*, 178).

⁶ *Ibid.*, 347 (*ibidem*).

⁷ *Ibid.*, 351 (*ibid.*, 181).

a) *Antecedentes de la cuestión*

«Una de las atracciones perdurables de la obra de Tocqueville es la galería de despotismos que presentaba como resultados posibles de la *démocratie*. Particularmente para sus contemporáneos, una de sus ideas más seductoras era la afirmación de que lo que los hombres tenían que temer de la democracia no era la anarquía –el colapso de la autoridad y la desintegración social y política–, sino el despotismo, es decir, la reunión de todos los poderes en manos de algún símbolo de la democracia, tratárase de la mayoría, de la legislatura, de un jefe o del mismo Estado»⁸. Como el propio Tocqueville escribía, en un tono un tanto desgarrado, toda la cuestión del futuro residía en resolver esta disyuntiva: despotismo con igualdad o libertad con igualdad. Hay dos maneras de ser iguales: en la libertad y en el despotismo.

En las notas, borradores y manuscritos redactados por Tocqueville entre 1831 y 1835 aparecen cuatro grandes formas de despotismo: la omnipotencia legislativa, la tiranía de la mayoría, el despotismo administrativo o burocrático y el dominio tiránico de un déspota (p. ej. de un héroe militar). De estas cuatro formas, la tiranía de la mayoría o despotismo democrático desempeñó ya un papel central en la primera *Democracia* y, aunque con un distinto sesgo, volvió a tener un puesto de similar importancia en la segunda. En efecto, Tocqueville no sólo sentía un temor a que las ideas de las minorías fueran silenciadas, sino también a que se produjera una negativa a escuchar ideas nuevas y que esa cerrazón de mente detuviera inexorablemente el avance de la civilización. Estos peligros intelectuales constituyeron en 1840 el significado primordial de la tiranía de la mayoría⁹.

Sabemos que Tocqueville oyó hablar por primera vez de una posible tiranía de la mayoría a su amigo Jared Sparks (29 de Septiembre de 1831). En 1835 dedicó a la cuestión dos importantes capítulos (el VII y el VIII de la Segunda Parte), en los que se combina el punto de vista político con el sociológico. El tema más relevante que se aborda en el primero de los capítulos es que la tiranía puede ejercerse contra la justi-

⁸ JAMES T. SCHLEIFER, *op. cit.*, 210.

⁹ La cuestión es tratada por extenso en la obra de Schleifer. Cfr. *ibid.*, 215-246. También la estudia JEAN-CLAUDE LAMBERTI, *op. cit.*, 150-154.

cia y en nombre de la ley, en la medida en que el gobierno no defendería más que los derechos e intereses de la mayoría rehusando reconocer los derechos de la minoría. El medio que se utiliza en tal caso para realizar esta injusticia es lo que Tocqueville llama omnipotencia de la mayoría.

En el mencionado capítulo, junto con una crítica política se contiene una crítica sociológica mucho más original. «Cuando examina el poder ejercido por la mayoría sobre el pensamiento, abre la vía a una investigación original que proseguirá en la *Democracia* de 1840. (...) El muestra que el poder de censura de la mayoría, superior al de la Inquisición llega a impedir la expresión de todo pensamiento que se aleje de ella. Sin recurrir a la autoridad de las leyes o a una violencia visible, esta forma de control social impone sus normas en el interior de los espíritus y quita hasta el deseo mismo de una oposición»¹⁰.

Mill presenta la cuestión del despotismo democrático de la siguiente forma: la realidad socio-política de Norteamérica impide o dificulta grandemente *de facto* que la tiranía emplee ya sea la violencia o la ley. El despotismo no se ejercerá sobre el cuerpo, sino sobre la mente. Esto supone que la lectura milliana de la cuestión se efectúa desde la segunda *Democracia*, por más que, como el propio Mill reconoce, Tocqueville ya insistiera en la primera en semejante punto de vista¹¹. Este punto de vista no hace sino profundizar en las raíces sociales de la libertad. Conviene tener presente que las abundantes y ricas reflexiones que propició el segundo viaje a Inglaterra, le llevó a considerar la evolución de los países europeos y, muy especialmente, Inglaterra, como el fundamento de los pronósticos de lo que podría suceder en América. Así sucede, por ejemplo, con el fenómeno de la centralización administrativa.

¹⁰ J. C. LAMBERTI, *op. cit.*, 153.

¹¹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 347 (C. W., XVIII, 178). Para la importancia del segundo viaje a Inglaterra en su comprensión de la posible evolución de la democracia norteamericana, cfr. SEYMOUR DRESCHER, *Dilemmas of Democracy, Tocqueville and modernization*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1968, 35-38.

b) *La influencia de la democracia sobre el intelecto*

Mill comienza su exposición muy pegado a la experiencia norteamericana. Esta «parece confirmar lo que la teoría hacía parecer probable: que la tiranía de la mayoría no tomará la forma de leyes tiránicas, sino la de un poder dispensador por encima de todas las leyes»¹². Desde el punto de vista de los límites de la vida civil, la experiencia enseña con creces a la mayoría que no son conciliables el camino de la civilización y el uso arbitrario o discrecional de la violencia, «de la libertad bárbara de arrebatar a discreción las vidas y la propiedad de los hombres. Entiéndase de una vez de forma generalizada que las minorías lucharán, y que las mayorías no se atreverán a provocarlas. El mal gobierno del que existe algún peligro permanente en la civilización moderna, reviste la forma de leyes malas y malos tribunales»¹³. Puesto que esto es así, la tiranía que hay que temer es la que se ejerce sobre la mente y además de un modo sutil no exento de paradojas. Como veremos, Mill va a seguir fielmente a Tocqueville en su gusto por lo paradójico. Como sostiene Lamberti, en Francia la amenaza más grave para la libertad proviene del poder político, mientras que en América proviene de la sociedad¹⁴. La paradoja la expresa el propio Tocqueville: «No conozco país en el que reine, en general, menos independencia de espíritu y verdadera libertad de discusión que en América» (...). En América, la mayoría traza un círculo formidable alrededor del pensamiento. Dentro de esos límites, el escritor es libre. Pero pobre de él si se atreve a salir de ellos»¹⁵.

Resulta que, por un lado, los norteamericanos llevan a la práctica en todos los asuntos el hábito mental en que han sido educados: el rechazo a la autoridad y la afirmación del derecho a juzgar las cosas de un modo personal. Tienen la costumbre de contemplar las tradiciones a la luz de los hechos y «no están acostumbrados a buscar orientación en la sabiduría de los antepasados o en la eminente sabiduría contemporánea, pero exigen que las razones por las que actúan estén al nivel de su propia capacidad de comprensión. Y, como es natural en los que gobiernan

¹² *Ibid.*, 344 (*ibid.*, 177).

¹³ *Ibid.*, 346 (*ibid.*, 178).

¹⁴ J. C. LAMBERTI, *op. cit.*, 153.

¹⁵ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, I, 250.

más por sentido común que por ciencia, su disposición mental resulta en conjunto, no pedante, sino práctica (...)»¹⁶.

La consecuencia que habría que extraer de semejante modo de pensar sería –lógicamente hablando– una fuerte independencia de pensamiento. Ahora bien, Tocqueville sostiene que en ningún país existe menos independencia de pensamiento. Si se exceptúan los temas religiosos, en todos los demás, cuando la opinión mayoritaria está bien constituida y definida, y además es firme, difícilmente nadie se atreve a contrariarla; más aún: la sabiduría y virtud de la opinión mayoritaria es perpetuamente celebrada con adulación servil.

¿Cómo cabe entender esta paradoja? Mill recoge y repite de modo muy sintético la explicación sociológica que da Tocqueville de la paradoja en el Capítulo II de la Primera Parte titulado: *El origen principal de las creencias en los pueblos democráticos*. La paradoja había sido tematizada en la primera *Democracia*, pero su explicación sociológica se encuentra en ese capítulo de la segunda *Democracia*, la de 1840.

Por muy fuerte y extendida que sea la tendencia individual a la independencia de pensamiento, es imposible en la práctica que los hombres se formen por sí mismos la totalidad de sus opiniones. Por muy rechazada que esté la idea de una autoridad, de hecho siempre existe, aunque pueda cambiar el sujeto que la represente; y en cualquier caso ostenta el carácter de una auténtica ley suprema que sanciona positiva o negativamente el juicio y la opinión particular. «Esta ley por encima de ellos, que las sociedades más viejas han encontrado en las tradiciones de la Antigüedad, o en los dogmas de sacerdotes o filósofos, la encuentran los norteamericanos en las opiniones de unos y otros. Al estar todos casi en las mismas circunstancias, y al ser todos casi iguales en inteligencia y conocimiento, la única autoridad que infunde un respeto involuntario es la de los números»¹⁷.

El verdadero resorte del proceso es la igualdad. Tocqueville lo declara expresamente en distintos pasajes¹⁸. En tiempos de igualdad, los

¹⁶ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 347-348 (C. W., XVIII, 179).

¹⁷ *Ibid.*, 348 (*ibidem*).

¹⁸ «A medida que los ciudadanos se hacen más iguales y más semejantes, disminuye la tendencia de cada uno a creer ciegamente en un cierto hombre o una cierta clase. Aumenta la disposición a creer en la masa y es cada vez más la opinión la que dirige el mundo» (A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 30). «En los Estados Unidos, esa omnipotencia política de la mayoría aumenta, en efecto, la influencia que las opiniones del público tendrían sin ella sobre el espíritu de cada ciudadano, pero no la funda. Es en la

hombres, a causa de su semejanza, no se profesan unos a otro ninguna fe, pero esa misma confianza les otorga una confianza prácticamente ilimitada en el juicio mayoritario de la opinión pública. La misma igualdad que hace que cada ciudadano se sienta independiente de los demás ciudadanos, le deja abandonado y sin defensa ante la acción de la mayoría. Esto explica que, en los pueblos democráticos, el público tenga un poder singular del que las naciones aristocráticas no pueden hacerse idea siquiera. Mill ha captado esta función de la igualdad y la ha expresado admirablemente: «Cuanto más perfectamente se reconozca cada uno como igual a todo individuo singular, tanto más insignificante y desamparado se sentirá frente al conjunto de la masa; y tanto más increíble le parecerá que la opinión de todo el mundo tenga posibilidades de ser errónea»¹⁹.

c) *La democracia y el cultivo de la ciencia y el arte*

La opinión de Tocqueville acerca de cómo influye o puede influir la democracia en el cultivo de la ciencia y el arte da ocasión para un análisis más amplio concerniente a los efectos que produce la democratización del conocimiento y cómo operan las bases sociales del conocimiento: esta última cuestión le llevará a distinguir lo que es democrático, de lo que es americano. En última instancia, todas las reflexiones de las que se hace eco Mill, podrían caer bajo una amplísima rúbrica: el carácter ambivalente de la civilización en su etapa democrático-igualitaria.

Los textos millianos recogen apretadísimo lo que en la segunda Democracia son once capítulos (del IX al XIX de la Primera Parte). Por excelente que sea la síntesis milliana, me siento obligado a completarla en algunos aspectos. Son, pues, muy numerosos los implícitos que sería preciso poner de relieve para comprender la prolija sociología del alma americana y del espíritu democrático que estos capítulos contienen.

igualdad misma donde deben buscarse los orígenes de esa influencia y no en las instituciones más o menos populares que los hombres pueden darse. (...) en los siglos de igualdad, se puede prever que la fe en la opinión común se convertirá en una especie de religión cuyo profeta será la mayoría» (*ibid.*, 32-33).

¹⁹ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 348 (C. W., XVIII, 179).

El punto de partida tanto del autor como del comentador es el mismo: la notable ausencia en Norteamérica de esfuerzos originales en literatura, filosofía o bellas artes, induce a pensar que el espíritu de la democracia moderna oscurece las luces que iluminan el espíritu humano. Tocqueville objeta: «Los que razonan así (...) mezclan sin querer lo que es democrático con lo que es sólo americano»²⁰. ¿Qué es lo americano? John Stuart Mill da una respuesta que sintetiza parcialmente la del francés: «Norteamérica es, intelectualmente hablando, una provincia de Inglaterra; una provincia en que la principal ocupación de los habitantes consiste en hacer dinero; porque tienen para ello unas singulares facilidades y, por consiguiente, se contentan en su mayor parte con recibir de la capital ya elaboradas, las más altas ramas del conocimiento»²¹. Digo que sintetiza de un modo parcial, porque lo que sostiene Mill se encuentra ciertamente en el capítulo IX de la segunda *Democracia*²², pero hay más elementos con los que Tocqueville construye el tipo de “lo americano”. Algunos de ellos son consideraciones antropológicas de carácter general: «La codicia siempre está en acción y el espíritu humano, apartado en todo momento de los placeres de la imaginación y de los trabajos de la inteligencia, sólo se entusiasma con la persecución de la riqueza»²³.

La vinculación de origen que el pueblo norteamericano tiene con Inglaterra²⁴, además del carácter eminentemente práctico de los norteamericanos, lleva a vivir de lo que la “docta y literaria Europa” suministra, de forma que sus ciudadanos «podían recoger los tesoros de la inteligencia sin tener necesidad de trabajar para atesorarlos»²⁵.

Lo que define “lo americano” no es tanto el género –pueblo americano–, como la especie: su condición enteramente excepcional dentro

²⁰ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 63.

²¹ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 349 (C. W., XVIII, 179-180).

²² «Los americanos son un pueblo muy antiguo y muy ilustrado que ha encontrado un país nuevo e inmenso en el que puede extenderse a voluntad y que fecunda sin dificultad. Eso carece de ejemplo en el mundo. En América, todos encuentran facilidades desconocidas en otras partes para hacer su fortuna o para aumentarla» (A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 63).

²³ *Ibidem*.

²⁴ «Considero el pueblo de los Estados Unidos como la parte del pueblo inglés encargada de explotar los bosques del Nuevo Mundo, mientras el resto de la nación (...) puede dedicarse al pensamiento y fomentar el espíritu humano en todos los sentidos» (*ibid.*, 64).

²⁵ *Ibidem*.

de los pueblos democráticos: «La situación de los americanos es enteramente excepcional y es de creer que ningún pueblo democrático se hallará nunca en otra semejante. Su origen, del todo puritano, sus hábitos, únicamente comerciales, el país mismo que habitan y que parece desviar su inteligencia del estudio de las ciencias, las letras y las artes; la vecindad con Europa, que les permite no estudiarlas sin recaer en la barbarie; mil causas particulares de las que no puedo dar a conocer más que las principales, han debido concentrar de una manera singular el espíritu americano en el cuidado de las cosas puramente materiales. Las pasiones, las necesidades, la educación, las circunstancias, todo parece, en efecto, contribuir a hacer tender hacia la tierra al habitante de los Estados Unidos y sólo la religión le hace alzar, de vez en cuando, miradas pasajeras y distraídas hacia el cielo»²⁶.

Una vez considerado “lo americano”, se impone considerar las características propias de las naciones democráticas en relación con el tema que nos ocupa: el cultivo de las ciencias y las artes.

Ni el comentario milliano ni el texto de Tocqueville explicitan un implícito, sin el cual la argumentación quede incompleta y no termina de entenderse. El interés por las obras del espíritu –el cultivo de las ciencias y las artes– es connatural al hombre²⁷, pero requiere ocio, o mejor dicho, requiere una clase ociosa: un grupo social lo suficientemente rico e ilustrado como para dedicarse a los goces del espíritu.

La sociedad aristocrática tenía garantizada la existencia de esa clase ociosa, aunque el precio que pagaba por ello era la lentitud extrema con la que ese círculo ocioso e ilustrado se ampliaba. ¿Qué sucede en el caso de la democracia? La clave para responder a esta pregunta radica en el modo como se articulen: riqueza, ocio, difusión de la riqueza y expansión de los bienes de la inteligencia. «Las sociedades democráticas (ilustradas) y libres encerrarán siempre en su interior una multitud de personas opulentas o acomodadas. Esos ricos no estarán unidos entre sí tan estrechamente como los miembros de la antigua clase aristocrática, tendrán instintos diferentes y no poseerán casi nunca un ocio tan seguro y completo, pero serán infinitamente más numerosos de lo que

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ «En el fondo del corazón humano hay un gusto natural por las cosas del espíritu y los goces de la imaginación, lo mismo que una tendencia instintiva por los placeres de los sentidos. Abandonado a sí mismo, el espíritu del hombre tiende por un lado hacia lo material, lo útil y del otro se eleva hacia lo infinito, lo inmaterial, lo grande y lo bello» (*ibid.*, 65, nota ‘g’).

podían serlo los que componían aquella clase. Esos hombres no estarán rigurosamente encerrados en las preocupaciones de la vida material y podrán, aunque en grados diversos, dedicarse a los trabajos y a los placeres de la inteligencia; y lo harán, porque si es verdad que el espíritu humano tiende por una parte hacia lo limitado, lo material y lo útil, por otra se alza naturalmente hacia lo infinito, lo inmaterial y lo bello. Las necesidades físicas le ligan a la tierra, pero cuando ya no le retienen, se alza de ella por sí mismo»²⁸.

De acuerdo con esta caracterización, podemos extraer una serie de consecuencias:

a) El número de los que se interesen por los goces del espíritu será mayor, al tiempo que el gusto por esos goces descenderá a estratos de la población a los que nunca había llegado.

b) La inteligencia se revalorizará como factor social de diferenciación y desigualdad, hasta el punto que incluso quienes no disfrutaban de sus encantos, al menos aprecian sus efectos: «Cuando no hay ya riquezas hereditarias, privilegios de clase y prerrogativas de nacimiento y cada uno sólo obtiene su fuerza de sí mismo, se hace visible que lo que produce la principal diferencia entre la fortuna de los hombres es la inteligencia. Todo lo que sirve para fortificar, extender y adornar la inteligencia adquiere de repente un gran valor»²⁹.

c) La propia movilidad social genera un enorme movimiento de mimesis social, uno de cuyos efectos más peculiares es la efervescencia de las ideas y su comunicación social. El espacio social se convierte poco a poco en un espacio de comunicación de ideas: «En los siglos democráticos, ilustrados y libres, los hombres no tienen nada que los separe o los mantenga en su puesto y ascienden o descienden con singular rapidez. Todas las clases se ven constantemente porque están muy próximas. Se comunican y mezclan todos los días, se imitan y se envidian. Ello sugiere al pueblo una multitud de ideas, de nociones, de deseos que no habría tenido si los rangos hubiesen sido fijos y la sociedad inmóvil. En esas naciones, el servidor no se considera nunca enteramente extraño a los placeres y trabajos del amo; el pobre, a los del rico; el

²⁸ *Ibid.*, 66.

²⁹ *Ibid.*, 66-67.

hombre del campo se esfuerza en parecerse al de la ciudad y las provincias a la metrópoli»³⁰.

d) El interés por las obras del espíritu se contamina con elementos adherentes que rebajan su pureza y dignidad. Es el precio que hay que pagar por la democratización de la cultura³¹.

e) No es cierto que los hombres que viven en los siglos democráticos sean indiferentes a las ciencias, las letras y las artes; simplemente, las cultivan de otra manera, que arroja cualidades y defectos propios.

Mill, por su parte, añade que todo esto conduce a la mercantilización de la literatura y el arte. Además, toda la esfera de la cultura entra a formar parte, quiéralo o no, del competitivo mundo social en el que lo que prima es el éxito y los criterios prácticos: «la universal tendencia a la acción, y a la acción rápida, dirige el gusto hacia las aplicaciones más que hacia los principios, y hacia apresuradas aproximaciones a la verdad más que hacia la exactitud científica»³². Se sigue de aquí, por un lado, que los bienes de la cultura siguen siendo signos exteriores de estatus social, aunque esta vez sea de un estatus masificado y no minoritario, y, por otro que la cultura pasa a formar parte de los circuitos económicos, con todas las consecuencias que ello implica. El ejemplo que usa Mill es el de la literatura. «La literatura se convierte así no sólo en un negocio, sino que es impulsada gracias a las máximas normalmente adoptadas en otros negocios, que viven más del número que de la

³⁰ *Ibid.*, 67.

³¹ «Desde el momento en que la multitud comienza a interesarse en los trabajos del espíritu, se descubre que un gran medio de adquirir gloria, poder o riquezas es el de destacar en alguno. La inquieta ambición que hace nacer la igualdad (v: democracia) tan pronto se vuelve de ese lado como de todos los demás. El número de los que cultivan las ciencias, las letras y las artes se hace inmenso. Se despierta una actividad prodigiosa en el mundo de la inteligencia; todos buscan abrirse camino en él y se esfuerzan en atraer sobre sí las miradas del público. Sucede algo análogo a lo que ocurre en los Estados Unidos en la sociedad política: las obras son a menudo imperfectas, pero innumerables, y aunque los resultados de los esfuerzos individuales sean de ordinario poco importantes, el resultado general es siempre muy grande» (*ibidem*).

³² J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 351 (C. W., XVIII, 181).

calidad de sus clientes; no hace falta dedicar mucho esfuerzo a las futuras mercancías proyectadas para el mercado general, y lo que se ahorre en la fabricación puede ser gastado provechosamente en anunciarse. De esta forma existirá una inmensa masa de producciones de tercera o cuarta categoría, y muy pocas de primera»³³.

³³ *Ibid.*, 350-351 (*ibid.*, 180-181).

VII

INFLUENCIA DE LA DEMOCRACIA SOBRE LOS SENTIMIENTOS

Mill comenta a continuación la Segunda Parte, que lleva por título: *Influencia de la democracia sobre los sentimientos de los americanos*. Se trata del célebre lugar donde Tocqueville aborda por extenso la cuestión del individualismo en Norteamérica. Parece oportuno recordar aquí, antes de continuar, que Tocqueville estuvo trabajando cuatro años en una obra que versaba sobre la influencia de la igualdad sobre las ideas y los sentimientos de los hombres. Así, al menos, se lo había hecho saber a Mill poco antes de publicarse la segunda *Democracia*, en concreto, en una carta del 14 de Noviembre de 1839: «Llegué a París hace dos días para hacer imprimir la obra en la que trabajo desde hace cuatro años y es continuación de la otra, esto es la *Influencia de la igualdad sobre las ideas y los sentimientos de los hombres*»¹. No está de más recordarlo: estamos ante el núcleo de la intención analítica de Tocqueville.

1. Las formas de sociedad y los tipos de vínculo social

Mill presenta las tesis del capítulo II, *El individualismo en los países democráticos*, alterando el orden expositivo que emplea Tocqueville. Si se interpreta en un determinado sentido su intención, el resultado de semejante alteración me parece positivo. Me veo obligado no sólo a conjeturar su intención, sino además a traducirla también a términos sociológicos que él no emplea. Me serviré tanto de sus propios textos como de los de Tocqueville.

¹ A. DE TOCQUEVILLE - CQUEVILILL, *Correspondencia*, 94 (A. DE TOCQUEVILLE, *Correspondance Anglaise*, O. C., VI, 1, 326).

Siempre según la estructura tipológica en la que se mueve el pensador francés, a cada tipo de organización social le corresponde un tipo de vinculación social predominante. El vínculo social de tipo aristocrático es de orientación particularista al tiempo que la implicación afectiva en la vivencia del vínculo es grande: «Allí donde las diferentes clases de la humanidad están divididas por barreras infranqueables, cada uno puede tener intensas simpatías por los de su propia clase, casi más intensas de lo que es posible tenerlas hacia la humanidad en general; pero aquéllos cuya condición está muy por debajo de uno son tan diferentes de uno mismo, que difícilmente se les considera seres humanos»².

Si nos fijamos en el texto al que se está refiriendo³, convendrá realizar cuatro observaciones que complementan y corrigen el comentario de Mill: a) el sujeto del vínculo aristocrático no es tanto el hombre individual como la familia; b) el vínculo social presenta una referencia histórico-temporal de naturaleza tradicional; c) la naturaleza del vínculo social reclama la existencia de un sistema general de ayudas y lealtades mutuas cuya base es el binomio: protección-servicio; y d) Tocqueville no dice, en éste y otros textos que se citarán a continuación, que la dimensión afectiva de este tipo de vinculación social es *casi* más intensa que la que une al hombre democrático con la humanidad. No, dice que

² J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 351 (C. W., XVIII, 181).

³ «En los pueblos aristocráticos, las familias permanecen en la misma situación y a veces en el mismo lugar durante siglos. Ello hace contemporáneas, por así decir, todas las generaciones. Un hombre conoce casi siempre a sus antepasados y los respeta, cree percibir ya a sus descendientes y los quiere. Se impone gustoso deberes hacia unos y otros y le sucede frecuentemente que sacrifica sus goces personales por esos seres que ya no existen o que no existen todavía.

Las instituciones aristocráticas tienen por efecto, además, unir estrechamente cada hombre a algunos de sus conciudadanos.

Al ser muy distintas e inmóviles las clases en el interior de un pueblo aristocrático, cada una es para el que forma parte de ellas una especie de pequeña patria, más visible y más querida que la grande.

Como en las sociedades aristocráticas todos los ciudadanos están situados en puestos fijos, los unos por encima de los otros, resulta también que cada uno de ellos ve siempre por encima de él un hombre cuya protección le es necesaria y, por debajo, otro cuya ayuda puede reclamar.

Los hombres que viven en los siglos aristocráticos están casi siempre ligados de una manera estrecha a algo que está situado fuera de ellos, y a menudo están dispuestos a olvidarse de sí mismos. Es verdad que en esos mismos siglos la noción general del *semblante* es oscura y que apenas se piensa en consagrarse a ella en aras de la causa de la humanidad, pero con frecuencia uno se sacrifica por determinados hombres».

es mucho más intensa. En cambio, en los siglos democráticos, los deberes morales que el hombre experimenta hacia la humanidad son mucho más claros. Así, pues, el reconocimiento del semejante en términos morales es mucho más extenso e intenso, mientras que la implicación afectiva en la relación con el próximo se distiende.

El proceso gradual de la igualación social modifica la naturaleza del vínculo social. Su orientación se torna universalista, a la vez que la intensidad afectiva es menor. El texto de Tocqueville, aunque extenso, merece la pena ser citado entero, pues aporta una visión integral del tipo social que él construye, y además permite ver la simetría lógica con la que ambos tipos —el aristocrático y el democrático— están contruidos: «En los siglos democráticos, por el contrario, donde los deberes de cada individuo hacia la especie son mucho más claros, la devoción hacia un hombre («o una clase») se hace más rara. El vínculo de los afectos humanos se distiende y afloja».

La movilidad social de las familias es constante y cada vez más tiende a ceder su protagonismo a la movilidad social de los individuos. Ambas movilidades terminan por romper la estructura unitaria de la conciencia social del tiempo histórico. El interés recae únicamente en la inmediatez: «En los pueblos democráticos, salen sin cesar nuevas familias de la nada, otras caen en ella continuamente, y todas las que permanecen cambian de aspecto. La trama de los tiempos se rompe a cada instante y las huellas de las generaciones se borran. Se olvida fácilmente a los que nos han precedido y no se tiene ninguna idea de los que nos seguirán. Sólo interesan los más inmediatos». Tocqueville ha comprendido muy bien que existe una profunda interrelación entre la estructura social y la comprensión social del tiempo: la movilidad social intensa altera profundamente el sentido de la tradición así como la conciencia histórica de una sociedad.

Por otro lado, la aproximación de los grupos sociales hasta el punto de que no se perciban ya las fronteras entre unos y otros plantea un problema de reconocimiento —en la forma de indiferencia y mutua extrañeza— y, por consiguiente de búsqueda de identidad social en la forma de un autorreconocimiento: es la dimensión narcisista del individualismo que algunos han señalado: «Cuando cada clase llega a aproximarse a las otras y a mezclarse con ellas, sus miembros se vuelven indiferentes y como extraños entre sí. La aristocracia había hecho de todos los ciudadanos una larga cadena que se remontaba del aldeano al rey. La democracia rompe la cadena y deja aparte cada eslabón.

A medida que se igualan las condiciones, hay un mayor número de individuos que, sin ser bastante ricos ni bastante poderosos para ejercer una gran influencia sobre la suerte de sus semejantes, han adquirido o conservado, sin embargo, bastante cultura y bienes para poder bastarse a sí mismos. Estos no deben nada a nadie; por así decir, no esperan nada de nadie. Se acostumbran a considerarse siempre aisladamente, se complacen en creer que su destino entero está en sus manos.

Así, la democracia no solamente hace olvidar sus antepasados a cada hombre, sino que le oculta sus descendientes y le separa de sus contemporáneos, le conduce constantemente hacia sí mismo y amenaza con encerrarle finalmente por completo en la soledad de su propio corazón»⁴.

2. El individualismo democrático. Individualismo y sentimiento patriótico

«Opina el señor de Tocqueville que una de las tendencias de un estado de sociedad democrático consiste en hacer que cada cual se recluya dentro de sí mismo y concentre sus intereses, deseos y metas en sus propios asuntos y casa»⁵.

En anteriores apartados hicimos referencia a los textos en los que Tocqueville conceptualiza el individualismo. A tenor de las observaciones que realiza Mill convendría añadir la conocida reflexión tocquevilleana de que es de ordinario en el origen de las sociedades democráticas cuando los ciudadanos se muestran más dispuestos a aislarse. Recordando el concepto milliano de “estado transicional” de la sociedad, cabría decir que la transición que conlleva la revolución democrática genera más individualismo: «Es sobre todo en el momento en que una

⁴ *Ibid.*, 138. En un manuscrito se lee: «La aristocracia, que hace depender los ciudadanos los unos de los otros, les lleva a veces al sacrificio, a menudo a odios implacables. La democracia tiende a volverlos indiferentes los unos a los otros y los dispone a actuar como si estuvieran solos.

La aristocracia fuerza a los hombres a salir de sí mismos a cada instante para ocuparse de los demás. La democracia les hace volver constantemente hacia sí mismos y amenaza con encerrarlos finalmente por entero en la soledad de su propio corazón» (*ibid.*, 173, nota ‘e’).

⁵ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 352 (C. W., XVIII, 182).

sociedad democrática acaba de formarse sobre las ruinas de una aristocracia cuando llaman más fácilmente la atención ese aislamiento de unos hombres de los otros y el egoísmo que es su consecuencia.

Esas sociedades no solamente encierran un gran número de ciudadanos independientes, sino que están diariamente llenas de hombres que, llegados ayer a la independencia, están embriagados de su nuevo poder. Conciben una presuntuosa confianza en sus fuerzas y, sin imaginar que puedan tener necesidad en lo sucesivo de requerir la ayuda de sus semejantes, no tienen dificultad en mostrar que no piensan más que en sí mismos»⁶.

Sería equivocado, sostiene Tocqueville, pensar que semejante estrategia social de la autosuficiencia individual es algo exclusivo “de los recién llegados” (*parvenus*). La estrategia aludida también es desarrollada por los que acaban de perder sus privilegios. La esfera social como esfera de la indiferencia deviene el escenario de la desconfianza generalizada. Los odios y pasiones que hizo nacer la desigualdad perpetúan su presencia y su poder en el seno de la nueva sociedad igualitaria; las consecuencias psicológicas de todo ello son brillantemente descritas en este texto: «Una aristocracia sólo sucumbe de ordinario tras una lucha prolongada durante la cual se encienden odios implacables entre las diferentes clases. Esas pasiones sobreviven a la victoria y se puede seguir su huella en medio de la confusión democrática que la sigue.

Aquellos de entre los ciudadanos que eran los primeros en la jerarquía destruida no pueden olvidar al punto su antigua grandeza. Durante mucho tiempo se consideran extraños dentro de la nueva sociedad. Ven en todos los iguales que esa sociedad les crea, opresores cuyo destino no puede producir simpatía. Han perdido de vista sus antiguos ideales y no se sienten ya ligados a su suerte por un interés común. Al retirarse aparte, cada uno de ellos se cree reducido a no ocuparse más que de sí mismo. Los que, al contrario, estaban antiguamente situados en la parte inferior de la escala social y a los que una repentina revolución ha aproximado al nivel común, únicamente gozan de la independencia recientemente adquirida con una especie de inquietud secreta. Si encuentran a su lado a algunos de sus antiguos superiores, les lanzan miradas de triunfo y de temor y se alejan de ellos»⁷.

⁶ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 139.

⁷ *Ibidem*.

Mill examina a continuación si el sentimiento patriótico podría ser el vínculo social que aminorase los efectos antisociales del individualismo: «Difícilmente existe lazo alguno con que relacionar a dos hombres, aparte del lazo común del país»⁸. La referencia al patriotismo no es casual, como tampoco lo es la continuación del texto, que inmediatamente examinaremos. En el cap. XVIII de la Tercera Parte, Tocqueville examina el sentimiento del honor en los Estados Unidos y en las sociedades democráticas. Después de mencionar que en las sociedades feudales todo el orden público giraba alrededor del sentimiento de fidelidad a la persona del señor, afirma: «Por el contrario, no hay en la Edad Media más que pocos rasgos de una pasión que dio vida a las sociedades antiguas (y que ha reaparecido entre los modernos a medida que se transformaba el mundo feudal). Hablo del patriotismo. (...) Las instituciones feudales ocultaban la patria a las miradas. Volvían menos necesario el amor a ella. Hacían olvidar la nación al apasionar por un hombre (...). No es que no existiese el amor a la patria en el corazón de nuestros padres, sino que formaba una especie de instinto débil y oscuro que se ha hecho más claro y más fuerte a medida que se han destruido las clases y centralizado el poder [político]»⁹.

Mill examina qué sucede con el amor al propio país, según que la comunidad de pertenencia sea grande o no. En las primeras, el patriotismo no es una pasión que crezca espontáneamente. No sucede lo mismo en las pequeñas, donde la vinculación a la ciudad es sinónimo de participación en la “cosa pública”. No extrañan los ejemplos: las antiguas repúblicas o la Suiza moderna. En comunidades grandes, puede darse una identificación del propio crédito y estima personal y social con la gloria y el poder de la nación a la que se pertenece; éste es caso del aristócrata. Mill apostilla: «su gloria y su poder, obsérvese, no el bienestar de la mayoría de sus habitantes»¹⁰. Ahora bien, al ciudadano de una democracia le resulta difícil en principio tener el sentimiento de patriotismo como un sentir vivo y sincero. Al no tener otras metas, «se aferra a sus propios asuntos privados»¹¹.

Dado que el estado de la sociedad se hace cada vez más democrático, ¿cómo puede alimentarse el patriotismo? Mill responde: ningún

⁸ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 352 (C. W., XVIII, 182).

⁹ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 278.

¹⁰ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 353 (C. W., XVIII, 182).

¹¹ *Ibidem*.

medio es tan eficaz como las instituciones libres: «la intervención, amplia y frecuente de los ciudadanos en la gestión de los asuntos públicos. Tampoco es sólo el amor al país el que necesita este aliento, sino todo sentimiento que relacione a los hombres, por interés o simpatía, con sus vecinos y conciudadanos. Las instituciones populares constituyen el gran medio para generalizar en un pueblo, y especialmente entre las clases más ricas, el deseo de ser útil a su generación; útil para el público o para sus vecinos sin distinción de clases; y también cortés y modesto en su trato habitual»¹².

Los textos que cita Mill forman parte del cap. IV: *Cómo los americanos combaten el individualismo mediante instituciones libres*. Ciertamente, el largo texto que cita Mill es relevante por sí mismo y no creo preciso copiar el capítulo entero, aunque bien mirado su denso contenido podría ser citado íntegramente, pues nada sobra en él. No obstante, resulta pertinente añadir una observación y algunos textos que Mill pasa por alto. El tratamiento de la relación entre individualismo y libertad política tiene como telón de fondo la comparación entre los Estados Unidos y Francia. Tocqueville sostiene en un texto que Mill no cita, que la superioridad del modelo político norteamericano radica en que ha sabido llevar la vida política de las instituciones democráticas a cada parte del territorio: «Los americanos han combatido el individualismo con la libertad que hacía nacer la igualdad, y lo han vencido.

Los legisladores de América no han creído que para curar una enfermedad tan natural al cuerpo social en los tiempos democráticos y tan funesta, bastase con conceder a la nación entera una representación de sí misma. Han pensado que, además, convenía dar una vida política a cada parte del territorio, a fin de multiplicar al infinito para los ciudadanos las ocasiones de actuar unidos y de hacerlos sentir todos los días que dependen los unos de los otros»¹³.

Cuando se combinan el principio de representación con el principio federal y el autogobierno local, la vida política se convierte en un conjunto de asuntos comunes que son tratados y resueltos en común¹⁴. Además, la vida política y la cotidiana vida social se unen en la persona

¹² *Ibid.*, 353-354 (*ibid.*, 182-183).

¹³ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 143.

¹⁴ «Desde el momento en que los asuntos comunes se tratan en común, cada hombre se da cuenta de que no es tan independiente de sus semejantes como se figuraba al principio y que para obtener su apoyo a menudo debe prestarles su ayuda» (*ibid.*, 142).

del ciudadano a través de un cúmulo de circunstancias, que permiten a éste percibir la realidad del poder político como algo próximo, no lejano ni extraño a los intereses inmediatos de su vivir: «Difícilmente se aparta a un hombre de sí mismo para interesarlo en el destino de todo el Estado, porque comprende mal la influencia que la suerte del Estado puede ejercer sobre la suya. Pero si hay que hacer pasar un camino por un extremo de su finca, comprobará al primer vistazo que hay una relación entre ese pequeño asunto público y sus mayores asuntos privados y descubrirá, sin que se le enseñe, el vínculo estrecho que une allí el interés particular al interés general»¹⁵.

¹⁵ *Ibid.*, 143-144.

VIII

LOS RESORTES MORALES DE LA ACCIÓN: UNA COMPARACIÓN ENTRE ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA

A medida que Tocqueville desarrolla la tipología, el binomio aristocracia-democracia, su análisis pasa por distintos parámetros. Al detener su atención en la doctrina del interés bien entendido, Tocqueville quiere dejar constancia que los cambios sociales tienen un reflejo en la autoconciencia moral del ser humano¹. El problema de fondo que aquí se persigue continúa siendo aquél que suscitó el individualismo de un modo acerbo: cómo se puede acercar hasta que se confundan, si resultara posible, el interés particular con el general; cómo lograr que el hombre de los siglos democráticos reconozca en el bien común un bien propio y que merece la pena esforzarse por él exactamente igual que lo hace por su bien particular.

1. La doctrina del interés bien entendido

Tocqueville se hace eco de la doctrina del interés bien entendido y Mill, en su comentario, la da por supuesta. Conviene, por tanto, hacer una brevísima presentación de lo que Tocqueville entiende por ella.

La filosofía moral de los siglos aristocráticos hablaba incesantemente de la belleza de la virtud, de la abnegación y del autosacrificio: es motivo de gloria olvidarse de sí mismo y es conveniente hacer el bien de un modo absolutamente desinteresado. Conforme el individualismo va haciendo mella en la sociedad igualitaria, «los moralistas se asustan de esa idea de sacrificio y no se atreven ya a ofrecerla al espíritu huma-

¹ «Esos diversos cambios en la constitución social y en los gustos de la humanidad no pueden dejar de influir especialmente en las ideas teóricas que los hombres se forman de sus deberes y sus derechos» (*ibid.*, 160).

no. Se limitan a investigar si el provecho individual de los ciudadanos no consistiría en trabajar para la felicidad de todos, y cuando han descubierto uno de esos puntos en que el interés particular viene a encontrarse con el interés general y a confundirse con él, se apresuran a ponerlo al descubierto»². La acumulación de observaciones particulares acaba en la inducción de una doctrina moral, que viene a ser como una doctrina de la armonía entre intereses: «se cree percibir que el hombre se sirve a sí mismo al servir a sus semejantes y que su interés particular es el de hacer el bien»³.

Tocqueville observa que, en los Estados Unidos, casi no se dice que la virtud sea bella ni que sacrificarse por los semejantes sea hermoso. La ética pierde toda dimensión o connotación estética, para afirmarse como una pragmática de la vida que adopta, *de facto*, la forma de una armonía general de intereses. ¿Qué importa que la virtud sea o no bella? «Se sostiene que es útil y todos los días se prueba que es así. Los moralistas americanos (...) han comprendido que en su país y su tiempo el hombre es arrastrado hacia sí mismo por una fuerza irresistible y, perdiendo la esperanza de detenerle, sólo piensan en dirigirle. No niegan que cada hombre se mueva en su propio interés, pero se esfuerzan en probar que el interés de todos consiste en ser honrados»⁴.

La doctrina del interés bien entendido ha convencido a la ciudadanía norteamericana y se ha convertido en parte de su cultura, hasta el punto que los americanos, sostiene Tocqueville, se complacen en explicar la práctica totalidad de sus actos con la ayuda de esta doctrina, que se basa en la correcta ilustración del amor a sí mismo y la búsqueda de la armonía y utilidad general.

El hecho de que esta doctrina moral, de suyo poco fundamentada y elevada –apostilla el francés–, se haya convertido en estilo de vida, o sea, en cultura utilitarista, presenta grandes ventajas: «La doctrina del interés bien entendido no produce grandes abnegaciones, pero sugiere cada día pequeños sacrificios. Por sí sola no podría hacer virtuoso a un hombre, pero forma una multitud de ciudadanos ordenados, comedidos, razonables, previsores y dueños de sí mismos, y si no conduce directa-

² *Ibid.*, 160-161.

³ *Ibid.*, 161.

⁴ *Ibidem.*

mente a la virtud por la voluntad, se le acerca insensiblemente por los hábitos»⁵.

Pensando que la base de la doctrina es la ilustración del egoísmo, hay una evidente superioridad moral de América sobre Europa: «Cada americano sabe sacrificar una parte de sus intereses particulares para salvar el resto. Nosotros queremos tenerlo todo y a menudo todo se nos escapa»⁶.

Una cultura utilitarista o del interés bien entendido exige la instrucción pública del ciudadano. Mill aprendió mucho de su propio pensamiento en esta escuela de vida que representaba la cultura utilitarista norteamericana. La combinación de ignorancia e igualdad hace inviable el proyecto de una cultura basada en la utilidad social: «Si los ciudadanos permanecieran ignorantes y toscos al hacerse iguales, es difícil prever hasta qué estúpidos excesos podría llegar su egoísmo y no se podría decir de antemano en qué vergonzosas miserias se sumirían ellos mismos por miedo a sacrificar algo de su bienestar para la prosperidad de sus semejantes»⁷. La doctrina del interés bien entendido sólo se convierte en cultura realmente, cuando media un esfuerzo positivo y consciente de instrucción pública de los ciudadanos por parte de los poderes públicos: «Instruidlos, pues, a toda costa, porque el siglo de los sacrificios y de las virtudes instintivas huye ya lejos de nosotros y veo aproximarse el tiempo en que la libertad, la paz pública y el orden social mismo no podrán prescindir de la cultura»⁸.

2. Virtud e interés

Tanto Tocqueville como Mill mantienen en su argumentación una neta estructura tipológica. En relación con el parámetro moral que es objeto de su atención, aristocracia y democracia representan dos tipos de conducta moral y a su vez cada uno de ellos tiene su propia doctrina moral típica: «La *belleza* de la virtud es la tesis favorita de los moralis-

⁵ *Ibid.*, 162.

⁶ *Ibidem.*

⁷ *Ibid.*, 163.

⁸ *Ibidem.*

tas bajo la aristocracia; su *utilidad*, bajo la democracia»⁹. De acuerdo con esta estructura tipológica, el binomio fundamental es éste: sacrificio instintivo *versus* sacrificio reflexivo. El estado transicional entre ambos es el simple egoísmo. Por su parte el sacrificio reflexivo, utilitario, requiere la ilustración completa del ciudadano¹⁰, y sólo es posible en esas condiciones. Mill vincula la eficacia social y política de la doctrina moral utilitaria a la progresiva ilustración moral de la especie humana.

Mill sintetiza la posición de Tocqueville en un párrafo que muestra la estilización y el esquematismo propios de una generalización tipológica: «Dentro de una clase compuesta por personas que han nacido en una posición distinguida, los resortes de acción habituales serán muy diferentes de los de una comunidad democrática. Generalizando (...) cabe decir de la primera que sus sentimientos y sus acciones estarán principalmente bajo la influencia del orgullo; de la última, que bajo la del interés. (...) En una, oímos hablar principalmente de la belleza y la dignidad de la virtud, de la grandeza del autosacrificio; en la otra, que la mejor política es la honestidad, del valor del carácter y del interés común de cada ciudadano en el bien de la totalidad»¹¹.

La excelencia moral, añade Mill, no puede consistir realmente ni en el cálculo del propio interés ni en la emoción de la propia glorificación, unilateralmente considerados, aunque, de los dos, es el interés el que más puede contribuir a la excelencia moral.

Por otro lado, la doctrina del interés bien entendido es la que mejor sirve para atemperar tanto el fuerte impulso al gusto por el bienestar físico que caracteriza al estado democrático de sociedad, como «las pasiones que más se aferran a la riqueza, y a lo que la riqueza puede comprar (...)»¹².

El hábito de haber vivido en la abundancia, o de vivir persiguiéndola con ahínco, caracterizan estados de vida diferentes: en el primer caso, el lujo se convierte en *une manière de vivre (sic)* y en el segundo en *le but de la vie (sic)*¹³. A su vez, el modo de referirse habitualmente a las riquezas determina una orientación general de la conducta, que no se escapa a la capacidad de observación milliana: «La aristocracia, cuando

⁹ *Ibid.*, 162, nota 'j'.

¹⁰ Cfr. *ibidem*, nota 'i'.

¹¹ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 357 (C. W., XVIII, 184-185).

¹² *Ibid.*, 359 (*ibid.*, 186).

¹³ Cfr. *ibidem (ibidem)*. Los términos franceses son utilizados por el propio Mill.

ha sido puesta a prueba, ha demostrado en general una maravillosa facilidad para soportar la pérdida de riquezas y comodidades físicas. El verdadero orgullo, alimentado por la elevación que debían a la riqueza, les apoya ante la privación de esta última. Pero para aquellos que han perseguido laboriosamente las riquezas durante la mitad de sus vidas, perderlas equivale a perderlo todo; *une vie manqué*; una desilusión mayor de la que cabe soportar (...) en una democracia no existe pobreza con resignación»¹⁴.

A la vista de esta excelente reflexión, resulta casi obligado traer a colación una idea que se contiene en un manuscrito de Tocqueville: «La doctrina del interés puede enseñar a vivir, pero no a morir»¹⁵. Perduran en Tocqueville los rescoldos de un sentido heroico, glorioso de la vida, como aquello que puede conferir a su vez un significado pleno al hecho de morir. La observación que acabo de citar está en la misma línea de este velado elogio de la virtud aristocrática frente al interés democrático-burgués que se contiene en un manuscrito: «Punto de vista poco elevado desde el que los americanos examinan las acciones humanas. Doctrina del interés seguida en otras partes, *profesada* en América. Esfuerzos por hacer de ella una doctrina social. Consigue, en efecto, hacer marchar cómodamente la sociedad, pero sin grandeza»¹⁶.

3. La pasión por el bienestar material

Mill recoge distintos textos del cap. X de *La Democracia en América* (vol. II, 2ª Parte) –*El gusto por el bienestar material en América*– que conectan perfectamente con las ideas que se acaban de exponer. «La pasión por el bienestar material es esencialmente una pasión de clase media. Crece y se extiende con esa clase; se hace preponderante con ella»¹⁷. Los miembros de una aristocracia de viejo cuño encuentran en el bienestar material no el objeto de su vida, sino una manera de vivir, de la que en un gesto aristocrático de superioridad y desdén pueden incluso prescindir con un orgulloso desprecio por esos goces mate-

¹⁴ *Ibidem (ibidem)*.

¹⁵ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 1653, nota '1'.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ *Ibid.*, 169.

riales. Pues bien, «no he visto nunca entre los ricos de los Estados Unidos ese soberbio desdén por el bienestar material que a veces se encuentra hasta en las aristocracias más opulentas y disolutas»¹⁸. La explicación psicológico-antropológica que da Tocqueville de este hecho resulta fascinante, a mi entender: la pasión que acompaña al esfuerzo por enriquecerse sobrevive al logro de lo larga y arduamente buscado y de ningún modo se apaga con el éxito. La pasión se convierte en lo que el sociólogo Pierre Bourdieu llama un “habitus”: «No son las riquezas, sino el trabajo al que uno se entrega para procurárselas lo que encierra al corazón humano en el gusto por el bienestar»¹⁹.

El espectáculo de toda una nación en la que todos son competidores produce vértigo. Mill comenta: «en una comunidad completa se desarrolla y malgasta una vasta energía pasional»²⁰. No obstante, aunque a todos devore la ambición, casi ninguno es ambicioso a gran escala. «Esa misma igualdad que permite concebir vastas esperanzas a cada ciudadano, hace individualmente débiles a todos los ciudadanos y limita sus fuerzas por todas partes, al mismo tiempo que permite extenderse sus deseos»²¹.

Esa vasta energía pasional a la que se refiere Mill, tiene su origen en la situación de igualdad en que se encuentran los individuos. La constante oposición entre esa pasión dominante de origen igualitario –trabajar por enriquecerse– y los medios –escasos– que la estructura social igualitaria proporciona para satisfacerla, «atormenta y fatiga las almas»²². La expresión social más nítida de semejante tormento es la envidia igualitaria: «La envidia es un sentimiento que no se desarrolla enérgicamente más que *entre iguales*; de ahí por qué es tan común y tan ardiente en los siglos democráticos»²³.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ J. S. MILL, *Sobre “La Democracia en América”*, II, 362-363 (C. W., XVIII, 188).

²¹ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 178.

²² *Ibid.*, 178.

²³ *Ibidem*, nota ‘h’.

Competencia desbordada y envidia igualitaria son, pues, los compañeros inseparables del régimen de clase media²⁴.

²⁴ Para un análisis más detenido del concepto “régimen de clase media”, cfr. M. L. CICALESE, *Democrazia in Cammino. Il dialogo politico fra Stuart Mill e Tocqueville...*, 119-126.

IX

LA PÉRDIDA DE LA POLÍTICA

1. La opción por la igualdad frente a la libertad

Tocqueville ha captado una tendencia de la democracia: provocar un conflicto entre lo social –las condiciones sociales de la igualdad y sus efectos– y lo político –las instituciones políticas y el conjunto de hábitos y costumbres que garantizan la libertad política de los ciudadanos–. El resultado de ese conflicto no sería otro que una pérdida de la política. La tendencia a dicha pérdida se encuentra incoada ya en aquello que llegó a obsesionar al gran pensador francés: por qué en los siglos democráticos la pasión por la igualdad adquiere preponderancia sobre la pasión por la libertad: «Todo el mundo ha observado que en nuestro tiempo, y especialmente en Francia, esa pasión por la igualdad adquiere cada día un lugar mayor en el corazón humano. Se ha dicho cientos de veces que nuestros contemporáneos profesan un amor más ardiente y tenaz por la igualdad que por la libertad, pero no encuentro que todavía se haya uno remontado suficientemente hasta las causas de ese hecho. Yo voy a intentarlo»¹.

Tocqueville llegó a la conclusión de que, en los pueblos y tiempos democráticos, la pasión principal que agita a los hombres es el amor a la igualdad, porque el hecho particular y dominante que singulariza a esas naciones y a esos siglos es también la igualdad: «No hay que preguntar qué encanto singular en vivir iguales encuentran los hombres en las épocas democráticas, ni las razones particulares que pueden tener para ligarse tan obstinadamente a la igualdad antes que a los otros bienes que la sociedad les presenta: la igualdad forma el carácter distintivo de la época en que viven; ello basta para explicar que la prefieran a todo lo demás»².

¹ A. DE TOQUEVILLE, *La Democracia en América II*, 132.

² *Ibid.*, 133.

La pasión por la igualdad invade la totalidad del corazón humano. Tocqueville ha sido testigo de una escena imborrable: ver cómo los hombres se precipitan sobre la igualdad como una conquista largamente añorada y cuyo logro ha costado abrumadores esfuerzos y sacrificios. Una vez conquistada, esos mismos hombres, entregados a una pasión exclusiva, comprometerán todos sus intereses en ella. Es cierto que los pueblos democráticos tienen también un gusto natural por la libertad. «Abandonados a sí mismos, la buscan, la quieren y ven con dolor que se les separe de ella. Pero tienen por la igualdad una pasión ardiente, insaciable, eterna, invencible. Quieren la igualdad en la libertad, y si no pueden obtenerla, la quieren incluso en la esclavitud. Sufrirán la pobreza, la servidumbre, y la barbarie, pero no sufrirán la aristocracia»³.

2. Los peligros de la progresiva igualación de condiciones

John Stuart Mill se propone presentar en forma de esbozo aquellos peligros a los que se exponen los hombres conforme avanzan hacia la igualdad de su condición. De acuerdo con las opiniones de Tocqueville que acabamos de exponer, Mill también detecta la posible pérdida de la política y su genuina libertad en presunto beneficio de la igualdad social, y lo hace de un modo específico: la pérdida del irremplazable valor de la individualidad: «a medida que avanza la democracia, las opiniones de los hombres acerca de la mayor parte de los temas de interés general vendrán más arraigadas y más difíciles de cambiar en comparación con cualquier período anterior, de modo que los hombres corren cada vez más peligro de perder el valor moral y el orgullo de ser independientes que les hace desviarse del sendero trillado al especular o en su conducta»⁴.

El trasunto político de esta lamentable pérdida del valor de la individualidad, es la constitución de un poderoso gobierno central que asume cada vez mayor capacidad de control social al adquirir la función de órgano del modo general de sentir y pensar⁵. Es preciso, por consiguien-

³ *Ibid.*, 134-135.

⁴ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 363 (C. W., XVIII, 188).

⁵ «Hay que comprender que, hasta en lo político, sintiendo los individuos su insignificancia personal, e imaginando una idea proporcionalmente más vasta de la importancia de la sociedad en sentido amplio; celosos, además, los unos de los otros, pero no del

te, «enfrentarse a la tendencia de la democracia a rebajar la individualidad, y a circunscribir el ejercicio de las facultades humanas a estrechos límites»⁶.

La individualidad autónoma como el valor más genuino de una sociedad liberal será lo que Mill defiende con ardor y hasta vehemencia en su *Ensayo sobre la Libertad*. Aquí, el libre desarrollo de la individualidad se asocia explícitamente a la protección del libre ejercicio de la razón, a la libertad moral del individuo y al esfuerzo por sostener las metas más elevadas de la filosofía y el arte⁷.

Al sostener estas elevadas metas, Mill está glosando las últimas páginas de la segunda *Democracia*; justamente aquéllas en las que Tocqueville sostiene que, en los siglos aristocráticos, cuando los particulares eran sumamente poderosos, la autoridad social estaba debilitada y la imagen de la sociedad quedaba oscurecida y difuminada en medio de poderes diferentes, la principal tarea civilizadora consistió en aumentar y fortificar el poder social. «Fijar al poder límites extensos, pero visibles e inmóviles, dar ciertos derechos a los particulares y garantizarles el goce indiscutido de esos derechos, conservar al individuo la poca independencia, fuerza y originalidad que le quedan, alzarlo al lado de la sociedad y sostenerlo frente a ella; tal me parece el primer objeto del legislador en la época en que entramos»⁸.

Tres son los principales correctivos que Mill propone contra los males políticos que acechan a la democracia: la educación popular, el espíritu de libertad y la acción de los espíritus superiores.

El espíritu de libertad debe fomentarse por la extensión y diseminación de los derechos políticos. El espíritu de libertad crece al calor de la ley y se robustece, cuando el sentido e interiorización de la ley en el cuerpo de ciudadanos crece en extensión e intensidad.

poder central que tiene su origen en la mayoría, o que es al menos el fidedigno representante de su deseo de aniquilar todo poder intermedio, esos individuos permitirían que el gobierno central asumiese cada vez más control, que acaparase cada vez más los asuntos de la sociedad; y que, a condición de que se haga a sí mismo el órgano del modo general de sentir y pensar, sufrirían que sustituyese a los hombres en el cuidado de sus propios intereses, y los mantuviese bajo cierta tutela; pisoteando mientras tanto con considerable temeridad, tan a menudo como convenga, los derechos de los individuos, en nombre de la sociedad y del bien público» (*ibidem; ibidem*).

⁶ *Ibid.*, 365 (*ibid.*, 189).

⁷ Cfr. *ibidem (ibidem)*.

⁸ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 385.

La verdadera educación popular es obra de las instituciones democráticas. Organizar la democracia sobre la base de instituciones democráticas estables es el gran problema político que Tocqueville y Mill consideran necesario abordar. «Debiera buscarse e idearse, y debiera fomentarse por todos los medios que se lleve a la práctica esa forma de democracia que, por un lado, ejercita y cultiva más la inteligencia y la actividad mental de la mayoría; y, por otro, quebranta los precipitados impulsos de la opinión pública, mediante la demora, el rigor de las formas y la discusión en contra»⁹. Conviene advertir que Mill deforma un tanto el pensamiento de Tocqueville cuando habla de *educación popular*. Esta noción es de inspiración positivista. La noción que Tocqueville propone es la de *educación política*.

Finalmente, su defensa de la acción de los espíritus superiores no deja de ser una constante de su pensamiento. La encontramos en sus primeras obras, y, tras la influencia de Coleridge, aparece en el concepto de élite o clerecía intelectual. No obstante, el sustrato positivista de este concepto –el equivalente a *les savants*– es notable; lo mismo que Condorcet, Saint-Simon y Comte, Mill sostenía la idea de la subordinación de la sociedad a las leyes naturales del desarrollo histórico, del progreso. Si todos ellos buscaban en el pasado los principios motores de la evolución o civilización humanas (recuérdese el ensayo de Mill, *Civilización*), era para que el futuro quedase abierto a la intervención de los espíritus superiores. El progreso humano se desarrollaba de manera equilibrada, y no revolucionaria, y el desarrollo constituía una fuerza autónoma para la mejora, si bien el ritmo de este desarrollo podía acelerarse o retrasarse. La función de los espíritus superiores era obviamente acelerarlo lo más posible.

Lo que Mill aporta de novedad a este planteamiento consiste en afirmar que, en una democracia, los espíritus superiores deberían dedicar sus máximas energías a una defensa de la individualidad y sus potencialidades culturales, intelectuales y morales.

⁹ J. S. MILL, *Sobre "La Democracia en América"*, II, 364 (C. W., XVIII, 189).

X

EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA. DEMOCRACIA Y CIVILIZACIÓN

«La democracia es un fenómeno demasiado reciente y de magnitud demasiado importante, para que nadie que viva hoy comprenda sus consecuencias»¹. Mill emprende la recta final de su recensión a la obra de Tocqueville acerca de la democracia, con un procedimiento retórico que sirve de obertura a una crítica.

El procedimiento retórico consiste, en primer lugar, en subrayar la incertidumbre que está unida inexorablemente a toda predicción: «los sabios no aventurarán una opinión, en lo que se refiere al destino de la humanidad bajo el nuevo signo democrático, sin unir a tales predicciones una profunda sensación de incertidumbre»²; y, en segundo lugar, en justificar la pertinencia de la crítica a las opiniones de Tocqueville en el propio espíritu con el que este último trata la democracia y sus tendencias inmediatas, y que no es otro que fomentando aquéllas que sean saludables y contrarrestando las dañinas. «El objetivo del señor de Tocqueville al escribir, consistió en exhortar a los hombres a ello y ayudarles a hacerlo; con el mismo espíritu nos atrevemos ahora a hacerle una crítica; a señalar una corrección que pensamos que necesitan sus puntos de vista; y debido a cuya falta presentan ocasionalmente un aire de hipersutileza y falso refinamiento que excita la desconfianza de los lectores comunes, y hace aparecer a las propias opiniones menos ciertas, y prácticamente menos importantes de lo que, nos parece, realmente son»³.

¹ *Ibid.*, 367 (*ibid.*, 190).

² *Ibid.*, 368 (*ibid.*, 191).

³ *Ibidem* (*ibidem*).

1. Democracia y civilización comercial: el sentido de la crítica de J. S. Mill a Tocqueville

De un modo no inusual, Mill deja la crítica para el final. Como tendremos ocasión de ver la objeción de fondo que dirige a Tocqueville estriba en lo siguiente: la generalización típica de la democracia que se construye a partir del caso particular de la democracia norteamericana es indebida, no está bien hecha, pues podemos encontrar ejemplos que la contradicen. Esta es la cuestión de fondo, que no necesariamente coincide con la forma de presentarla, que es ésta: «el señor de Tocqueville ha confundido, al menos aparentemente, los efectos de la democracia con los efectos de la civilización. Ha relacionado en una única idea abstracta el conjunto de las tendencias de la moderna sociedad comercial, y les ha dado un solo nombre: democracia; por eso, cabe suponer que atribuye a la igualdad de condiciones varios de los efectos que afloran naturalmente del mero progreso de la prosperidad nacional, en la forma en que se manifiesta tal progreso en los tiempos modernos»⁴.

Así pues, la objeción milliana, en el tenor de la letra, consiste en que Tocqueville habría confundido el movimiento de igualación democrática con las diversas tendencias de la sociedad comercial moderna. Tal como Mill lo expresa, Tocqueville habría atribuido a la igualdad de condiciones ciertos efectos que son propios del progreso de la prosperidad nacional. «Es cierto, sin duda, que la tendencia a la igualación de condiciones constituye una entre las tendencias de la civilización comercial, y no la menos conspicua. (...) Pero esta creciente igualdad sólo constituye uno de los rasgos de la civilización progresiva; uno de los efectos fortuitos del progreso de la industria y la riqueza: un efecto de la máxima importancia y que (...) reacciona de mil maneras sobre los demás efectos, aunque no por ello deba ser confundido con la causa»⁵.

El resultado de la confusión en que incurriría Tocqueville, según Mill, es la atribución indebida a la democracia de lo que, en realidad, son los efectos sociales de la civilización comercial. No hace falta gran agudeza para advertir que la crítica a Tocqueville se presenta a su vez como una sutil defensa de la igualación democrática frente a un público –el conservadurismo inglés– poco dispuesto en principio a atender las

⁴ *Ibid.*, 368-369 (*ibid.*, 191-192).

⁵ *Ibid.*, 369 (*ibid.*, 192).

sutilezas y refinamientos analíticos del teórico francés. El procedimiento milliano consistirá en desplazar los efectos que, según él, Tocqueville atribuye con carácter exclusivo a la democracia, a una causa distinta: el progreso de la civilización comercial y la prosperidad nacional. Para probar su tesis Mill recurre a una larga argumentación que voy a sintetizar y ordenar en unos cuantos puntos para su mejor comprensión. Mi exposición será completamente descriptiva. Cuando la finalice, habrá que ver si la crítica de Mill es legítima o no.

a) *Igualdad, sin civilización comercial: el caso de Canadá*

«En efecto, está tan lejos de ser admisible que la *mera* igualdad de condiciones constituya el resorte principal de estos fenómenos morales y sociales que ha descrito el señor de Tocqueville que, cuando en alguna ocasión poco habitual se nos muestra la igualdad de condiciones en sí misma, separada de ese estado comercial de la sociedad y de ese progreso de la industria, con los que es naturalmente concomitante, produce pocos o ninguno de los efectos morales que se le atribuyen. Consideremos, por ejemplo, a los franceses del Bajo Canadá»⁶. Mill aduce que, en el caso citado, la igualdad de condiciones es más universal y acusada que en los Estados Unidos y sin embargo no se dan los efectos sociales, morales y de pensamiento que, según él, Tocqueville le atribuye. Así pues, Canadá refuta con creces que sea ésta la causa exclusiva o siquiera la principal.

b) *Desigualdad, con civilización comercial: el caso de Inglaterra*

«La otra cara del experimento la encontramos sólo con mirarnos. De todos los países en estado de civilización comercial progresiva, es en Gran Bretaña donde la igualación de condiciones ha hecho menos progresos. Los extremos de riqueza y pobreza están muy considerablemente separados, y hay un grupo de personas mucho más numeroso a cada extremo que en cualquier otra comunidad comercial. (...) Continuamente se acumulan grandes fortunas, y rara vez se redistribuyen. Por tanto, a

⁶ *Ibidem (ibidem)*.

este respecto es Inglaterra el más absoluto contraste de los Estados Unidos. Pero es la segunda después de Norteamérica, y no muy inferior a ella, en prosperidad comercial, en el crecimiento rápido de la industria y la riqueza»⁷.

Mill considera que los caracteres morales e intelectuales que Tocqueville describe en el pueblo norteamericano son, en realidad, los mismos, aunque un poco exagerados, que los que presenta la clase media inglesa. Únicamente encuentra una diferencia: el respeto que aún inspira la aristocracia en la sociedad inglesa. En lo que respecta a los demás aspectos, Mill efectúa una amplia enumeración de cuestiones que acercan la realidad social y moral inglesa a la norteamericana: «Por ejemplo, esa completa indeterminación de la posición social de los individuos; ese pisarse los talones unos a otros; esa habitual insatisfacción de cada uno respecto a la posición que ocupa, y el ansioso deseo de entrar a empujones en la siguiente por encima de ella... ¿no se ha convertido esto, no se está convirtiendo cada vez más, en una característica inglesa? A los extranjeros, e incluso a los ingleses que hayan retornado recientemente de un país extranjero, les parece como si en Inglaterra, igual que en Norteamérica, no tuvieran todos más que un deseo: mejorar su condición, jamás disfrutar de ella; como si ningún inglés se preocupase de cultivar ni los placeres ni las virtudes correspondientes a su lugar en la sociedad, sino solamente de salir de ella tan rápidamente como sea posible; o, si esto no puede hacerse, y hasta que se haga, *aparentar* haber salido de ella. Considera una peculiaridad democrática «la hipocresía del lujo», como llama el señor de Tocqueville al mantenimiento de las apariencias más allá del propio gasto real. Ciertamente constituye una peculiaridad inglesa. La clase más alta de todas está, en efecto, como cabía esperar, comparativamente exenta de estas malas peculiaridades. Pero la misma existencia de tal clase, cuyas inmunidades y privilegios políticos son accesibles gracias a la riqueza, tiende a agravar la lucha de las demás clases por la posesión de ese pasaporte hacia una consideración completamente distinta; y tal vez se necesite el ejemplo de Norteamérica para demostrar que la «búsqueda sin descanso de la riqueza» puede prevalecer tan intensamente allí donde no existan distinciones aristocráticas que inciten a ella»⁸.

⁷ *Ibid.*, 370 (*ibid.*, 193).

⁸ *Ibid.*, 371-372 (*ibid.*, 193-194).

c) *El poder social de la clase media en Inglaterra*

Mill encuentra una causa inmediata para el resto de las tendencias que describe Tocqueville: la creciente insignificancia de los individuos en comparación con la masa. Esta insignificancia lleva a los individuos, cualquiera de ellos –incluso los más aristocráticos–, a actuar en el interior de su propia clase y defendido por ella, si es que quiere obtener alguna ventaja social. Nadie se salva de esa ley: las acciones cotidianas de cualquier aristócrata caen cada vez más bajo el yugo de la opinión burguesa. «Apenas nada depende hoy de los individuos, sino que todo depende de las clases; y, entre las clases, principalmente de la clase media. Esa clase constituye hoy el poder de la sociedad, el árbitro de la fortuna y el éxito. (...) Es la clase media la que premia hoy hasta la literatura y el arte (...). En consecuencia, todos los efectos intelectuales que atribuye el señor de Tocqueville a la democracia están teniendo lugar bajo la democracia de la clase media»⁹.

A su vez, las influencias morales y sociales que analiza Tocqueville en relación con la democracia, deberían ser reconducidas más bien al hecho de que esta clase media, profundamente imbuida de un espíritu comerciante, ostenta un carácter preponderante tal en la sociedad, que carece de los necesarios contrapesos que podrían equilibrar su acción y su protagonismo. «Dejemos que se afiance la idea en las mentes más generosas y cultivadas, de que el peligro más grave para las futuras perspectivas de la humanidad radica en la desequilibrada influencia del espíritu comerciante; dejemos que los políticos y maestros públicos más sabios y de mejor corazón contemplen como su tarea más urgente el proteger y fortalecer lo que quiera que pueda configurar, en el corazón del hombre o en su vida exterior, un freno saludable a las tendencias exclusivistas de ese espíritu; y no sólo debiéramos tener testimonios individuales contra él de aquellos que, en todas las formas del genio, tienen el privilegio de dirigirse no solamente a su mismo siglo, sino a todo tiempo; así también se configuraría gradualmente, por sí misma en adelante, una educación nacional que, sin pasar por alto ninguno de los demás requisitos del bienestar humano, se adaptase a este propósito en particular»¹⁰. La reiterada referencia milliana a la tarea de los espíritus superiores se debe, en buena parte, a su convicción del poder y la efec-

⁹ *Ibid.*, 373-374 (*ibid.*, 195).

¹⁰ *Ibid.*, 378 (*ibid.*, 198).

tividad histórica de las ideas, que poseen una capacidad configuradora del devenir social: «Los cambios económicos y sociales, aun los mayores, no son las únicas fuerzas que configuran el curso de nuestra especie; las ideas no siempre son meros signos y efectos de circunstancias sociales: son en sí mismas un poder en la historia»¹¹.

Mill insiste en que el necesario equilibrio social en un país comerciante y en el que ha desaparecido el espíritu militar radica en la existencia y compensada relación de tres clases: una clase agrícola, una clase ociosa y una clase culta. En la práctica es un enfoque del equilibrio social que podríamos denominar “mixto”.

Las tendencias naturales de una clase agrícola son en muchos aspectos el reverso de las clases industrial y comerciante. Su situación más dispersa y una actividad mental menos dada a la innovación y a la crítica, más tradicional en suma, le llevan a respetar y aceptar una guía con mejor disposición que las otras clases. Esta es la primera tendencia que restablece el equilibrio social: la capacidad de aceptar la autoridad exterior. La segunda es que se trata de la clase que tiene ataduras locales, y donde hay apego a un lugar, se da también el apego a una ocupación y a las personas que se asocian a esos lugares. La visión milliana de la profesión industrial y comercial es negativa, como puede verse en este texto: «Un industrial o un comerciante, a menos que pueda dejar atrás a los demás, sabe que los demás le dejarán atrás a él, y le arruinarán; al paso que, en el fastidioso trabajo al que se somete como medio de ganarse la vida, no hay nada agradable sobre lo que fijarse, excepto el fin último»¹².

Mill caracteriza al agricultor como un agente social capaz de introducir serenidad y moderación en la forma de vivir las ambiciones, en una sociedad crecientemente caracterizada por la movilidad, la competitividad y la intemperancia. «Nuestra población urbana, ya ha sido muy recalado, se está haciendo tan móvil y casi tan inquieta como la norteamericana. No debiera ocurrir así con nuestros agricultores; deben ser el elemento equilibrador de nuestro carácter nacional; debieran representar el tipo opuesto al comerciante: el de los deseos moderados, gustos tranquilos, cultivo de las emociones y los placeres más a mano, y compatibles con su posición»¹³.

¹¹ *Ibidem (ibidem)*.

¹² *Ibid*, 379 (*ibid.*, 199).

¹³ *Ibid.*, 380 (*ibidem*).

La importancia que Mill otorga a esta clase social y a su función es tan grande que llega a considerar un trabajo del gobierno o de las clases superiores la difusión de la información y de la inteligencia, pues, «para que la población agrícola pueda contar para algo en la política, o contribuir con su parte a la formación del carácter nacional, resulta absolutamente necesario que esté educada»¹⁴.

Del mismo modo que sucede con la clase agrícola, el interés milliano por las otras dos –la ociosa y la culta– radica en «las capacidades que tienen para controlar el exceso de espíritu comerciante con otro contrario (...)»¹⁵. Además, una de las grandes ventajas de Inglaterra sobre Norteamérica es que posee ya ambas clases, y que es del máximo interés para el futuro inglés que se conserven y que cada vez estén mejor cualificadas. La preocupación por el equilibrio y la compensación entre los diferentes espíritus de las clases, lleva a Mill a una curiosa mezcla de conservadurismo y utilitarismo.

La defensa que hace Mill de las clases agrícola, ociosa y culta se emparenta, según algunos intérpretes, con la tradición conservadora inglesa (Burke y Coleridge). Parece claro su afán por afirmar el carácter nacional de Inglaterra sobre esas clases y hacerlo precisamente frente a un efecto de “colonización de vuelta” del carácter norteamericano. Aunque el texto sea sutil, resulta revelador de una preocupación típica del conservadurismo inglés del momento: «Si creyéramos que el carácter nacional de Inglaterra, en vez de reaccionar contra el carácter norteamericano y elevarlo, está asimilándose gradualmente a esos puntos del mismo que ven con la mayor inquietud los mejores y más sabios norteamericanos, no constituiría un consuelo para nosotros pensar que tal vez pudiéramos evitar las instituciones norteamericanas; pues tendríamos todos los efectos de sus instituciones, excepto los que son beneficiosos»¹⁶.

El problema social del futuro inmediato estriba, por tanto, en que una clase media dominada por los hábitos e instintos de una comunidad comerciante gobierne sin limitaciones. Entiéndase bien que, para Mill, el problema no radica tanto en la preponderancia de un determinado tipo de clase democrática, sino en la de cualquier clase, la que sea. El predominio de una clase sobre las demás induce un proceso de homo-

¹⁴ *Ibidem (ibidem)*.

¹⁵ *Ibid.*, 381 (*ibidem*).

¹⁶ *Ibidem (ibid., 200)*.

geneidad social, cuya consecuencia más significativa es la paralización del progreso social. Así pues, este último no sólo está vinculado al espíritu de libertad y al progreso y difusión de las luces, sino también a la heterogeneidad social.

d) *La heterogeneidad social, condición de posibilidad del progreso*

«El mal no está en la preponderancia de una clase democrática, sino en la de cualquier clase. Los defectos que el señor de Tocqueville destaca en el norteamericano, y que vemos en la mentalidad inglesa moderna, son los corrientes de una clase comerciante. La parte de la sociedad que predomina en Norteamérica, y la que está adquiriendo predominio aquí, la mayoría norteamericana, y nuestra clase media, coinciden en ser clases comerciantes. El primer país está dando un ejemplo completo, y el otro progresivo, de que cuando quiera que cualquier variedad de la naturaleza humana deviene preponderante en una comunidad, impone su propio tipo al resto de la sociedad, forzando a todos a someterse a ella o a imitarla»¹⁷. Tras esta observación se encuentra toda una teoría de la civilización.

Reiteradamente hemos visto en estas páginas referencias de Mill a China como una sociedad estática; como si en ella el progreso se hubiera detenido. Pues bien, no es exclusivo de China, advierte Mill, que una comunidad homogénea se estanque, deje de caminar por la senda del progreso. La razón de semejante estancamiento radica en que la homogeneidad social conlleva una notable pérdida de poder social. «Las diferencias entre un hombre y otro no equivalen a un principio de progreso, pero casi parecen ser el único principio. El señor Guizot ha destacado profundamente que la corta duración o el crecimiento atrofiado de las primeras civilizaciones deriva de esto, de que en cada una de ellas existía exclusivamente un único elemento de mejora humana, o que existía alguno tan preponderante que dominaba a todos los demás; por lo que la comunidad, tras realizar rápidamente todo lo que ese único

¹⁷ *Ibid.*, 376 (*ibid.*, 196).

elemento podía hacer, o parecía por falta de lo que no podía hacer, o se detenía, y se quedaba inmóvil»¹⁸.

Sería equivocado suponer que el destino inexorable de Europa es el progreso, como si tal destino estuviera gobernado por leyes mecánicas o en él se cumpliera la ley objetiva de una idea. Mill recoge aquí una versión de la ley del progreso que debe mucho a Montesquieu, según la cual son una serie de circunstancias las que, combinadas de un modo que no ha vuelto a repetirse en la historia, ha generado eso que llamamos “familia europea de naciones”. «Constituiría un error suponer que ése no pudiera ser posiblemente nuestro destino. En la generalización que la «ley del progreso» declara ser un atributo inherente a la naturaleza humana, se olvida que la familia europea de naciones es la única que, entre los habitantes de nuestra tierra, alguna vez ha mostrado cierta capacidad de mejora espontánea, más allá de un cierto bajo nivel. Cuidémonos de suponer que debemos esta peculiaridad a alguna necesidad de la naturaleza, y no más bien a combinaciones de circunstancias, que no han existido en ninguna otra parte, y que puede que no existan para siempre entre nosotros. El espíritu de comercio e industria es uno de los grandes instrumentos, no sólo de la civilización en su sentido más restringido, sino del progreso y de la cultura en su sentido más amplio: a éste, o a sus consecuencias, debemos casi todo lo que distingue ventajosamente al período actual de la Edad Media. Mientras existieron otros elementos coordinados de mejora junto a este último, haciendo lo que dejaba sin hacer, y manteniendo sus tendencias exclusivistas en equilibrio, gracias a un orden de sentimientos, principios de acción, y modos de pensar opuestos –durante ese tiempo fueron incalificables los beneficios que confirió a la humanidad–. Pero el ejemplo y la teoría justifican por igual la expectativa de que, con su completa preponderancia, comience una era de estancamiento o de declive»¹⁹.

El estancamiento o el declive sociales están asociados a la homogeneidad, o lo que es igual, a la preponderancia de un solo tipo de clase y un solo tipo de espíritu: el comercial. Norteamérica aporta un ejemplo completo e Inglaterra, otro progresivo de que el predominio de un tipo de clase, con su propio espíritu y su propio principio de acción, sentimiento e inteligencia, genera un efecto de imitación en los demás gru-

¹⁸ *Ibid.*, 376-377 (*ibid.*, 197).

¹⁹ *Ibid.*, 377 (*ibid.*, 197).

pos sociales, por el que terminan sometiéndose a ella²⁰. Aquí se produce una sustancial pérdida de las posibilidades humanas de acción social, es decir, una pérdida de poder social y el consiguiente estancamiento. La naturaleza canaliza entonces sus virtualidades civilizadoras únicamente a través de un vector de fuerza, perdiéndose los demás. «El ascendiente de la clase comerciante en la sociedad y la política modernas es inevitable y, bajo las debidas limitaciones, no debe ser considerada un peligro. Esa clase es la más poderosa; pero no por eso necesita ser todopoderosa. El gran problema del gobierno consiste hoy, como siempre, en impedir que los más fuertes se conviertan en el único poder; y reprimir la tendencia natural de los instintos y pasiones del cuerpo gobernante a suprimir todas las barreras que sean capaces de resistir, aunque sólo sea por un momento, a sus propias tendencias. De ahora en adelante cualquier poder equilibrador podrá existir solamente con el consentimiento de la clase comerciante; pero consideramos tan importante que tolere alguna limitación de este tipo como que no se considere esta última un vasallaje»²¹.

Hasta aquí la crítica que Mill dirige a Tocqueville. Como podrá ver el lector, me he limitado a ordenar en lo posible los propios textos millianos y “dejarles hablar”. Ahora se trata de ver cuán justificada está la crítica tanto en su misma formulación como por referencia a los textos de Tocqueville.

2. Democracia y espíritu comercial

Una primera conclusión que arroja la lectura y estudio de la crítica que formula Mill al final de su recensión es que, aun suponiendo que todos los efectos –en el orden intelectual, moral y de sentimientos– que Tocqueville hace depender de la igualdad, pudieran ser deducidos del espíritu comercial de la clase media, lo cual es mucho suponer, su modo de proceder sigue siendo el mismo que el de Tocqueville: relacionar en una sola idea abstracta el conjunto de tendencias de la moderna sociedad comercial. La diferencia sería que, mientras Tocqueville denomina *democracia* a esa idea abstracta, Mill la llama *civilización comercial* o

²⁰ Cfr. *ibid.*, 376 (*ibid.*, 196).

²¹ *Ibid.*, 382 (*ibid.*, 200).

espíritu comercial de la clase media. Por lo demás, el “modus operandi” de los dos es el mismo.

Parece conveniente recordar aquí tres importantísimas observaciones, muy especialmente la tercera, que figuran en los manuscritos que Tocqueville redactó para lo que iba a ser el prefacio del segundo volumen y que se quedó en una escueta advertencia, por lo que ese numeroso material ya preparado quedó inédito, pero refleja muy bien su pensamiento:

a) «No pretendo achacarlo todo a la igualdad, sino solamente mostrar dónde actúa»²².

b) «Idea del prefacio o del último capítulo. Que la democracia no es la causa de todo, pero que se mezcla en todas las cosas y forma parte de todas las causas»²³.

c) «Gran dificultad en distinguir lo que es *democrático, comercial, inglés y puritano*. Exponer en el prefacio.

Mi tema principal no es *América*, sino la *influencia de la democracia en América*. De ahí resulta que de las cuatro causas enunciadas, la única en que me debo apoyar sería y ampliamente es la *democrática*.

[En el margen: Veo todas las demás causas, pero no considero más que la democrática].

Si entre las diversas causas elijo siempre de preferencia para ocuparme de ella la causa democrática, que no se me acuse de ser un espíritu exclusivo.

No creo que haya que tratar aparte las causas *comerciales, inglesas y puritanas*. Pienso solamente que, en el curso del libro, hay que mostrar que las conozco y las aprecio»²⁴.

No me cabe duda que, si Mill hubiera conocido estos textos, se habría dado cuenta que la idea central de su crítica –la confusión de los efectos de la democracia con los efectos de la civilización comercial– no es pertinente. Lo que sí cabe hacer es ver unos mismos efectos desde

²² A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 13, nota ‘e’.

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Ibid.*, 11, nota ‘a’.

la perspectiva igualitario-democrática o desde la perspectiva comercial, y eso es exactamente lo que sostiene Tocqueville en el último texto citado. A la luz de su opción metodológica, no excluyente, por una causa que de algún modo está mezclada con todas las demás, las posturas de Mill y de Tocqueville son mucho más coincidentes de lo que cabría pensar tras la lectura de la crítica milliana.

No obstante cabe detener más nuestra atención en otros aspectos. En una carta del 30 de Agosto de 1838, en la que anuncia a Royer-Collard que acaba de terminar la redacción de su obra, Tocqueville afirma: «Ahora que puedo ver más de cerca el conjunto del libro, percibo que en él se cuestionan mucho más los efectos generales de la igualdad sobre las costumbres que los efectos particulares que produce en América. ¿Es esto un mal?»²⁵. Realmente no puede decirse que sea un mal, pero sí una dificultad añadida a la comprensión del libro y muy especialmente de la segunda mitad. No resulta sencillo mantener la perspectiva generalizadora que Tocqueville adopta. Con frecuencia sus tesis pasan a ser entendidas en función de sus efectos particulares.

Creemos que Tocqueville distingue el camino hacia un estado social y un gobierno democráticos del progreso de la civilización, aunque establezca una relación entre los tres aspectos: «El gobierno democrático, que se funda sobre una idea tan simple y tan natural, supone siempre, sin embargo, la existencia de una sociedad muy civilizada y muy sabia. A primera vista se le creería contemporáneo de las primeras edades del mundo; mirándolo de cerca se descubre fácilmente que no ha debido venir sino al final»²⁶.

También Tocqueville conocía las lecciones de Guizot y, como observa Lamberti, en ellas «había encontrado (...) una noción dinámica de la civilización y la idea de que el reino de las clases medias en Francia era el cumplimiento de un nuevo progreso de la civilización»²⁷. Ahora bien, una de las tesis centrales precisamente de la publicación de 1840 es que el progreso de la democracia y el de la libertad de espíritu no están necesariamente asociados el uno al otro: en determinadas circunstancias la democracia extingue la misma libertad intelectual que el estado social democrático favorece. Existe en las sociedades democráticas

²⁵ A. DE TOCQUEVILLE, *Correspondance d'Alexis de Tocqueville avec P.-P. Royer-Collard et avec J.-J. Ampère*, O. C., XI, 71.

²⁶ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, I, 201-202.

²⁷ J. C. LAMBERTI, *op. cit.*, 196.

el riesgo evidente de una esclerosis intelectual como la que paralizó China, por razones del conformismo intelectual y la orientación casi exclusiva del espíritu hacia la práctica con la consiguiente pérdida del gusto por la teoría. ¡Hay que retener al espíritu humano en la teoría, clama Tocqueville! El texto, aunque extenso, merece ser citado completo; es una muestra del indudable talento de Tocqueville: «Si las luces que nos alumbran hubiesen de extinguirse alguna vez, se oscurecerían poco a poco y como por sí mismas. A fuerza de encerrarse en la aplicación, se perderían de vista los principios, y cuando se hubieran olvidado completamente los principios, se seguirían mal los métodos que se derivan de ellos, no se podrían inventar ya otros nuevos y se emplearían sin inteligencia y sin arte sabios procedimientos que ya no se comprenderían».

Cuando hace trescientos años los europeos arribaron a China, comprobaron que casi todas las artes habían logrado en ella un cierto grado de perfección y se sorprendieron de que, habiendo llegado a ese punto, no estuviesen más avanzadas. Más tarde descubrieron los vestigios de algunos conocimientos superiores que se habían perdido. La nación era industrial, en su interior se habían conservado la mayor parte de los métodos científicos, pero la propia ciencia no existía ya. Eso les explicó la especie de inmovilidad singular en que habían encontrado el espíritu de ese pueblo. Los chinos, al seguir la huella de sus padres, habían olvidado las razones que habían dirigido a éstos. Se servían todavía de la fórmula sin investigar su sentido, conservaban el instrumento, pero no poseían ya el arte de modificarlo y de reproducirlo. Los chinos no podían cambiar nada. Debían renunciar a mejorar. Estaban obligados a imitar siempre y en todo a sus antepasados para no caer en las tinieblas impenetrables si se apartaban un ápice del camino que estos últimos habían trazado. La fuente de los conocimientos humanos estaba casi agotada, y aunque el río corriese todavía, no podía ya aumentar su caudal ni cambiar su curso»²⁸.

Tocqueville, lo mismo que Mill, piensa que, en virtud del dominio social de las clases medias, de sus pasiones y hábitos mentales, las sociedades democráticas podrían caer en un estado estacionario similar al de China. Ese riesgo no es una fatalidad. Más bien, como sugiere Lamberti, los efectos de la igualdad sobre la cultura son ambivalentes²⁹ y

²⁸ A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 75.

²⁹ Cfr. J. C. LAMBERTI, *op. cit.*, 197.

podrían conducir ya sea a la decadencia, al progreso o bien a un estado de equilibrio “chino”, en el que las fuerzas sociales se anularían unas a otras. Así pues, de ningún modo confunde Tocqueville el camino de la igualdad y el progreso de la civilización, por más que la libertad sea en cualquier caso una condición necesaria del progreso.

3. Progreso económico e igualdad democrática

La ambivalencia moral de la democracia encuentra un notable paralelismo en la ambigüedad que Tocqueville otorga al progreso económico. Tampoco desde este punto de vista progreso económico e igualdad democrática se confunden en su pensamiento.

Como ha sido puesto de manifiesto en reiteradas ocasiones, Tocqueville, aunque liberal en materia política, conserva una cierta distancia y hasta prevención respecto del liberalismo económico. La ambigüedad del destino que afecta al progreso económico de las sociedades democráticas radica en esa disyuntiva con la que se cierra la última página de la *Democracia*: prosperidad o miseria³⁰.

Ahora bien, con ser todo esto claro, donde mejor se pone de manifiesto que, a sus ojos, progreso económico e igualdad democrática no son dos procesos intercambiables y, por tanto, que no se les puede confundir, es en su análisis de la industria y la aparición de una aristocracia industrial.

«Todas las sociedades que nacen empiezan por organizarse aristocráticamente. La industria sufre esa ley en este momento. La industria de nuestros días deja ver todas las ventajas y todos los inconvenientes inherentes a la aristocracia»³¹. Tocqueville dedica el capítulo XX de la Segunda Parte (Volumen II) al análisis de *Cómo la aristocracia podría surgir de la industria*. Posteriormente, en la Tercera Parte, volverá sobre la misma cuestión, en el capítulo VII, *Influencia de la democracia sobre los salarios*. En ambos capítulos la tesis principal es la misma: una vez que la aristocracia ha sido expulsada de la sociedad política, se ha reti-

³⁰ Cfr. A. DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, II, 392.

³¹ *Ibid.*, 233, nota 4ª.

rado a ciertas partes del mundo industrial y allí ha establecido su imperio bajo otra forma no menos poderosa que la anterior³².

Ciertamente el surgimiento de esa aristocracia es el nacimiento de «un monstruo en el conjunto del estado social»³³. La acumulación de capital y la rigurosa aplicación de la división del trabajo contribuyen poderosamente a crear una nueva clase opulenta y aristocrática, que tiene el fundamento de su eficacia en la creciente asimetría entre quien manda y quien obedece, entre quien tiene una visión general de las cosas y quien sólo tiene fuerza física o, en el mejor de los casos, una percepción restringida del proceso productivo. «Se descubre continuamente que los hombres más opulentos y más cultos consagran a la industria sus riquezas y su ciencia y que buscan satisfacer los nuevos deseos que se manifiestan en todas partes abriendo grandes talleres y dividiendo rigurosamente el trabajo»³⁴.

La paradoja social resulta abrumadora: conforme la masa de la nación se toma más democrática, más igual, la clase particular que se ocupa de la industria se hace más aristocrática. La simbiosis de indiferenciación (igualación) y diferenciación resulta absolutamente sorprendente. Más sorprende todavía, cuando lo que se ve nacer –la aristocracia– lo hace del interior mismo de la democracia.

Basta este argumento para desmontar toda posible confusión entre progreso económico e igualación democrática. Que en el interior del primer proceso pueda aparecer una involución aristocrática señala bien a las claras que Tocqueville no ha confundido ambos procesos.

³² Cfr. *ibid.*, 203-204; pp. 232-233.

³³ *Ibid.*, 203.

³⁴ *Ibidem.*